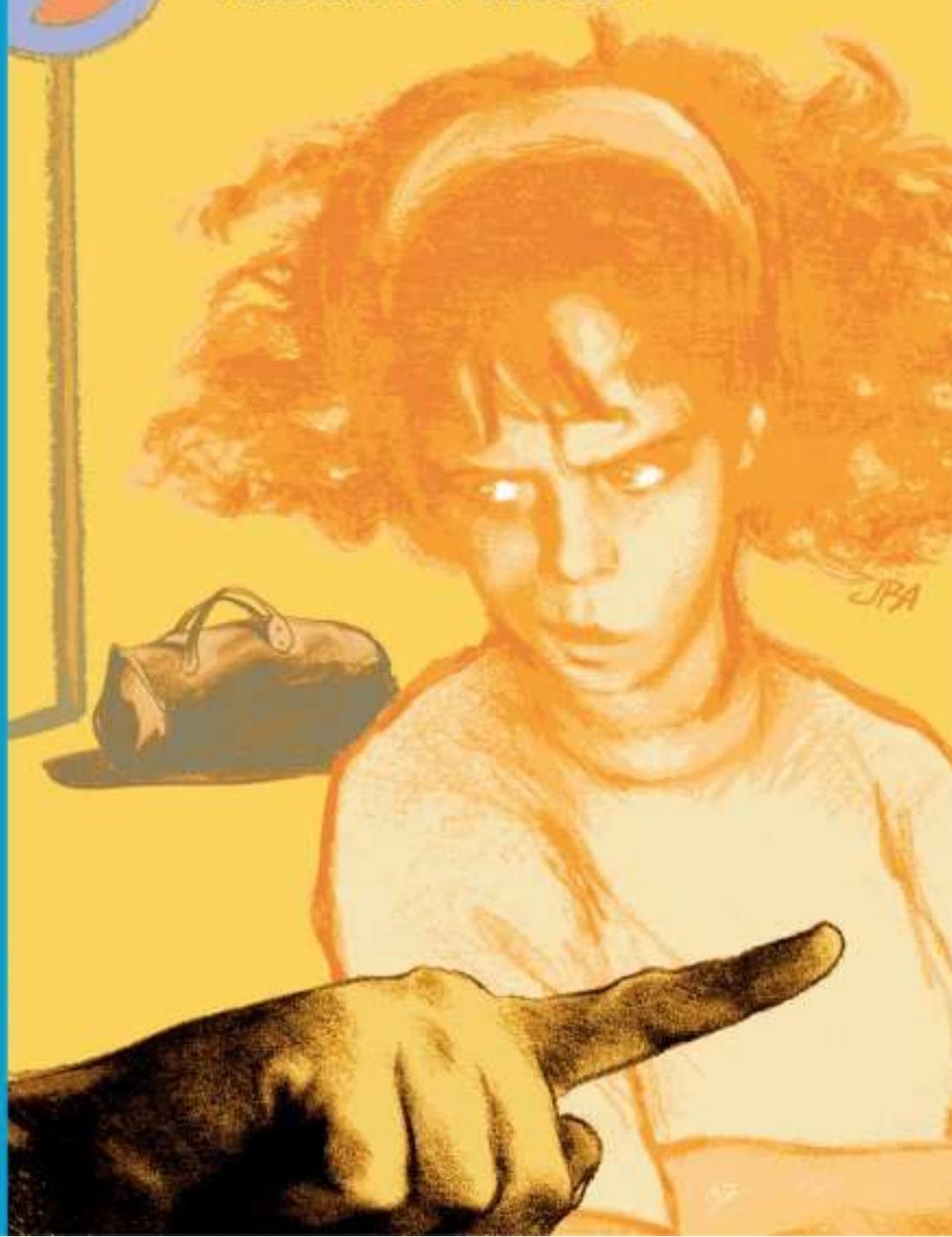


ALFAGUARA JUVENIL

La gran Gilly Hopkins

Katherine Paterson



17^a edición

Pelusa 79

La gran Gilly Hopkins

Katherine Paterson

Pelusa 79

*Para Mary, de su madre
auténtica y adoptada, con cariño.*

Bienvenida a Thompson Park

—Gilly —dijo la señorita Ellis, sacudiendo sus largos cabellos rubios hacia la pasajera del asiento de atrás—, necesito saber que estás dispuesta a hacer un pequeño esfuerzo.

Galadriel Hopkins desplazó el chicle hacia la parte anterior de la boca y empezó a soplar suavemente. Sopló hasta que apenas podía percibir ya, a través del globo color de rosa, el contorno de la cabeza de la asistente social.

—Este será tu tercer hogar en menos de tres años. —La señorita Ellis sacudió su melena rubia de izquierda a derecha y a continuación empezó a girar el volante hacia la izquierda, en una cuidadosa maniobra.

—No seré yo quien diga que ha sido todo culpa tuya. El que los Dixon se trasladaran a Florida, por ejemplo. Simplemente, mala suerte. Y el que la señora Richmond tuviera que ingresar en el hospital —a Gilly le pareció advertir una pausa larga y pensativa antes de que la asistente social prosiguiera— a causa de sus nervios.

¡Paf!

La señorita Ellis dio un respingo y lanzó una mirada al retrovisor, pero siguió hablando con su voz serena y profesional mientras Gilly recuperaba los trocitos de chicle que tenía pegados en sus cabellos desaliñados, en las mejillas y en el mentón:

Pelusa 79

—Deberíamos habernos informado mejor acerca de su estado de salud antes de concederle la tutoría. Fui yo quien debía haberme informado mejor.

«¡Diablos! —pensó Gilly—. Aquella mujer se lo estaba tomando en serio de verdad. ¡Qué paliza!»

—No intento echártelo en cara. Es sólo que necesito, que todos necesitamos, tu cooperación para que esto vaya adelante —otra pausa—. No puedo imaginar que a ti te guste todo este trajín de acá para allá —Los ojos azules en el retrovisor comprobaban la reacción de Gilly—. Pero esta madre adoptiva es muy diferente de la señora Nevins.

Tranquilamente, Gilly desprendió con dos dedos una bolita de goma de mascar que tenía en la punta de la nariz. Era inútil pretender arrancar el chicle pegado al pelo. Se recostó en el asiento e intentó mascar el trozo que había logrado rescatar. Se le pegaba a los dientes en una delgada capa. Del bolsillo de los tejanos sacó otra bola de chicle, quitándole la pelusa con la uña del pulgar antes de metérselo en la boca con mucha ceremonia.

—Hazme un favor, Gilly. Procura empezar con buen pie, ¿de acuerdo?

Gilly se imaginó a si misma haciendo piruetas por la sala de estar de su casa adoptiva sobre un solo pie, como una patinadora sobre hielo. Con el otro pie estaba dándole en plena boca a la próxima madre adoptiva. Paladeó su nueva ración de chicle con fruición.

—Y hazme otro favor, ¿quieres? ¿Puedes deshacerte de ese chicle antes de que llegemos allí?

Complaciente, Gilly sacó el chicle de la boca mientras los ojos de la señorita Ellis permanecían fijos en el retrovisor.

Pelusa 79

Luego, cuando la asistente social desvió de nuevo su atención hacia el tráfico, Gilly extendió el chicle cuidadosamente en la parte inferior de la manivela de la puerta izquierda, una sorpresa pegajosa para la próxima persona que fuera a abrirla.

Dos semáforos más allá la señorita Ellis pasó hacia el asiento posterior una toallita de papel.

—Toma —le dijo a Gilly—, mira a ver si puedes hacer algo con esa porquería que tienes en la cara antes de que lleguemos.

Gilly se pasó apresuradamente el pañuelito mojado por la boca y seguidamente lo dejó caer en el suelo.

—Gilly... —suspiró la señorita Ellis, manipulando el elegante cambio de marchas de su coche—, Gilly...

—Mi nombre —dijo Gilly entre dientes— es Galadriel.

La señorita Ellis pareció no haber oído.

—Gilly, le darás una pequeña oportunidad a Maime Trotter, ¿verdad que sí? Es realmente una persona encantadora.

«Pues entonces sí que estamos fritos», pensó Gilly. Al menos nadie había acusado al señor o la señora Nevins, sus padres adoptivos más recientes, de ser «encantadores». La señora Richmond, la que estaba mal de los nervios, también había sido declarada «encantadora». La familia Newman, que no podía tener en su casa a una niña de cinco años que se hacía pis en la cama, también era «encantadora». «Bien, ya tengo once años, amigos, y por si no os habéis enterado aún, ya no me hago pis en la cama. Pero no soy encantadora. Soy un genio. Me conocen a lo largo y ancho del país. Nadie quiere líos con la gran Galadriel Hopkins. Soy demasiado espabilada y difícil de controlar. La horripilante Gilly, me

Pelusa 79

llaman.» Se apoyó cómodamente en el respaldo. «Aquí vengo, Maime, muñeca, estás preparada para ello o no.»

Habían llegado a una zona de altos árboles y casas viejas. La asistenta social aminoró la marcha y paró el coche junto a una cerca de color blanco bastante sucia. La casa que circundaba era vieja y de color pardo, con un porche que daba a la casa un cierto aspecto panzudo.

De pie en el porche, y antes de llamar al timbre, la señorita Ellis sacó un peine.

—¿Por qué no pruebas a pasarte esto por el pelo?

Gilly sacudió la cabeza:

—No puedo.

-Vamos, Gilly...

—No, no puedo peinármelo. Voy a por el récord mundial de no peinarse el pelo.

—Gilly, por el amor de Dios...

—¡Eh, hola! Ya me parecía a mí que se paraba un coche.

—La puerta se había abierto, y una mujer grande como un hipopótamo ocupaba toda la entrada—. Bienvenida a Thompson Park, Gilly, cariño.

—Galadriel —murmuró Gilly, aunque no tenía esperanzas de que aquel barril de grasa fuera capaz de pronunciar su verdadero nombre—. «¡Caray, tampoco hacía falta que la colocaran con semejante fenómeno de feria!»

La mitad de una cara diminuta, rematada por una cabellera de color marrón fangoso, y enmascarada tras unas gruesas gafas de marco metálico, asomaba detrás de la cadera gigantesca de la señora Trotter.

La mujer miró hacia abajo:

Pelusa 79

—Ay, perdona, vida mía. —Rodeó la cabeza con el brazo como para atraerla hacia adelante, pero la cabeza se resistía—. Quieres conocer a tu nueva hermanita, ¿no? Gilly, éste es William Ernest Teague.

La cabeza desapareció en un abrir y cerrar de ojos detrás de la masa de la señora Trotter. Esto no pareció preocuparla:

—Pasa, pasa. No te quedes ahí en el porche como si fueras a venderme algo. Ahora estás entre los tuyos. —Retrocedió por el pasillo. Gilly podía sentir en la espalda los dedos de la señorita Ellis, que la empujaban suavemente hacia la puerta y dentro de la casa.

El interior estaba oscuro y atiborrado de trastos. Aquello pedía a gritos que se pasara un plumero.

—William Ernest, cielo, ¿quieres enseñarle a Gilly dónde está su habitación?

William Ernest, negando con la cabeza, se agarró a la bata estampada de la señora Trotter.

—Bueno, ya nos ocuparemos de eso más tarde. —Les condujo por el pasillo hasta la sala de estar—. Y ahora siéntate, que estás en tu casa. —Dedicó a Gilly una sonrisa tan ancha como su cara, como en los anuncios sobre métodos para adelgazar donde aparecían dibujados un «antes» y un «después»; un cuerpo de «antes» con una sonrisa de «después».

El sofá era marrón y bajo, con un montón de cojines apilados en un extremo y cubiertos de encaje grisáceo. En la parte opuesta de la habitación se veía un sillón desvencijado, también de color marrón, y que hacía juego con el sofá. De la única ventana, situada entre ambos muebles, pendían unas cortinas de encaje gris; junto a la ventana había una mesa

Pelusa 79

negra, y sobre ella descansaba un televisor antiguo con antena en forma de V. En casa de los Nevins tenían televisión en color. En la pared de la derecha, entre la puerta y la butaca, había un piano vertical con un polvoriento banco de color marrón. Gilly tomó uno de los cojines del sofá y con él borró hasta el último rastro de polvo antes de sentarse en el banco.

Desde el sillón los ojos de la señorita Ellis se clavaban en ella con una mirada furibunda y poco profesional. La señora Trotter aposentaba lentamente su mole sobre el sofá y asentía con una risita:-

—Bueno, ya nos hacía falta tener por aquí a alguien que cambiara un poco de sitio el polvo, ¿verdad, William Ernest, cielo?

William Ernest, encaramándose en el sofá, se tumbó tras la espalda de la enorme mujer como si fuera una almohada, asomando la cabeza de vez en cuando para lanzar una mirada furtiva hacia Gilly.

Gilly aguardó a que la señora Trotter y la señorita Ellis estuvieran hablando, y entonces, mirando al pequeño W. E., puso la cara más espantosa de todo su repertorio de miradas horripilantes, una especie de combinación del conde Drácula y Frankenstein. La pequeña cabeza de pelo fangoso desapareció más deprisa que el tapón de un tubo de dentífrico al colarse por el desagüe de un lavabo.

Gilly no pudo contener una risita. Las dos mujeres se volvieron para mirarla. Adoptó inmediatamente y sin dificultad su expresión de «¿Quién, yo?»

La señorita Ellis se puso en pie:

Pelusa 79

—Tengo que volver a la oficina, señora Trotter. Ya me avisará... —se volvió hacia Gilly con dardos en sus grandes ojos azules—, me avisará si surge algún problema, ¿verdad?

Gilly obsequió a la señorita Ellis con su mejor sonrisa de tiburón.

Entretanto la señora Trotter se izaba penosamente sobre los pies.

—Usted no se preocupe, señorita Ellis. Gilly, William Ernest y yo casi somos amigos ya. Mi pobre Melvin, que en paz descanse, siempre decía que para mí no había ningún extraño, y si hubiera dicho ningún niño, habría llevado todavía más razón. Nunca he conocido una criatura con la que no haya hecho buenas migas.

Gilly no había aprendido aún a vomitar aposta, pero de haber sido así le habría encantado devolver al oír aquello. Así pues, como no podía dar la respuesta que la situación requería, levantó las piernas y, girando sobre el asiento del piano hasta quedar de cara al teclado, empezó a aporrear una tonada con la mano izquierda y otra diferente con la derecha.

William Ernest bajó gateando del sofá para seguir a las dos mujeres, y Gilly se quedó sola con el polvo, el piano desafinado y la satisfacción de haber empezado realmente con buen pie en su nuevo hogar. Podía aguantar cualquier cosa, se dijo, una tutora como una ballena, un niño estafalario y una casa fea y sucia, con tal de mandar ella.

Y ya había iniciado adecuadamente el camino.

El hombre que viene a cenar

La habitación a la que la señora Trotter condujo a Gilly era aproximadamente del tamaño del coche furgoneta nuevo de los Nevins. La estrecha cama llenaba gran parte del espacio, e incluso una persona tan delgaducha como Gilly tenía que arrodillarse sobre la cama para poder abrir los cajones de la cómoda que había enfrente. La señora Trotter ni siquiera intentó entrar, sino que se quedó en el umbral de la puerta sonriendo y meciéndose de un lado para otro, resollando aún después de subir la escalera.

—¿Por qué no metes tus cosas en la cómoda y te instalas? Y luego, cuando te apetezca, bajas a ver la tele con William Ernest o a charlar conmigo mientras preparo la cena.

«Qué sonrisa tan horrible tiene», pensó Gilly. «Hasta le faltan dientes.» Gilly dejó caer la maleta sobre la cama y se sentó al lado, golpeando con los pies los cajones de la cómoda.

—Si necesitas algo, cariño, se lo dirás a Trotter, ¿de acuerdo?

Gilly sacudió bruscamente la cabeza asintiendo. Lo que de veras necesitaba era que la dejaran sola. Desde las entrañas de la casa le llegaba la canción del programa *Barrio Sésamo*. Su primera misión sería mejorar los gustos de W.E. en materia de televisión. De eso no le cabía la menor duda.

—Todo irá bien, cariño. Sé que ha sido duro para ti estar siempre de un lado para otro.

Pelusa 79

—Me gusta moverme —Gilly tiró de uno de los cajones de arriba con tanta saña que estuvo a punto de caérsele sobre la cabeza—. Es aburrido estar siempre en el mismo sitio.

—Ya. —La enorme mujer empezó a volverse y luego titubeó—. Bueno...

Gilly se deslizó de la cama, plantó la mano izquierda sobre el pomo de la puerta y la mano derecha sobre la cadera.

La señora Trotter bajó la mirada hacia la mano derecha apoyada en la empuñadura de la puerta.

—Bueno, desde ahora estás en tu casa. ¿Me oyes?

Gilly cerró la puerta tras ella de un portazo. ¡Santo Dios! Escuchar a aquella mujer era como lamer un polo derretido. Comprobó con el dedo la consistencia de la capa de polvo sobre la cómoda y a continuación, poniéndose en pie sobre la cama, escribió en enormes letras cursivas con volutas y florituras: «Señora Galadriel Hopkins.» Contempló las preciosas letras que acababa de trazar antes de plantar la mano sobre ellas y borrarlas por completo.

La casa de los Nevins era cuadrada, blanca y sin polvo, como todas las demás casas cuadradas, blancas y sin polvo de la urbanización desprovista de árboles en que vivían. Ella, Gilly, había sido el único elemento perturbador en aquel lugar. Bien, pues ahora Hollywood Gardens estaba impecable de nuevo; se habían librado de ella. No, en realidad ella se había librado de ellos, de toda aquella gente asquerosa.

A Gilly siempre le había parecido una pérdida de tiempo sacar sus escasas pertenencias de la maleta marrón. Nunca sabía si iba a estar en un sitio el tiempo suficiente como para que valiera la pena hacer aquel trabajo. Aunque por otra parte era una forma de pasar el rato. Había dos pequeños cajones

Pelusa 79

arriba y cuatro más grandes abajo. Puso la ropa interior en uno de los pequeños, y las camisas y tejanos en uno de los grandes; luego cogió la fotografía del fondo de la maleta.

Los ojos marrones de la mujer reían como siempre desde la fotografía con marco de cartón y a través de la cubierta de plástico. El pelo moreno y brillante caía suavemente ondulado, sin un solo cabello fuera de lugar. Parecía una estrella de televisión, pero no lo era. Mira. Justo aquí en la esquina había escrito: «Para mi preciosa Galadriel, siempre te querré.» «Eso lo escribió para mí», se dijo Gilly, como cada vez que miraba la foto. «Para mí sola». Dio la vuelta al marco. Aún estaba allí el trocito de cinta con aquel nombre escrito: «Courtney Rutherford Hopkins.»

Gilly alisó sus propios cabellos de color pajizo con una mano mientras giraba de nuevo la fotografía. Hasta los dientes eran hermosos. ¿No tenían que parecerse las hijas a sus madres? La palabra «madre» provocó en Gilly una reacción en la boca del estómago, y como conocía bien aquella señal de peligro, metió bruscamente la foto debajo de una camiseta y cerró de golpe el cajón de la cómoda. No era el momento indicado para empezar a derretirse como gelatina caliente. Se fue para abajo y entró en la cocina.

— Ah, estás ahí, cariño — Trotter volvió la cabeza desde el fregadero para saludarla—. ¿Qué tal si me echas una mano con esta ensalada?

-No.

-Oh.

Uno a cero a favor de Gilly.

— Bueno... — Trotter desplazó el peso de su cuerpo al pie izquierdo, los ojos fijos ahora en las zanahorias que estaba

Pelusa 79

raspando—. William Ernest está en la sala de estar viendo *Barrio Sésamo*.

—¡Diablos! Se debe de creer usted que estoy oligo o algo así.

—¿Oligo? —Trotter fue hasta la mesa de la cocina y empezó a cortar las zanahorias sobre una pequeña tabla redonda.

—Lela, idiota.

—Jamás se me pasó por la cabeza.

—Entonces, ¿por qué demonios cree que voy a querer ver un programa para retrasados mentales como ese?

—Escúchame bien, Gilly Hopkins. Desde ahora mismo, que quede bien claro: no permitiré que te burles de ese chico.

—Si no me burlaba de él. —¿De qué estaba hablando aquella mujer? No había mencionado al chico para nada.

—El que una persona no sea tan espabilada como tú no te da ningún derecho a despreciarla.

—¿Y a quién he despreciado yo, si puede saberse?

—Acabas de decir —la gorda iba levantando la voz, y el cuchillo que tenía en la mano caía vengativamente sobre las zanahorias—, acabas de decir que William Ernest —su voz bajó de tono hasta convertirse en poco más que un susurro— es un retrasado mental.

—¡Qué va! Si ni siquiera conozco al mocoso ese. No le había visto en mi vida hasta hoy.

Los ojos de Trotter aún centelleaban, pero su mano y su voz estaban bajo control.

—Ha tenido una vida muy difícil, pero ahora está con Trotter, y mientras el Señor quiera que permanezca en esta casa, no permitiré que nadie le haga daño. En ningún sentido.

Pelusa 79

—Santo Dios... sólo trataba de decir...

—Y otra cosa más. En esta casa no se toma el nombre de Dios en vano.

Gilly levantó los brazos como si se rindiera.

—De acuerdo, de acuerdo. Olvídelo. —Comenzó a caminar hacia la puerta.

—La cena está ya casi lista. ¿Por qué no vas a la casa de al lado a buscar al señor Randolph? Cena aquí por las noches.

La palabra *No* estuvo a punto de escaparse de los labios de Gilly, pero una sola mirada a los ojos de Trotter la decidieron a conservar sus fuerzas para un enfrentamiento más importante.

—¿Qué casa es? —preguntó.

—La gris, a la derecha. —Hizo un vago movimiento con el cuchillo, señalando cuesta arriba—. No tienes más que llamar a la puerta. Si lo haces bien fuerte te oirá. Será mejor que te pongas una chaqueta. Hace frío fuera.

Gilly no hizo caso del consejo. Salió corriendo, cruzó la verja de estacas puntiagudas y llegó al porche de la casa vecina, saltando y sacudiendo los pies para conservar el calor. *Bam, bam, bam.* Hacía demasiado frío para ser el mes de octubre. La casa del señor Randolph era más pequeña y parecía más sucia aún que la de Trotter. Volvió a llamar.

De repente la puerta se abrió y apareció un hombre diminuto y encogido. En la cara color marrón y llena de arrugas unos extraños ojos blanquecinos la miraban con fijeza.

Gilly lo miró una sola vez y volvió a todo correr a la cocina de Trotter.

—¿Qué pasa? ¿Dónde está el señor Randolph?

—No lo sé. Se ha ido. No está ahí.

Pelusa 79

—¿Cómo? ¿Quieres decir que no está? —Trotter empezó a secarse las manos en el delantal y a caminar hacia la puerta.

—Se ha marchado. Me abrió la puerta un hombrecillo negro y muy raro, con los ojos blancos.

—¡Gilly! Ese era el señor Randolph. Es ciego. Tienes que volver allí y traerle del brazo para que no se caiga.

Gilly reculó.

—Nunca en mi vida toqué a uno de esos.

—Bueno, pues ya va siendo hora, ¿no? —respondió Trotter secamente—. Claro que si no te atreves, siempre puedo mandar a William Ernest.

—Sí que me atrevo. No se preocupe por mí.

—Debes haber dejado al señor Randolph todo desconcertado y ofendido.

—Pues tendría que haberme avisado.

—¿Avisarte a ti? —Trotter golpeó la mesa con una cuchara—, ¿debería haber avisado al pobre señor Randolph! ¿Quieres que mande a William Ernest?

—Ya dije que lo haría yo. ¡Jesús! —Apenas hubo hablado, la cuchara de Trotter se alzó en el aire como un matamoscas— Bueno, bueno, no he dicho nada. Demonios, no se puede ni abrir la boca por aquí.

—Una chica lista como tú tendría que ser capaz de idear algunas palabras normales para meter entre las palabrotas. — La cuchara se enterró en la ensalada y empezó a removerla—. Bueno, date prisa, si es que vas a ir.

El hombrecillo negro aún estaba allí en el portal abierto.

—¿William Ernest? —interrogó con voz apacible mientras Gilly comenzaba a subir los escalones.

—No —repuso ésta bruscamente—. Soy yo.

Pelusa 79

—Ah. —Esbozó una amplia sonrisa aunque sus ojos no parecían moverse—. Debes ser la niña nueva —dijo, extendiendo la mano derecha—. Bienvenida, bienvenida.

Con cierta precaución, Gilly le tomó del codo y no de la mano.

—Trotter me mandó a buscarle para la cena.

—Ah, pues gracias, gracias. —Tendió la mano tras de sí, tanteando torpemente hasta encontrar el pomo de la puerta y cerrándola—. Hace fresquito esta noche, ¿verdad?

—Psé.

No podía pensar más que en la señora Ellis. Tenía que reconocer que no se había portado muy bien en casa de los Nevins, pero no tan mal como para merecerse esto. Una casa llevada por una fanática religiosa gordísima con la cabeza llena de serrín, con un retrasado de siete años. Bueno, tal vez lo fuera y tal vez no, pero no sería nada extraño que tuviera algún tornillo suelto. ¿O por qué si no Trotter había de tomarse tan a pecho aquel tema? De todas maneras podría haber manejado a aquellos dos; pero si encima tenía que habérselas con el negro ciego que venía a cenar... aquello sí que era injusto.

Tal vez fuera que la señorita Ellis no lo sabía y Trotter lo mantenía en secreto.

La acera era desigual. El señor Randolph dio un traspié al llegar a un bordillo muy alto y se precipitó hacia adelante.

—¡Cuidado! —Sin pensar, Gilly lanzó los brazos alrededor de los flacos hombros, pescándolo antes de que cayera al suelo.

Pelusa 79

—Gracias, gracias —dijo el negro. Gilly dejó caer los brazos. Durante un espantoso momento Gilly temió que la iba a coger de la mano, pero no lo hizo.

¡Demonios! señorita Ellis, va a arrepentirse de haberme hecho esto. ¡Vaya que sí!

—La señora Trotter me dijo tu nombre, pero me avergüenza reconocer que no soy capaz de recordarlo. —Se dio una palmadita en la cabeza cubierta de pelo gris, corto y rizado—. Aquí dentro consigo retener todas las cosas superfluas, pero nunca las importantes.

—Gilly —murmuró.

—Perdona, ¿cómo dices?

—Gilly Hopkins.

—Ah, sí. —Subía la escalera de casa de Trotter arrastrando los pies torpe y penosamente. ¿Por qué no usaría un bastón blanco o algo así?—. Estoy encantado de haberla conocido, señorita Gilly. Soy muy amigo de todos los niños de la señora Trotter. El pequeño William Ernest es como un nieto para mí. Así que estoy seguro...

—¡Ojo con la puerta!

—Sí, sí, muchas gracias.

—¿Es usted, señor Randolph? —llegó la voz de la Trotter desde el interior de la casa.

—En efecto, señora Trotter, y con la guía más encantadora que pueda usted imaginarse.

Trotter apareció en el pasillo con los brazos en jarras.

—¿Y cómo le prueba este tiempo tan frío? —preguntó.

—No muy bien, me temo. Esta encantadora muchacha tuvo que impedir que me cayera de narices.

—Conque sí, ¿eh?

Pelusa 79

—¿Lo ves, Trotter? Lo conseguí.

—Apuesto a que esta vieja casa va a animarse un poco más ahora. ¿Verdad, señora Trotter?

—No me extrañaría —contestó Trotter con un tono inexpresivo que Gilly no consiguió descifrar.

La cena transcurrió sin incidentes. Gilly tenía hambre, pero consideró que no debía mostrar mucho entusiasmo por la comida. William Ernest comía en silencio y maquinalmente, lanzando sólo de vez en cuando una mirada hacia Gilly. Esta se percataba de que el niño sentía verdadero terror por ella. Eso era más o menos lo único que le había causado satisfacción en las últimas dos horas. No había duda de que a la larga el poder sobre el niño le proporcionaría un medio de dominar a la Trotter.

—Debo confesar, señora Trotter —dijo el señor Randolph—, que cada día me digo: la cena de hoy no podrá ser tan maravillosa como la de anoche. Pero puedo asegurarle que esta es la comida más deliciosa que haya tenido el privilegio de probar.

—Señor Randolph, usted con sus halagos sería capaz de hacer que un desgraciado se sintiera un príncipe.

El señor Randolph soltó una risita.

—No es coba, señora Trotter, se lo aseguro. William Ernest y la señorita Gilly pueden dar fe a mis palabras. Puede que sea viejo, pero no he perdido el paladar, aunque algunos digan que he perdido los otros cuatro sentidos.

Y así siguieron un montón de rato. El señor Randolph adulaba a la gorda, y la gorda se lo tragaba todo relamiéndose, como si los halagos fueran un helado de caramelo cubierto de nueces.

Pelusa 79

Lo que tendría que hacer es escribir a mi madre —pensó Gilly aquella noche, acostada ya en su estrecha cama con los brazos cruzados bajo la cabeza—. Seguro que Courtney Rutherford Hopkins pondría una demanda judicial a la protección de menores del distrito si supiera a qué clase de sitio habían obligado a ir a su hija.

La señorita Ellis (cuyas cejas se fruncían siempre que Gilly hacía preguntas acerca de Courtney) le dijo una vez que su madre era de Virginia. Todo el mundo sabía que en las familias como la de Courtney no se sentaba una a la mesa con negros, ¿no es así? Seguro que Courtney se pondría furiosa si se enterara; a la santurrona de la Trotter tal vez la meterían en la cárcel por complicidad en la corrupción de una menor. Y a la señorita Ellis, por supuesto, la pondrían de patitas en la calle. ¡Fantástico!

Y entonces, claro está, ella vendrá a buscarme —siguió pensando Gilly—. Su madre, en cuanto se enterara, no toleraría que su preciosa Galadriel pasara un sólo instante más en un tugurio como aquel. ¿Pero cómo iba a enterarse? La señorita Ellis no admitiría nunca la verdad. ¿Qué clase de mentiras estaría contándole a Courtney la asistente social para impedir que viniera a buscar a Gilly?

Mientras el sueño iba apoderándose de ella, Gilly se hizo por milésima vez la promesa de enterarse de dónde estaba Courtney Rutherford Hopkins para escribirle y decirle que viniera a recoger a su maravillosa Galadriel.

Más sorpresas desagradables

En el pequeño espejo que colgaba sobre la cómoda, Gilly observó con no poca satisfacción que su pelo estaba hecho un verdadero desastre. Ayer, antes de que se le pegara el chicle, parecía simplemente que necesitaba un buen peinado. Hoy tenía todo el aspecto de un solar arrasado a medias por una excavadora: un árbol descuajado aquí, la mitad de una pared con una chimenea desmoronándose allá. Era magnífico. La Trotter rabiaría. Gilly bajó por la escalera dando saltos y entró en la cocina.

Se sentó a la mesa con la cabeza muy erguida, esperando a que empezara la función.

—Te llevaré al colegio un poco después de las nueve, ¿me oyes? —dijo la Trotter.

Claro que la oía. Gilly inclinó la cabeza hacia delante un poco por si la Trotter no había visto el estado de su pelo.

—Si te llevo antes —prosiguió la Trotter—, tendremos que estar esperando allí hasta que puedan atendernos. La verdad es que prefiero estarme sentada aquí en mi propia cocina con una taza de café, ¿tú no? —Puso delante de Gilly un humeante tazón de desayuno con copos de avena.

Gilly asintió sacudiendo la cabeza con vigor.

William Ernest la miraba fijamente, las gafas empañadas por el vaho de los copos de avena. Gilly le enseñó los dientes y sacudió la cabeza con igual fuerza diciéndole *No*.

Pelusa 79

El niño resopló ruidosamente y ocultó la cabeza.

—¿Necesitas un pañuelo, William Ernest? —La Trotter sacó un pañuelo de papel del delantal y le limpió la nariz suavemente—. Y aquí tienes uno limpio para el cole, cielo. —Trotter se agachó y le metió al niño otro pañuelo en el bolsillo del pantalón.

Gilly estiró el cuello por encima de la mesa, como si tratara de ver lo que había en el bolsillo de W.E. Su cabeza estaba a menos de un metro de los ojos de la Trotter. La mujer tenía que darse cuenta por fuerza.

—A William Ernest lo han pasado al grupo de lectura color naranja, ¿verdad, William Ernest, cariño?

El niño asintió sin apartar los ojos del tazón.

—Tendrás que leerle un poco en voz alta a Gilly para que vea lo mucho que estás progresando en la lectura.

W.E. alzó los ojos una fracción de segundo; en ellos había una expresión de terror que Trotter no observó, aunque sí Gilly, que dedicó al niño una amplia sonrisa al tiempo que afirmaba enfáticamente con su desastrosa pelambre.

—En el grupo naranja usan libros encuadernados —explicaba la Trotter—. Es un paso realmente importante entrar en el grupo naranja. —Se inclinó por encima de Gilly para poner unas tostadas en la mesa—. La verdad es que hemos trabajado mucho para conseguirlo.

—Así que el viejo W.E. empieza a tener una buena «cabeza», ¿eh?

La Trotter la miró algo extrañada y dijo:

—Sí, está avanzando mucho.

Pelusa 79

—Antes de que nos demos cuenta —Gilly pronunció las palabras con intención—, se sonará la nariz y se peinará él solito.

—Ya lo hace —dijo la Trotter sosegadamente—. Al menos, casi siempre. Pásame una tostada, Gilly, ¿quieres?

Gilly tomó el plato, lo alzó a la altura de su cabellera, y se lo pasó a la Trotter.

—Gracias, encanto.

A las ocho y media la Trotter despachó a William Ernest para la escuela. Hacía ya rato que Gilly había terminado el desayuno, pero permaneció sentada a la mesa de la cocina con la cabeza apuntalada con los puños. En la puerta de la calle se oía a la oca madre graznando alrededor de su gansito.

—Muy bien, naranja, tú enséñale a esa gente lo que vales, ¿me oyes? —dijo la Trotter finalmente; luego se cerró la pesada puerta y la mujer volvió hacia la cocina. Cuando llegó a la puerta, Gilly se enderezó en la silla y sacudió la cabeza con todas sus fuerzas.

—¿Es que tienes un tic o algo así, cariño?

—No.

—Me pareces un poco joven para tener el baile de San Vito —murmuró la enorme mujer, dejándose caer suavemente en el asiento con la taza de café que se había prometido antes— Veo que llevas zapatillas de deporte; eso está bien, porque vas a necesitarlas para la clase de gimnasia. ¿Se te ocurre alguna cosa más que te vaya a hacer falta para el colegio?

Gilly negó con la cabeza, aunque con menos aparatosidad. Empezaba a sentirse como un lápiz demasiado afilado.

Pelusa 79

—Creo que subiré a la habitación hasta que sea la hora — dijo,

—Ah, oye, mientras estás arriba, cielo...

—¿Sí? —preguntó Gilly, súbitamente alerta.

—Haz las camas, ¿quieres? Queda feo si se dejan sin hacer todo el día, y a mí no me prueba nada subir y bajar las escaleras.

Gilly dio un portazo tremendo al entrar en su cuarto. Entre dientes farfulló todas las palabrotas que había oído en su vida, pero no le bastaba con eso. ¡Hipopótamo ignorante! ¡Imbécil con la cara de morsa! Esa... esa... ¡mil demonios! La Trotter no dejaba que cayera una sola gotita de la nariz de William Ernest, su precioso bebé, pero estaba dispuesta a permitir que Gilly fuese a la escuela —una escuela donde no conocía a nadie— con aquella pinta de espantapájaros. La señorita Ellis iba a enterarse de esto. Gilly descargó un puñetazo sobre la almohada. Tenía que haber una ley contra las tutoras que manifestaban un favoritismo tan descarado.

Bueno, ella se encargaría de darle un par de lecciones a aquel saco de manteca. Abrió de un tirón el cajón superior izquierdo de la cómoda, extrajo un peine roto y se lo pasó brutalmente por la maraña de pelo, todo para verse derrotada por un pegote de cabellos y chicle. Corrió al cuarto de baño y rebuscó en el botiquín hasta hallar unas tijeras de las uñas con que recortar el pelo rebelde. Y cuando, a pesar del doble asalto de peine y tijeras, aún había unos mechones que rehusaban a permanecer dócilmente en su sitio, los empapó de agua, implacable, hasta someterlos. Ya les enseñaría ella a todos. Les demostraría quien era Galadriel Hopkins; a ella no se le tomaba el pelo.

Pelusa 79

—Veo que te llaman Gilly —dijo el señor Evans, director del colegio.

—Ni siquiera sé pronunciar el nombre verdadero de la chiquilla —confesó la Trotter con un cloqueo que a ella debía parecerle afectuoso.

Aquello no mejoró el estado de ánimo de Gilly, que aún estaba furiosa por haber tenido que peinarse.

—Bueno, Gilly es un bonito nombre —dijo el señor Evans, confirmándole a Gilly que también en la escuela estaba condenada a hallarse en compañía de gente imbécil.

El director examinaba unos informes que debían haberle enviado del anterior colegio de Gilly, la escuela elemental de Hollywood Gardens. Tosió repetidas veces.

—Bien —dijo— creo que a esta señorita le hace falta estar en una clase que la obligue a superarse.

—Es muy espabilada, si se refiere usted a eso.

Trotter, imbécil, ¿cómo vas a saber si soy espabilada? Hasta ayer no me habías visto en la vida.

—Te voy a poner en la clase de la señorita Harris. En el sexto curso se suelen dividir los grupos por asignaturas, pero...

—¿Qué dice usted que hacen en el sexto curso?

Trotter, so pelmaza, cierra el pico.

Pero el director no parecía darse cuenta de lo boba que era la Trotter. Le explicó pacientemente que en algunos grupos del sexto curso los alumnos iban con distintos profesores para las clases de matemáticas, lectura y ciencias, pero que la señorita Harris daba clase todo el día a un mismo grupo.

«¡Qué aburrimento más soberano!», pensó Gilly.

Pelusa 79

Subieron despacio los tres tramos de la vetusta escalera hasta el aula de la señorita Harris, para que la Trotter no sufriera un colapso. Los pasillos apestaban a suelo encerado y a sopa de cantina. Gilly había llegado a la conclusión de que odiaba tanto todos los colegios que ya no podían causarle tristeza o decepción, pero los pies le pesaban más y más a cada paso; se sentía como un prisionero recorriendo el interminable camino hacia el patíbulo.

Se detuvieron ante una puerta que decía «Harris-6». El señor Evans llamó con los nudillos, y abrió la puerta una mujer alta y de tez oscura, con una gran mata de pelo negro que le coronaba la cabeza. Sonrió mirando a los tres desde arriba, pues era todavía más alta que el director.

Gilly se echó atrás instintivamente, topándose con el enorme pecho de la Trotter, lo cual la hizo saltar hacia adelante con igual rapidez. ¡Dios!, para colmo, la profesora era negra.

Nadie pareció fijarse en su reacción, de no haber sido por un destello que apareció momentáneamente en los oscuros ojos de la señorita Harris.

La Trotter le dio unas palmaditas de ánimo en el brazo a Gilly, murmuró algo que acababa con la palabra «cielo», y acto seguido ella y el director se fueron, cerrando la puerta y dejando a Gilly en Harris-6.

La profesora la llevó hasta un pupitre libre en medio de la clase, y le pidió la chaqueta, que entregó a otra chica para que la colgara del perchero en el fondo del aula. Hizo a Gilly un gesto para que se sentara, y a continuación se instaló detrás de su gran pupitre de profesor para repasar el manojito de papeles que le había entregado el señor Evans.

Pelusa 79

Al cabo de un instante alzó los ojos, la cara iluminada por una cálida sonrisa.

—Galadriel Hopkins, ¡qué nombre tan bonito! De Tolkien, naturalmente.

—No —murmuró Gilly—. De Hollywood Gardens.

La señorita Harris lanzó una especie de risa dorada.

—No, me refiero a tu nombre; Galadriel. Es el nombre de una gran reina en un libro escrito por un señor llamado Tolkien. Pero, claro está, eso ya lo sabes.

Demonios. Nadie le había dicho nunca que su nombre venía de un libro. ¿Debía hacer como que lo sabía perfectamente o hacerse la muda?

—Me gustaría llamarte Galadriel, si no te importa. ¡Es un nombre tan bonito!

—¡No! —todos miraron a Gilly extrañados. Debía haber gritado más de lo que pretendía—. Preferiría —dijo, apretando los labios— que me llamaran Gilly.

—Sí. —Ahora la voz de la señorita Harris tenía un tono más de acero que de oro—. Sí, de acuerdo, Gilly. Y bien... —dijo, volviendo la sonrisa hacia el resto de la clase—, ¿dónde nos habíamos quedado?

El estruendo de las respuestas martilleaba en la cabeza de Gilly. Empezó a poner la cabeza sobre el pupitre, pero alguien le puso un libro en las narices.

No había derecho; todo esto era injusto. Una vez había visto en un libro antiguo una ilustración que mostraba a un zorro rojo sobre una peña, acorralado por perros que enseñaban los dientes. Como ahora. Ella era más lista que todos los demás juntos, pero ellos eran demasiados. La tenían

Pelusa 79

rodeada, y de aquella manera tan estúpida, estaban decididos a acabar con su resistencia.

La señorita Harris se inclinaba sobre ella. Gilly se apartó todo lo que pudo.

—¿Hiciste divisiones con quebrados en Hollywood Gardens?

Gilly negó con la cabeza. Por dentro estaba rabiando. Ya era bastante desagradable tener que venir a parar a esta escuela destartalada, pero ir retrasada, parecer más tonta que el resto de la clase, quedar como una idiota delante de... Casi la mitad de los chicos de la clase eran negros. Y les iba a parecer tonta a *ellos*. A una pandilla de...

—¿Por qué no acercas la silla hasta mi mesa y lo estudiamos juntas? —le dijo la señorita Harris.

Gilly asió la silla y llegó al frente de la clase antes que la profesora. ¡Ya les enseñaría ella quién era!

Se suponía que a la hora del recreo Mónica Bradley, una de las otras chicas blancas de la clase iba a ocuparse de ella en el patio. Pero a Mónica le interesaba más estar apoyada contra la pared del edificio y hablar con sus amigos, cosa que hizo, volviendo la espalda a Gilly mientras soltaba risitas e intercambiaba chismes con otras dos chicas del sexto curso, una de ellas una negra con millares de trencitas por toda la cabeza. Como una bosquimana africana. Desde luego que a Gilly la tenía sin cuidado; podían seguir con sus risitas bobas toda la vida, que a ella no le preocupaba lo más mínimo. Les dio la espalda; iba a darles una lección.

En ese mismo momento una pelota de baloncesto saltó desde un campo de juego cercano y vino disparada hacia ella. Gilly la agarró; los balones eran buenos amigos. Abrazó la

Pelusa 79

pelota, corrió hacia la cesta y tiró, pero se había precipitado. La pelota acarició el aro pero se negó a pasar por él. Enfadada, Gilly saltó y la cogió al vuelo antes de que rebotara. Era vagamente consciente de las protestas por parte de los jugadores, pero eran chicos, en general más bajos que ella, así que no valía la pena preocuparse por ellos. Tiró de nuevo, esta vez con más cuidado. La pelota describió un arco y cayó limpiamente dentro del aro. Apartó a alguien de en medio y agarró el balón justo debajo de la cesta.

—¡Eh! ¿Quién te has creído que eres?

Uno de los chicos, negro y tan alto como ella, trató de arrebatarse el balón de las manos. Gilly se dio la vuelta rápidamente, tirando al chico al suelo de hormigón, y volvió a lanzar, rebotando la pelota en el tablero, para caer limpiamente en la red. Se apoderó de ella una vez más.

Ahora todos los chicos se lanzaron tras ella. Empezó a cruzar el patio a la carrera, riendo y apretando el balón contra su pecho. Podía oír a los chicos que aullaban detrás de ella, pero iba demasiado rápida para que pudieran alcanzarla. Se metía por los juegos de rayuela, pasó por entre unas chicas que saltaban la comba, y regresó al poste de baloncesto, donde lanzó una vez más la pelota, errando totalmente el tiro, llevada por el entusiasmo del momento.

Los chicos no esperaron a que el balón rebotase. Se abalanzaron sobre ella, y en un instante estaba tumbada en el suelo boca arriba, arañando y dando patadas con todas sus fuerzas. Los chicos aullaban como cachorros lastimados.

—¡Eh, eh! ¿Qué pasa aquí?

La señorita Harris se erguía ante ellos como una torre. La pelea se disolvió bajo la intensidad de su mirada. Llevó a los

Pelusa 79

siete en procesión al despacho del director. Gilly observó con satisfacción una larga marca roja que surcaba la mejilla del chico más alto. Hasta había logrado sacar sangre en la refriega. Los chicos tenían un aire bastante maltrecho, mientras que ella se sentía en plena forma. Seis contra uno; no era un mal resultado, incluso tratándose de la gran Gilly Hopkins.

El señor Evans sermoneó a los chicos acerca de las peleas en el patio de recreo, y seguidamente los envió a la sala de alumnos. A Gilly la retuvo un rato más.

—Gilly. —Pronunció su nombre como si fuera una frase completa. Luego se recostó en la silla, juntando las yemas de los dedos, y se la quedó mirando.

Gilly se alisó el pelo y aguardó, sosteniendo fijamente la mirada del director. La gente mayor odiaba eso —que les miraras con fijeza, como si fueran ellos los que se habían portado mal—. No sabían qué hacer en esa situación. En efecto; el director fue el primero en apartar los ojos.

—¿Quieres sentarte?

Gilly negó con la cabeza. El director carraspeó:

—Me gustaría que fuéramos amigos.

Gilly sonrió en forma afectada.

—No vamos a consentir que haya peleas en el patio —el director la miró directamente—, ni en ninguna otra parte. Creo que es preciso que comprendas eso, Gilly.

Gilly ladeó la cabeza con insolencia, sin apartar la mirada de su cara.

—Ahora estás en un nuevo colegio. Tienes la oportunidad de... em... partir de cero. Si quieres hacerlo, claro.

Pelusa 79

¿De manera que los de Hollywood Gardens le habían puesto sobre aviso, eh? Bueno, ¿y qué? La gente de aquí no habría tardado mucho tiempo en enterarse. Gilly ya se habría encargado de ello.

Eligió la sonrisa que ella sabía más amenazadora de todo su repertorio.

—Si hay algo en que pueda ayudarte, o si simplemente tienes ganas de hablar con alguien...

¡Vaya! otro de esos adultos comprensivos. ¡Dios me libre! Sonrió de forma tan exagerada que se le estiró la piel en torno a los ojos.

—Estoy bien —dijo—, no necesito ninguna ayuda.

—Si no quieres ayuda, no hay forma en que pueda obligarte a aceptarla. Pero, Gilly... —se adelantó en el sillón y habló muy lenta y tranquilamente—, no se te va a permitir que hagas daño a nadie.

Gilly resopló ruidosamente. Muy bonito, sí, muy bonito.

El director se echó atrás en el sillón. Le pareció oírle suspirar.

—No mientras yo pueda impedirlo —añadió.

Gilly se limpió la nariz con el dorso de la mano. Vio como el director extendía la suya hacia la caja de pañuelos de papel y luego renunciaba a su propósito.

—Ya puedes volver a tu clase —Gilly se volvió para irse—. Espero que te darás —y nos darás— una oportunidad, Gilly.

No prestó la menor atención a este último comentario. Está bien, pensó al subir las oscuras escaleras. Sólo había pasado la mitad del día y ya tenía atolondrado al director de la escuela. Espera a que pase una semana; en una semana todo aquel maldito lugar estaría patas arriba. Pero esta tarde se

Pelusa 79

tomaría las cosas con calma. Que se pongan nerviosos. Y luego mañana, o incluso pasado, ¡Blam! Sentía que le volvían las fuerzas. Ya no estaba cansada.

«De Saratoga a Sordera»

Conoció a Agnes Stokes al día siguiente, durante el recreo. Agnes era una chica del sexto curso, de aspecto raquítico, que estaba en otro grupo. El pelo, rojizo y un tanto grasiento, le llegaba hasta la cintura y, cuando se acercó furtivamente a Gilly en el patio, lo primero que ésta observó fue lo sucias que tenía las uñas.

— Sé quién eres — dijo la chica. Por un momento a Gilly le vino a la memoria el cuento de Rumpelstiltskin. Como aquella pequeña criatura, esta chica tenía poder sobre ella. Sabía quién era Gilly, pero Gilly no sabía quién era ella.

— ¿Ah, sí? — dijo Gilly con apatía, para que aquel malvado enanito percibiera su indiferencia.

— Fue estupendo que pegaras una pelliza a esos seis chicos ayer.

— ¿Ah, sí? — Gilly no pudo evitar que aumentara ligeramente su interés.

— Todo el mundo en el cole habla de ello.

— ¿Y?

— Eso. — La chica se apoyó en la pared junto a ella, como si diera por supuesto que a Gilly le resultaría grata su compañía.

— ¿Y entonces qué?

La chica arrugó la nariz pecosa.

— Pensé que tú y yo podríamos ser amigas.

Pelusa 79

—¿Y eso por qué? —Los Rumpelstiltskins siempre van en busca de algo, se dijo Gilly.

—Pues porque sí. —La chica más baja llevaba una chaqueta con las mangas tan largas que le cubrían la mano hasta los nudillos. Comenzó a doblarse primero la manga izquierda y luego la derecha. Lo hacía lenta y silenciosamente, como si aquello formara parte de una ceremonia. A Gilly le crispaba los nervios...

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Gilly de sopetón, creyendo que la chica se negaría a contestar.

—Agnes Stokes —dijo, y, bajando la voz en tono de confidencia, añadió:

—Puedes llamarme Ag.

Pues qué bien. Gilly se alegró cuando sonó el timbre, porque eso le permitía desembarazarse de Agnes Stokes. Pero cuando salió de la escuela, Agnes apareció de detrás de una esquina y comenzó a andar al mismo paso que ella.

—¿Quieres pasarte por casa? —preguntó—. A mi abuela le da igual.

—No puedo —Gilly no tenía la menor intención de ir a casa de Agnes Stokes hasta saber qué era lo que ésta buscaba. La gente como Agnes Stokes nunca intentaba entablar amistad porque sí.

Aceleró el paso, pero Agnes se mantenía a su misma altura dando saltitos pequeños y raros. Subida toda la cuesta, y cuando ya habían llegado frente a la casa de la Trotter, Agnes echó a andar por el sendero de la casa detrás de Gilly.

Gilly se volvió con fiereza:

—¡Hoy no puedes entrar!

—¿Y eso por qué?

Pelusa 79

—Porque —contestó Gilly—vivo con un ogro horroroso que se come de un solo bocado a las niñas pelirrojas.

Agnes retrocedió con una expresión de susto en la cara.

—Oh —dijo. Luego soltó una risita nerviosa—. Ya entiendo. Me estás tomando el pelo.

—Aum garum auauaaaah —chilló Gilly, avanzando amenazadoramente sobre la chica más baja como si fuera un gigante devorador de niños.

Agnes se echó atrás.

—¿Qué...?

Bien. Había logrado inquietar a Rumpelstiltskin.

—Tal vez mañana —dijo Gilly tranquilamente, y se dirigió hacia la casa sin volver la cabeza.

—¿Eres tú, William Ernest, cielo?

Le daban ganas de vomitar ver cómo la Trotter estaba siempre pendiente de aquel renacuajo.

Trotter salió al vestíbulo.

—Ah, Gilly —dijo—. Llegaste a casa tan deprisa que pensé que era William Ernest.

—Ya —Gilly pasó de largo y empezó a subir las escaleras.

—Espera un minuto, cielo. Hay una carta para ti.

¡Una carta! Sólo podía ser... sí, lo era. La arrancó de los dedos regordetes de la Trotter y subió la escalera a todo correr, cerrando de un portazo y cayendo sobre la cama en un solo movimiento. Era una postal que mostraba una puesta de sol sobre el océano. Lentamente le dio la vuelta.

Pelusa 79

Mi más querida Galadriel:

Me escribieron de la agencia para decirme que habías cambiado de casa. Quisiera que estuviera por aquí. Te echo de menos

Con todo mi cariño,
Courtney

No había más. Gilly leyó la postal otra vez, y luego por tercera vez. No. Sí que había algo más. En el lado en que estaba la dirección, allí en la esquina izquierda. Las letras estaban tan apretadas que apenas podían leerse. Una dirección; la dirección de su madre.

Podría ir hasta allí. Podía hacer autostop hasta California, en el otro extremo del país. Llamaría a la puerta, y sería su madre quien abriría. Y su madre la abrazaría muy fuerte, le daría mil besos en la cara y ya no la dejaría marchar. «Quisiera que estuviera por aquí. Te echo de menos.» Estaba claro: Courtney quería que fuera con ella. «Con todo mi cariño.»

En su imaginación, Gilly hacía la maleta marrón y bajaba por la escalera. Era de noche. Salir a la oscuridad. No. Tiritó un poco. Elegiría un momento en que Trotter estuviera ocupada haciendo fiestas a W.E. o al señor Randolph. Robaría un poco de comida, y quizá algo de dinero también. La gente suele recoger a los autoestopistas, se dijo. Llegaría a California en unos días, probablemente en menos de una semana. La gente siempre recoge a los autoestopistas. Y les pegan una paliza, y los matan, y tiran sus cuerpos en el bosque. Y todo

Pelusa 79

porque no tenía dinero para comprar un billete de avión, ni de autobús siquiera.

¿Por qué tenía que ser todo tan difícil? Otros niños podían estar con su madre todo el tiempo. Niños tontos y estúpidos, que ni siquiera querían mucho a su madre. Mientras que ella...

Bajó la cabeza y se echó a llorar. No quería llorar, pero era todo tan injusto. Ni tan solo había visto a su madre desde los tres años. Su maravillosa madre que la echaba tanto de menos y le mandaba todo su cariño.

—¿Estás bien, cariño? —Toc, toc, toc—. ¿Estás bien?

Gilly se irguió en la cama. ¿Es que no había manera de poder estar sola un minuto en aquel antro? Escondió la postal bajo la almohada y alisó la colcha que se había negado a arreglar antes de ir a la escuela. Se puso en pie junto al extremo de la cama como un soldado en una revista de tropas. Pero la puerta no se abrió.

—¿Puedo ayudarte en algo, cielo?

—Sí, vete a que te frían, cara de manteca.

—¿Puedo pasar?

—¡No! —chilló Gilly, abriendo seguidamente la puerta de un tirón—. ¿No puede dejarme en paz ni un maldito instante?

Los párpados se abrían y cerraban en la cara de la Trotter como las persianas en una casa deshabitada.

—¿Estás bien, cielo? —repitió.

—Lo estaré en cuanto se vaya con su gorda mole a otra parte.

—De acuerdo —la Trotter retrocedió lentamente hacia la escalera—. Llámame si necesitas algo —dijo, y luego añadió, como si se le acabara de ocurrir—: No es motivo de vergüenza necesitar ayuda, ¿sabes?

Pelusa 79

—No necesito ayuda —Gilly cerró de un portazo, y luego, abriendo otra vez la puerta de un tirón, añadió—, ¡de nadie! —y volvió a cerrar con un portazo.

«Te echo de menos. Con todo mi cariño.» «No necesito ayuda de nadie más que de ti», pensó. «Si te escribiera, si te lo pidiera, ¿vendrías a buscarme? Eres la única persona en todo este mundo a quien necesito. Por ti sería buena. Ya lo verías. Sería otra persona. La horripilante Gilly se transformaría en la encantadora, la educada, la buena, la deslumbrante Galadriel. Y agradecida. ¡Oh, Courtney... oh, madre! Estaría tan agradecida.»

—Oh, Señor, eres tan bueno para con nosotros —El señor Randolph bendecía la mesa antes de la cena—. Sí, Señor, eres tan bueno. Tenemos estos maravillosos manjares para comer y maravillosos amigos con quienes compartirlos. Y ahora, bendícenos, Señor, y haz que te estemos verdaderamente agradecidos. Amén.

—Amén. Vaya, señor Randolph, dice usted la bendición de una manera tan bonita...

—Oh, señora Trotter. Hallándome ante la abundancia de su mesa, tengo buen motivo para sentirme agradecido.

«Dios, ¿cómo va una a poder comer oyendo tales disparates?»

—Y bien, señorita Gilly, ¿qué tal le ha ido hoy en la escuela?

Gilly gruñó. La Trotter le lanzó una mirada de advertencia.

—No estuvo mal.

Pelusa 79

—La juventud de hoy tiene tantas oportunidades. En los tiempos en que yo iba al colegio... Oh, gracias, señora Trotter. Qué olor tan delicioso tiene este plato. Vaya, vaya...

Gilly respiró. El ciego había olvidado la descripción del colegio de su infancia para centrar la atención en la disposición de la comida sobre el plato y en comérsela; cosa que hacía con un constante ronroneo de placer, dejando caer trocitos de comida sobre su barbilla y corbata.

Repugnante. Gilly volvió los ojos hacia William Ernest que, como siempre, la miraba fijamente con sus ojos saltones. Le dedicó una sonrisa estirada y masculló:

—¿Cómo te va la vida, encanto?

Al «encanto» se le atragantó inmediatamente una zanahoria. Tosió hasta que se le saltaron las lágrimas.

—¿Qué pasa, William Ernest, cielo?

—Yo diría —dijo Gilly con su sonrisa de directora de colegio solterona— que la pobre criatura se ha atragantado. Debe ser algo que comió.

—¿Estás bien, rey? —preguntó la Trotter.

William Ernest asintió entre lágrimas.

-¿Seguro?

—Tal vez le vaya bien una palmadita en la espalda —sugirió el señor Randolph.

—¡Claro que sí! —dijo Gilly— ¿Qué te parece, W.E., mi viejo? ¿Quieres que te largue una?

—¡No! ¡No dejéis que me pegue!

—Nadie va a pegarte, cariño. Lo único que queremos es ayudarte. —La Trotter miró fríamente a Gilly—. ¿Verdad, Gilly?

Pelusa 79

—Sólo quiero echarte una mano, compi —Gilly le dedicó una de sus sonrisas de político corrompido.

—Estoy bien —dijo el niño con un hilo de voz estrangulada. Desplazó su silla unos centímetros hacia el extremo de la mesa en que estaba la Trotter, para no estar directamente enfrente de Gilly.

—Oye, W.E. —Gilly le enseñó los dientes—, ¿qué tal si tú y yo hacemos un poco de lectura de primera después de la cena? Ya sabes, exprimir un poco al viejo lector naranja.

W.E. negó con la cabeza; con los ojos apelaba a la Trotter para que lo rescatara.

—Ay, señora Trotter. Me doy cuenta de lo viejo que soy cuando veo que no puedo entender la manera de hablar de la gente joven a mi alrededor —dijo el señor Randolph pesaroso.

La Trotter miraba primero a W.E. y luego a Gilly.

—No se preocupe, señor Randolph. —Estiró el brazo y le dio a William Ernest unas suaves palmaditas, sin apartar los ojos de Gilly—. Usted no haga caso. Estos niños son capaces de tomarle el pelo hasta a un oso de peluche. No tiene nada que ver con la edad.

—Pero bueno, ¡qué demonios! sólo trataba de ayudar al crío —murmuró Gilly.

—No siempre sabe apreciar las buenas intenciones —dijo la Trotter, aunque lo que decían sus ojos era: «ya lo creo que tratabas de ayudarlo»—. Se me ocurre una idea muy buena —continuó—. Gilly, me han dicho que tú también lees de maravilla. Sé que al señor Randolph le encantaría oírte leer alguna cosa.

La carita surcada de arrugas se iluminó.

Pelusa 79

—¡Oh, oh! ¿Haría usted eso, señorita Gilly? Me haría tan feliz.

«Trotter, tramposa».

—No tengo nada para leer —dijo Gilly.

—Bueno, eso no va a ser un problema. El señor Randolph tiene libros como para abrir una biblioteca pública, ¿no es así, señor Randolph?

—Bueno, sí es cierto que tengo unos cuantos —rió—. Claro que tienen ustedes el Libro sagrado aquí mismo.

—¿Qué libro es ése? —preguntó Gilly, interesada aún a pesar suyo. Le gustaban los buenos libros.

—Creo que el señor Randolph se refiere a la Santa Biblia.

—¿La Biblia? —Gilly no sabía si reír o llorar. Por un momento tuvo ante ella la visión de ella misma encerrada para siempre en la polvorienta sala de estar color marrón leyendo la Biblia a la Trotter y al Sr. Randolph. Leería por los siglos de los siglos, mientras ellos dos se hacían gestos de piadoso asentimiento. Se puso en pie de un salto.

—Iré a buscar un libro —dijo—. Me acercaré en un momento a casa del Sr. Randolph y escogeré alguna cosa.

Temía que intentaran retenerla para obligarle a leerles la Biblia, pero ambos parecían satisfechos y la dejaron marchar.

La puerta de la casa del señor Randolph no estaba cerrada. El interior estaba completamente a oscuras y olía más a humedad que la casa de la Trotter. Gilly se apresuró a accionar un interruptor, pero no pasó nada. Claro. ¿Por qué iba a preocuparle al señor Randolph si se fundía una bombilla? Fue a trompicones desde el vestíbulo hasta el lugar en que supuso que debía estar la sala, tanteando la pared en busca de otro interruptor. Para alivio suyo, el siguiente sí que

Pelusa 79

funcionaba. La bombilla debía ser de 40 watios solamente, pero aun así había luz.

Apoyadas contra dos paredes de la pequeña estancia abarrotada de objetos había dos enormes y antiguas estanterías que llegaban hasta el techo. Y en ellas, amontonados

o boca abajo, incluso colocados del revés, había libros, cientos de libros. Parecían viejos y estaban cubiertos de una gruesa capa de polvo. Le costaba imaginar al extraño y pequeño señor Randolph leyéndolos. Se preguntó cuánto tiempo haría que estaba ciego, y pensó que le gustaría penetrar con su mente esos ojos blancos y vacíos para averiguar qué significaban aquellos libros en la vida del señor Randolph.

Se acercó a la estantería más grande que estaba a la derecha de la puerta, pero sintió un extraño reparo en tocar los libros. Era casi como si estuviera metiendo las manos en la mente de otra persona. Espera un poco, se dijo; a lo mejor sólo estaban ahí por presumir. Quizá el señor Randolph coleccionaba libros, tratando de parecer una especie de supergenio, aunque en el fondo no entendiera una palabra. Nadie se enteraría; pensarían que no leía porque era ciego. Eso es, claro. Se sintió mejor. Ahora podía examinar con libertad aquellos libros.

Sin pensarlo, se puso a enderezar los libros en los estantes a medida que leía los títulos. Vio varios volúmenes de una enciclopedia: «De Antártica a Balfe» y luego «De Jerez a Libertad». Miró a su alrededor, buscando los restantes tomos. Le molestaba que estuviera todo desordenado.

Pelusa 79

Arriba, en el estante más alto estaba «De Saratoga a Sordera». Arrastró un pesado sillón acolchado hasta la estantería y se subió al respaldo. Aun poniéndose de puntillas, apoyada contra los precarios estantes de abajo para no caer, apenas llegaba a tocar el libro. Tiró de él con la punta de los dedos, cogiéndolo al vuelo cuando salió del estante. Mientras lo hacía, algo cayó revoloteando hasta el suelo.

Dinero. Medio cayó, medio se tiró de la silla, y lo recogió. De detrás de «De Saratoga a Sordera» habían caído dos billetes de cinco dólares. Dejó el tomo de la enciclopedia sobre la silla y examinó los billetes, viejos y arrugados. Justamente ahora que tanta falta le hacía, el dinero caía flotando como por arte de magia. Con diez dólares no llegaría muy lejos, pero tal vez hubiera más en el lugar del que habían caído aquellos dos billetes. Subió de nuevo, estirando el cuerpo hasta estar a pique de caerse, pero era inútil. Aunque llegaba a tocar el estante superior con la punta de los dedos, sus pies estaban muy poco seguros, y los estantes inferiores temblequeaban demasiado para arriesgarse a escalarlos.

En el porche de la casa resonaron unos pasos contundentes. Se abrió la puerta de la calle.

—¿Estás bien, Gilly, cariño?

Gilly estuvo a punto de dar un traspiés, y, bajando de un salto, agarró el volumen «De Saratoga a Sordera» del asiento del sillón, estirando todos sus músculos para devolver el libro a su lugar en el estante. Justo a tiempo, porque apenas había vuelto a ponerse sobre el asiento del sillón cuando la Trotter apareció en la puerta.

Pelusa 79

—Tardabas mucho —dijo—, y entonces el señor Randolph se acordó de que quizá las bombillas estaban todas fundidas. Siempre se olvida de ellas; total, para lo que le sirven...

—Hay luz aquí —dijo Gilly con brusquedad—; si no, habría vuelto. No soy subnormal.

—Me parece que eso ya lo habías dicho antes —dijo la Trotter secamente—. Bueno, ¿has encontrado algo para leerle al señor Randolph?

—Todo esto es un montón de basura.

—Lo que para una persona es inútil para otra es un tesoro —dijo la Trotter con un tono de voz desquiciantemente tranquilo, dirigiendo sus pasos hacia uno de los estantes inferiores mientras hablaba. Sacó un macizo tomo encuadernado en piel y sopló la capa de polvo que había sobre él—. Al señor Randolph le chifla la poesía —dijo la Trotter, entregando el libro a Gilly, que aún estaba encaramada en la silla—. Este intenté leérselo el año pasado, pero -su voz tenía un tono casi de timidez— a mí no se me da mucho la lectura, como te podrás imaginar.

Gilly bajó de la silla. Aún estaba enfadada con la Trotter por haberla interrumpido de aquella forma, pero sentía curiosidad por saber qué clase de poesía le gustaba al viejo señor Randolph. *La Antología de Poesía Inglesa Oxford*. Lo abrió y pasó algunas páginas, pero no había bastante luz para distinguir bien las palabras.

—¿Estás lista ya para volver?

—Sí, sí —contestó, impaciente. Con el cuello rígido para no mirar hacia el tomo de la enciclopedia, siguió a la mole de la Trotter, de regreso hacia la casa.

Pelusa 79

—¿Qué trajeron? —la cara del señor Randolph era como la de un niño delante de un regalo todavía envuelto. Estaba sentado en el mismo borde de la gran butaca de color marrón.

—La Antología de poesía inglesa Oxford —murmuró Gilly.

El señor Randolph alzó la cabeza.

—¿Cómo ha dicho?

—Las poesías que leíamos el año pasado, señor Randolph —Trotter había levantado la voz como solía hacer cuando hablaba al anciano.

—Ah, bien, muy bien —dijo éste, apoltronándose en el sillón hasta que sus cortas piernas perdieron contacto con la raída alfombra.

Gilly abrió el libro. Pasó las páginas de rollo del principio y llegó al primer poema, «La canción del cuclillo»; leyó el título en voz bastante alta. Era agradable poder hacer bien algo que a ninguno de los demás les resultaba posible. Entonces miró el texto del poema:

El verano es venido

¡Canta molt fuort, cuco!

Cresce la semiente, floresce el prado,

i reverdesce nos árboles la foxa,

¡canta, cuco!

Aquello era cosa de locos.

—Esperen un momento —murmuró, pasando la página.

Entre marco e abril...

Miró rápidamente el siguiente poema:

Pelusa 79

Cuaresma es vanida com doñeo a la villa.

Y el siguiente:

*Yo tengo una ave en gavia deleytosa,
que de ver es duz e formosa,...*

Cerró el libro de golpe. Estaba claro que querían gastarle una broma, para que quedara como una tonta. Sí, el señor Randolph ya estaba riéndose por lo bajito.

—¡No está en inglés! —gritó—. Están tomándome el pelo.

—No, no, señorita Gilly. Nadie quiere burlarse de usted. El inglés antiguo está al principio del libro. Pruebe más adelante.

—¿Quiere oír el de Wordsworth, señor Randolph? —preguntó la Trotter—. ¿O ya se lo sabe de memoria?

—Ambas cosas —respondió, feliz.

La Trotter se adelantó, inclinándose sobre Gilly, sentada en el asiento del piano.

—Ya puedo encontrarlo yo —dijo Gilly, poniendo el libro fuera de su alcance—. No tienen más que decirme el nombre.

—William Wordsworth —dijo el señor Randolph—.

«Hubo un tiempo en que prados, bosques y arroyos...»

Cruzó las pequeñas manos sobre el pecho, y su voz ya no tenía aquel tono algo forzado y cortés, sino que era suave y cálida.

Gilly encontró la página y empezó a leer:

Hubo un tiempo en que prados, bosques y arroyo,

Pelusa 79

*la tierra, y las visiones cotidianas,
me parecían
envueltas en una luz celestial,
espléndidas y frescas como en un sueño.*

Hizo una pausa como si tratara de escuchar el eco de sus propias palabras.

—No es ahora... —La voz aterciopelada del señor Randolph la alentaba.

*No es ahora como fue antaño;
y dondequiera que mire,
en la noche o en el día...*

Recostado en el sillón, el Sr. Randolph unió su voz a la de Gilly y juntos recitaron:

Las cosas que veía ya no se me aparecen.

Siguieron leyendo de esta manera. Él la escuchaba embelesado y a ratos unía su voz a la de ella, con lo que las voces adquirirían la calidad de un coro.

Gilly leyó:

*Nuestro nacimiento no es sino sueño y olvido:
el alma que surge con nosotros, estrella de nuestra
vida, en otra parte ha tenido su ocaso,
y viene de un lugar lejano;
no en el completo olvido
ni del todo desnudos...*

Pelusa 79

Y luego juntos:

*Sino arrastrando nubes de gloria venimos
de Dios, que es nuestro hogar. ...*

«Arrastrando nubes de gloria venimos». La música de esas palabras se acumulaba y estallaba sobre Gilly como las olas sobre la playa.

Era un largo poema, unas siete páginas de letra pequeña. Gilly no podía realmente entender lo que quería decir, pero el señor Randolph parecía saber cada palabra, guiándola con su voz tranquila si dudaba ante una palabra poco conocida, y uniendo su voz, potente y melódica, a la de ella al llegar a sus versos preferidos.

Recitaron a coro los versos finales:

*Gracias al corazón humano que nos da vida
Gracias a su ternura, sus gozos y temores,
La flor más mezquina, al volar en el viento,
Puede engendrar pensamientos
Demasiado hondos para las lágrimas.*

El señor Randolph dejó escapar un largo suspiro.

—Gracias, gracias— dijo con voz apacible.

—La verdad es que sabe lo suyo de leer— dijo la Trotter, sonriendo orgullosa, como si quisiera hacer en parte suyo el mérito del talento de Gilly.

La sonrisa irritó a Gilly. Si leía bien es porque había puesto empeño en ello. En el mismo instante en el que aquella maldita maestra de primer año le había dicho a la señora Dixon que temía que Gilly pudiera ir algo «retrasada», Gilly se había jurado hacerle tragar sus palabras, y se había salido

Pelusa 79

con la suya. Al llegar la navidad leía mil veces mejor que todos los mocosos de la clase. Pero no consiguió nada con ello. La maestra, la señora Gorman, explicó entonces muy detenidamente a la señora Dixon que tenía otros veinticinco niños a quien atender y que no había forma de crear una clase de lectura especial para una sola persona. Gilly habría de tener paciencia y aprender a trabajar en equipo. Eso era todo.

—Y bien, ¿Qué opina de la poesía del señor Wordsworth, señorita Gilly? Le preguntó el señor Randolph, interrumpiendo el furor de sus pensamientos.

—Estúpida—dijo, pensando más en la señora Gorman que en Wordsworth.

Recorrió la cara del señor Randolph una expresión dolida.

—Supongo—dijo, ahora con voz forzada y cortés— que a primera vista, uno podría...

—Por ejemplo aquí—dijo Gilly, que se sentía ahora obligada a defender una opinión que no le pertenecía en absoluto—aquí al final: «la flor más mezquina, al volar en el viento». ¿Y eso qué demonios...? ¿qué quiere decir eso? ¿quién ha oído hablar nunca de una «flor mezquina»?

El señor Randolph se relajó.

—La palabra «mezquino» tiene más de un significado, señorita Gilly. Aquí el poeta se refiere a su insignificancia, a la condición modesta de la flor y no —dijo, riendo suavemente— a una naturaleza maligna.

Gilly, poniéndose colorada, dijo:

—Y nunca vi volar una flor tampoco.

—La pelosilla. —Todos se volvieron para mirar a William Ernest, sorprendidos no sólo de escuchar su voz, que se oía tan raramente, sino porque los tres habían olvidado incluso

Pelusa 79

que se encontraba en la habitación. Allí estaba, sentado en el suelo con las piernas cruzadas, junto al extremo del sofá, como un gurú miope, parpadeando detrás de sus gafas.

— ¿Habéis oído eso?—La voz de la Trotter resonaba triunfal— Pelosilla. ¿No es ésa la cosa más inteligente que han oído en la vida? ¿Sí o no?

W. E. escondió la cabeza detrás del cobertor del brazo del sofá.

—Esa es con toda probabilidad la flor en la que estaba pensando Wordsworth —dijo el señor Randolph—, sin duda la más humilde de todas las flores.

—La flor más humilde, ahí está —asintió la Trotter, gozosa—. Y ya lo creo que vuelan, como dice William Ernest. Vuelan por todas partes —Se volvió hacia Gilly como buscando su conformidad, pero al ver la cara que ésta ponía, se le heló la sonrisa.

—¿Puedo irme ahora? —La voz de Gilly era afilada como el borde serrado de una lata de conservas abierta.

Trotter asintió.

—Claro —dijo, con voz calmada.

—No puede imaginar cuánto le agradezco... —pero Gilly no esperó a oír las palabras de agradecimiento del Sr. Randolph. Corrió escaleras arriba hasta su habitación. Detrás de la puerta cerrada, extrajo del bolsillo los dos billetes de banco y, tumbándose en la cama, los alisó. Los ocultaría entre su ropa interior hasta que se le ocurriera un lugar más apropiado, y mañana llamaría a la estación de autobuses para preguntar el precio del billete de ida hasta San Francisco.

—Ya voy, Courtney —dijo en un susurro—, arrastrando nubes de gloria vengo...

Pelusa 79

Sólo era cuestión de volver a entrar en casa del Sr. Randolph y coger el resto del dinero. Seguro que había más.

William Ernest y otras flores humildes

A la mañana siguiente, Agnes Stokes la esperaba delante de la casa cuando salió camino de la escuela. Primero Gilly pensó en dar la vuelta y esperar en casa hasta que Agnes marchara, pero ya era demasiado tarde. Agnes la saludaba con el brazo y gritaba algo. ¡Qué chica tan horrible! Gilly pasó de largo rápidamente, sin decirle una palabra. Podía oír los precipitados pasitos de Agnes detrás de ella, y luego sintió que le ponía una sucia mano sobre el brazo.

Gilly, asqueada, se la sacudió de encima.

La mano de Agnes desapareció, pero ahora la chica pasó el mentón por encima del brazo de Gilly, como si fuera un gancho, girando la cabeza hacia arriba para mirarle a la cara. Le olía mal el aliento.

—¿Qué vamos a hacer hoy? —preguntó Agnes.

«¿Nosotras dos? ¿Estará de broma?», pensó Gilly.

Gilly se dio la vuelta de golpe y acercó su nariz a la chata nariz de Agnes (¡Uf!), diciéndole:

—¿Cuándo vas a meterte en esa cabecita de hormiga que no quiero tu ayuda?

Agnes apartó la nariz y sacudió el pelo grasiento, pero ante la contrariedad de Gilly, siguió pegada a ella como una

Pelusa 79

liendre de piojo, caminando apresurada a su lado, dando dos o tres pasitos por cada zancada de Gilly.

Aunque no resultaba fácil no hacerle ningún caso durante el resto del camino hasta la escuela, Gilly lo consiguió poniendo una cara de personalidad importante en un desfile, con los ojos vidriosos perdidos en la muchedumbre, sin ver lo que había a su alrededor.

—Vivo sólo una manzana más arriba que tú, ¿sabes?

Qué emocionante.

—Pasaré a esperarte cada día, ¿te parece?

Aquel enano entrometido no era capaz ni de darse cuenta de que Gilly no le hacía el menor caso.

Cuando llegaron al patio de la escuela, Agnes puso un gran pedazo de goma de mascar, aún envuelto, delante de las narices de Gilly.

—¿Quieres chicle? —le preguntó.

Bah, qué demonios. También la reina había usado a Rumpelstiltskin, ¿no era cierto? Agnes podía resultarle útil algún día. El secreto estaba en saber deshacerse de la gente cuando ya no le servía a una, y Gilly tenía mucha experiencia de eso.

Tomó el chicle sin decir nada, y Agnes se ruborizó de puro placer.

—¿Ves a aquel chico que está junto a la valla, el de la nariz roja? Su madre se fugó con un marinero el pasado mes de mayo.

—¿Y qué?

Agnes alzó una mano hasta taparse la boca a medias y le cuchicheó al oído:

—Mi abuela dice que en esa familia todos son gentuza.

Pelusa 79

—¿Ah, sí? —dijo Gilly, paladeando el chicle ruidosamente—, ¿y de tu familia qué dice la abuela?

Agnes se puso tiesa como una esponja seca.

—¿Quién te ha andado contando mentiras sobre mi familia?

—Lo adiviné por casualidad.

—Volverán. Los dos.

—Claro.

—Te digo que es verdad. Seguramente antes de Navidad.

—Bueno, bueno. Te creo.

Los ojos de Agnes daban vueltas en sus órbitas, escrutando la cara inexpresiva de Gilly.

—¿Te estás burlando de mí? —preguntó por fin.

—Ni pensarlo.

La desconfianza de Agnes disminuyó.

—Sé muchas cosas más —dijo—. Ya sabes, chismorreos sobre la gente de por aquí.

—Apuesto a que sí, muñeca —Gilly hinchó cuidadosamente un globo de regular tamaño, que explotó peligrosamente cerca de los pelirrojos y apelmazados cabellos de Agnes.

Agnes soltó una risita aguda.

—¡Cuidado! —dijo, con nerviosismo.

En ese momento sonó el primer timbre.

—¿Nos vemos en el recreo? —preguntó.

Gilly se encogió de hombros y se encaminó hacia Harris-6.

—Quizá —dijo.

Aunque parte de los pensamientos de Gilly querían dedicarse a elaborar planes para conseguir el dinero del Sr. Randolph, una vez que hubo cruzado la puerta de Harris 6 se

Pelusa 79

obligó a fijar su atención en las clases de la señorita Harris. No iba a permitir que una pandilla de idiotas de barrio pensaran que eran más listos que ella. Le daba rabia saber que iba retrasada en casi todas las asignaturas, aunque también sabía que la culpa no era de ella sino de la escuela elemental de Hollywood Gardens. Trabajaría como una endemoniada hasta no sólo alcanzar a los demás, sino haberlos adelantado a todos; entonces dejaría por completo de estudiar. Este sistema desesperaba siempre a los profesores, que interpretaban como un agravio personal el que alguien que sin duda era capaz de aventajar al resto de la clase se negara de plano a seguir las reglas del juego. Y así precisamente quería Gilly que ocurriera en el caso de la señorita Harris.

A la hora de comer la clase de Agnes llegó antes al comedor, de manera que cuando Gilly salió de la fila con su bandeja, Agnes estaba ya sentada y le hacía señales para que se acercara a su mesa. Gilly hubiera preferido comer sola, porque Agnes no era su ideal como compañera de mesa, pero como había decidido que Agnes podía resultarle útil en algún momento, le convenía acostumbrarse a ella. Fue a sentarse frente a la chica, que le sonreía a través de las bandejas como un gato de tebeo.

—Yo tampoco he pagado —le dijo.

Gilly le lanzó una mirada agresiva. Nadie tenía por qué saber quién comía gratis y quién no. Era un asunto privado, y lo primero que iba a tener que enseñarle a Agnes era en qué momento tenía que callar la boca.

—Agnes, ¿seguro que sabes que me pone enferma sólo mirarte?

Agnes puso su cara de perro pateado.

Pelusa 79

—¿Qué quieres decir?

—No te lo tomes como una ofensa. Simplemente, es que me pones enferma.

De un tirón, Agnes acercó hacia la mesa el banco en que estaba sentada, y empezó a subirse las mangas de la camisa, que le arrastraban sobre la mesa.

—No es una cuestión personal —prosiguió Gilly—. De hecho, supongo que no puedes evitarlo, ni te lo echo en cara. Sólo quiero decirte que no estoy dispuesta a tolerarlo.

—¿Tolerar qué?

Gilly se inclinó hacia delante por encima de la mesa y acercó su cara a la sonrosada de Agnes.

—¡Tu boca! —exclamó.

Agnes se echó atrás en su asiento para apartarse de la mueca de Gilly. La gente se había quedado mirándolas. Ambas se enderezaron en sus asientos, pero Gilly seguía con la misma mueca.

—No soy bocazas —dijo Agnes bajando la voz.

—Entonces mantén el pico bien cerrado. No estaría bien que empezara a salirse por él lo poco que te queda de cerebro.

Agnes, indignada, abrió la boca, pero la cerró bruscamente segundos después. Se encogió de hombros, hizo un mohín airado y empezó a comer.

Gilly hizo una pausa para exhibir una generosa sonrisa ante las demás personas que estaban sentadas a la mesa, mientras extendía la servilleta con elegancia sobre su regazo, y a continuación tomó el cartón de la leche en la mano, con el dedo pequeño curvado, como solía hacer la Sra. Nevins al sostener su taza de café.

Pelusa 79

Después de la comida permitió que Agnes la siguiera por el patio como un cachorro abandonado. En una ocasión Agnes se aventuró a dirigirle la palabra con un tímido: «¡Oye Gilly!», pero Gilly se volvió hacia ella con brusquedad, lanzándole una mirada tan aterradora que ya no le dijo una palabra más.

Y cuando Gilly salió de la escuela, Agnes se puso a andar tras ella sin que mediaran palabras. Subieron la cuesta a paso ligero, y Agnes tuvo que doblar el número de pasos para no rezagarse, puesto que Gilly daba unas zancadas desmesuradas. Cuando llegaron ante la casa de Trotter, Gilly entró inmediatamente. Mientras cerraba tras de sí la verja de estacas sucias y blancas, Agnes le rozó el brazo, entregándole una nota. Esta decía: «¿Cuándo puedo hablar?»

Gilly sonrió afable.

—Ya veremos —dijo—. Ya veremos qué tal van las cosas.

Agnes abrió la boca como un pajarillo hambriento, pero sin decir ni pío. Lindo pajarito. Gilly le dio una palmadita en el brazo flaco y pecoso, y echó a andar majestuosamente por el sendero que conducía a la casa, dejando al pajarito con la boca abierta al otro lado de la cerca de madera.

—¿Eres tú, William Ernest, tesoro?

—Soy yo, Maime Trotter, muñeca —respondió Gilly con voz chillona.

Desde la cocina le llegó al retumbar de la risa de la Trotter.

—Ven aquí a tomarte un tentempié, Gilly, cariño.

Gilly sintió la tentación, pero estaba decidida a no ceder. Era demasiado espabilada para dejarse comprar con comida, por muy hambrienta que estuviese. Subió decidida por la

Pelusa 79

escalera pasando ante la puerta de la cocina, de la que salía un inconfundible olor a galletas de chocolate. Maldita seas mil veces, Maime Trotter, se dijo.

Más tarde, tras la puerta cuidadosamente cerrada de su habitación, Gilly sacó el dinero de la cómoda. A continuación sacó el cajón entero y lo tumbó boca abajo sobre la cama. Alisó los billetes sobre el lado inferior del cajón, sacó del bolsillo un trozo de cinta adhesiva que se había agenciado del pupitre de la Sta. Harris, y pegó el dinero al cajón.

De repente la puerta se abrió sin previo aviso. Para ocultar el dinero, Gilly se dejó caer en plancha sobre el cajón.

William Ernest, con sus ojos de rana, estaba en el umbral de la puerta, tratando de entrar y haciendo malabarismos con una bandeja en la que había un plato de galletas y un vaso de leche.

—¿Qué diablos...? —chilló Gilly.

—T...T...Tro...Trotter... —era lo único que el niño podía articular a modo de respuesta. La bandeja daba tales sacudidas en sus manos temblorosas que el vaso de leche amenazaba con caer al suelo.

—Bueno, pues pónlo en algún sitio de una vez, idiota.

Los ojos de W.E. recorrieron desesperados la habitación. Gilly comenzaba a sentirse como una idiota tumbada sobre el cajón de la cómoda. Se incorporó lo suficiente para darle la vuelta. Luego se sentó y encaró al niño.

—¿No te ha dicho nunca la Trotter que debías llamar a la puerta en vez de entrar así, de golpe y porrazo?

El niño asintió, con los ojos muy abiertos y la bandeja temblando.

Suspiró. Qué chico tan raro.

Pelusa 79

—De acuerdo —dijo, alargando la mano a través del estrecho espacio que les separaba —, dámelo, pues.

El niño le tendió la bandeja bruscamente y se fue corriendo escaleras abajo. Gilly dio otra vez la vuelta al cajón para hacer una mesa sobre la cama, y puso el vaso de leche y el plato de galletas encima. Cerró la puerta y, sentándose sobre la cama con las piernas cruzadas, hincó el diente en las galletas.

—Oh, gracias, gracias, Maime Trotter. ¡Qué delicioso olor tiene este plato de galletas! ¡Vaya, vaya y amén!

Cuando iba ya por la última galleta, se le ocurrió una idea. No era Agnes Stokes a quien usaría; no se fiaba de ella ni un pelo. La persona indicada era, naturalmente, William Ernest. El niño bonito, el tesorito de Trotter embarcado en una vida criminal. La idea la hizo reír en voz alta de puro placer. Teague «cara de niño», el desvalijador con ojos de sapo. William «ojos locos», el «padrino» con cabeza de ratón. Las posibilidades eran infinitas y todas ellas deliciosas. El enano de la mafia. Naranja «el exprimidor». No: la mano naranja que aprieta.

Se levantó de un salto y puso en orden la habitación en un abrir y cerrar de ojos. Luego bajó bailando por la escalera, sosteniendo la bandeja en alto con una mano, y entró brincando en la cocina.

La Trotter levantó los ojos desde la mesa en que estaba echando cucharadas de la mezcla de galletas sobre una plancha de horno y la miró tiernamente.

—¿Te sientes animada ahora?

Pelusa 79

Gilly exhibió su sonrisa de 300 wátios concebida especialmente para derretir el corazón de los padres adoptivos.

—¡Como nunca! —dijo, pronunciando las palabras con el tono cantarín más indicado. Puso los platos en el fregadero y empezó a lavarlos, pero se detuvo inmediatamente. Trotter podría entrar en sospechas si exageraba mucho su buena conducta.

Salió al pasillo como patinando y, rodeando el pie de la escalera, entró en el salón donde W.E. estaba sentado en el suelo con los ojos fijos en la pantalla de la tele; estaban dando *Barrio Sésamo*. Gilly se deslizó al suelo junto a él y, cuando los ojos del niño la escrutaron de reojo un momento, le dedicó una sonrisa beatífica y fraternal, al tiempo que hacía ver que le entusiasmaban los personajes de la serie. No dijo ni una palabra durante todo el programa ni los dos siguientes *Con ocho basta* y *Vida de estudiante*, pero de vez en cuando acompañaba la música tarareando alguna canción en plan amistoso, sonriendo a William cada vez que le pillaba lanzando hacia ella una mirada furtiva.

Su estrategia parecía dar buenos resultados. Por lo menos, cuando llegó la hora de la cena Gilly le preguntó:

—¿Quieres poner la mesa o ir a por el Sr. Randolph? —y él respondió, casi sin tartamudear:

—Ir a por el Sr. Randolph.

De manera que Gilly puso la mesa de la cocina, tarareando por lo bajo el tema «Días felices» de *Barrio Sésamo*.

Y después de la cena hizo para W.E. un avión de papel con una hoja de cuaderno, y cuando Gilly le propuso que salieran al porche para hacerlo volar la siguió sin dudar.

Pelusa 79

W.E. entornó sus ojillos miopes, arrugó la nariz regordeta, echó atrás el brazo para tomar impulso y lanzó el avión con todas sus fuerzas. «¡Zás!», susurró. El avión salió disparado del porche, lo alzó repentinamente una ráfaga de aire ascendente y, subiendo hasta estar por encima de sus cabezas, rizó el rizo y bajó planeando suavemente hasta posarse en el césped.

Volvió hacia ella unos ojos relucientes.

—¿Viste? —preguntó en un susurro—, ¿viste eso?

—Bueno, de acuerdo —Gilly fue corriendo a coger el avión. Nunca había hecho uno tan bueno. Se subió al poste de hormigón que sostenía la reja del porche y levantó el brazo. Luego pensó un momento y dijo—: Hazlo tú, William Ernest, ¿vale?

Se bajó y aupó al niño. W.E. parecía algo inseguro en lo alto del poste, mirando hacia abajo como temeroso de mover los pies.

—Venga, hombre, no voy a dejar que te caigas. —Rodeó los tobillos del chico con las manos, sin apretar. Podía sentir bajo sus dedos cómo se iba relajando. William Ernest se echó atrás para tomar impulso y tiró—. ¡Zás! —dijo, algo más fuerte que antes, enviando la nave blanca con tenues rayas azules tan alto, bueno, casi tan alto, como la casa, haciendo bucles, remontándose en el aire y planeando, para ir a parar finalmente en el macizo de azaleas del jardín del señor Randolph.

William Ernest se descolgó enseguida del poste y bajó los escalones del porche. La valla le contuvo un momento, pero no le impidió el paso. Se notaba que en su vida había saltado

Pelusa 79

una valla, y sin duda habría ganado tiempo yendo por la puerta del jardín y dando un rodeo, pero había escogido la ruta más directa para llegar hasta su preciado avión.

Cayó en el patio del señor Randolph de una manera algo extraña, pero se incorporó enseguida y extrajo con delicadeza su trofeo de entre las flores. Se volvió para sonreírle tímidamente a Gilly, y a continuación emprendió el camino de regreso, primero por el sendero de casa del señor Randolph y luego por la acera, entrando en el jardín de la Trotter como si llevara en sus manos la corona real de Inglaterra. Al llegar a la mitad del sendero de la Trotter dijo algo.

—¿Qué dices? —preguntó Gilly.

—Digo —las venas le abultaban en el cuello por el esfuerzo de levantar la voz hasta un nivel audible— que vuela bien de verdad.

«No era tan tonto como parecía» pensó Gilly sonriendo, sin pararse a pensar cuál de sus sonrisas iba a poner. «Pero tú también sabes lanzarlo bien, William E.».

-¿Sí?

—Claro que sí. Estaba admirando tu estilo. Para mí que alguien te ha dado clases.

Ladeó la cabeza, mirándola extrañado.

—¿No? ¿Has aprendido tú solo?

W.E. asintió con solemnidad.

—Oye, chaval, pues tienes un talento natural. Nunca había visto un talentazo así.

El niño enderezó sus estrechos hombros y subió por las escaleras como si fuera el presidente de los Estados Unidos de América.

Pelusa 79

Todavía estaban haciendo volar el avión (aunque era más bien W.E. quien lo hacía mientras Gilly lo miraba y hacía de vez en cuando algún comentario admirativo) cuando la Trotter y el señor Randolph salieron al porche.

—Tiene que ver esto, Trotter. William Ernest lo hace bien de veras.

W.E. se encaramó sin ayuda al poste de hormigón. Ya no necesitaba las manos o la ayuda de Gilly.

—Miren —dijo con su voz queda—, miren esto.

El señor Randolph alzó sus ojos ciegos.

—¿Qué es, hijo?

—Parece que Gilly le hizo un avión de papel —le explicó la Trotter.

—Ah, ya veo, ya veo.

—Miren bien.

—Te estamos mirando, William Ernest, cielo.

W.E. tomó impulso y lanzó una vez más el avión, que emprendió otro supervuelo remontándose, bajando en picado, volando raso, alzándose de nuevo y descendiendo lentamente en espiral.

La Trotter exhaló un suspiro cuando el avión aterrizó con elegancia junto a la acera. William Ernest fue corriendo a recuperarlo.

—¿Cómo fue? —preguntó el señor Randolph.

—Si quiere que le diga la verdad, señor Randolph, es una pena que haya de perderse ver cosas así. Nunca creí que los aviones de papel sirvieran para otra cosa que para volver locos a los maestros. —Se volvió hacia Gilly y le dijo—: Realmente ha sido algo maravilloso.

Pelusa 79

Gilly empezaba a ponerse colorada, pero en ese momento W.E. subió los escalones y la salvó.

—Es que yo lo hago volar muy bien —dijo.

—Sí —dijo Gilly, dándole unas palmaditas en el hombro—. Claro que sí. —El niño alzó la cara hacia ella, los ojillos desbordando alegría.

—Gracias —dijo la Trotter en voz baja.

Por un instante Gilly la miró, pero enseguida apartó los ojos, como hace una persona ante un sol demasiado intenso.

—¿Quiere que acompañe al señor Randolph hasta su casa? —preguntó.

—Gracias, señorita Gilly, le estaría sumamente agradecido.

Gilly le tomó del codo y le guió con precaución mientras bajaban las escaleras de entrada, cuidando de no mirar atrás porque la expresión en la cara de la Trotter era la que, en el fondo de su corazón, Gilly había estado ansiando ver toda su vida, pero no en la cara de alguien como aquella mujer. Eso no formaba parte del plan.

Hostigando a la señorita Harris

Al llegar a la tercera semana de octubre Gilly había dado alcance ya al resto de la clase y les había adelantado. Trató de convencerse de que había logrado acorralar a la señorita Harris de forma que ya no podía hacer otra cosa que ponerle sobresalientes. Sin duda, a la engreída de la Harris debía reventarle tener que darle calificaciones tan buenas — excelente, buen trabajo, muy penetrante — a una persona que tan evidentemente la detestaba.

Pero la señorita Harris tenía mucho aplomo. Si era consciente de que Gilly la odiaba, nunca lo dejó traslucir. Así que tal como andaban las cosas Gilly aún no estaba dispuesta a recurrir al viejo truco de dejar de estudiar justo en el momento en que el profe había llegado al convencimiento de que tenía que habérselas con poco menos que un genio. Aquel truco había dado excelentes resultados en Hollywood Gardens; todos los profesores se habían quedado mudos de sorpresa cuando de repente Gilly empezó a presentar hojas de papel en blanco. Sucedió un día después de que Gilly oyera al director del colegio decirle a la maestra de Gilly que ésta había obtenido la puntuación más alta de toda la historia de la escuela en su prueba nacional de aptitud; por supuesto, nadie sabía que ella estaba enterada, de forma que hicieron venir a todo un ejército de psicólogos infantiles para que trataran de explicar su caso. Como no había nadie en la escuela que estuviera dispuesto a hacerse responsable de aquella súbita

Pelusa 79

negativa de Gilly a trabajar decidieron echarle la culpa a los tutores de Gilly, cosa que enfureció de tal forma a la señora Nevins que exigió a la asistente social, la señorita Ellis, que se llevara inmediatamente a la niña, sin esperar a que terminara el plazo de un año que había aceptado a regañadientes después de sus primeras quejas por la conducta insolente y malintencionada de Gilly.

Pero algo le decía a Gilly que era poco probable que la señorita Harris fuera a desmoronarse a la vista de una hoja en blanco. Lo más fácil era que no hiciera el menor caso; en eso no se parecía a los otros profesores que había tenido Gilly. No daba la sensación de que dependiera de sus alumnos, ni de que estos alimentaran sus inquietudes o satisfacciones. En el libro de ciencias sociales de Gilly había una foto de una mujer musulmana, de Arabia Saudí, con todo el cuerpo tapado a excepción de los ojos. De alguna manera le recordaba a Gilly a la señorita Harris, que se había envuelto en ropas invisibles. En una o dos ocasiones había aparecido en sus ojos un fulgor que a Gilly le parecía que revelaba algo acerca de la persona oculta bajo esas vestiduras protectoras, pero esas señales eran tan poco frecuentes que Gilly dudaba al interpretar su posible significado, incluso para ella misma.

Había días en que no le importaba en absoluto lo que la señorita Harris pudiera o no estar pensando. Resultaba bastante cómodo ir a la escuela sin que a una le gritaran o dieran coba; saber que juzgaban sus trabajos por su propio mérito, sin que influyera para nada la opinión personal del maestro acerca del que los presentaba. Era un poco como lanzar una pelota de baloncesto: si apuntabas bien, el balón

Pelusa 79

entraba por el aro; era absolutamente justo y absolutamente impersonal.

Pero otros días la indiferencia de la señorita Harris la ponía negra. No estaba acostumbrada a que la trataran como a los demás; ya desde el primer año había obligado a sus profesores a verla como un caso aparte. Se había hecho cargo de su propia educación, aprendiendo lo que le daba la gana y cuando a ella le apetecía. Los maestros habían recurrido a mil artimañas y maldiciones, pero nunca hasta este momento habían logrado convertirla sencillamente en una alumna más entre la masa.

El que no se la tratara de una manera especial lo había tolerado mientras iba retrasada con respecto a esa masa, pero ahora hasta la sonrisa que le daba los buenos días parecía el eco de las palabras de un computador que le decía: «Buenos días, Gilly número 58706; hoy proseguiremos el estudio de la división con quebrados.» *Al trasponer el umbral de la clase el auto-profesor entra en funcionamiento y dice: «buenos días». Por tres mil dólares más puede adquirir el modelo personalizado con célula fotoeléctrica que llama a cada estudiante por su nombre.*

Durante varios días tuvo fija en la mente esta imagen de una señorita Harris activada por computadora. Aquella parecía ser la respuesta. Brillante y fría, total y absoluta y desesperantemente imparcial, con todos los mecanismos internos protegidos por una cubierta reluciente y ocultos a la vista. No una mujer musulmana sino una máquina infalible e inaccesible a cualquier intento de manipulación.

Cuanto más pensaba en ello, más se enfurecía. Nadie tenía derecho a separarse de los demás de esa forma. Aunque sólo fuera una vez, antes de largarse de este agujero, le gustaría

Pelusa 79

darle un tirón a algún cable dentro de aquella máquina. Aunque sólo fuera una vez, le gustaría ver a Harris-6 gritar de rabia, descomponerse, caer hecha pedazos.

Pero la señorita Harris no era como la Trotter. Bastaban cinco minutos en casa de la Trotter para descubrir el camino directo a sus entrañas: William Ernest Teague. La Sta. Harris no estaba conectada de aquella forma a otras personas. Era como en la repetición de los viejos seriales de *Misión imposible*: «*Su misión, si deciden aceptarla, consiste en penetrar en este robot-computadora, descubrir su modo de funcionamiento y neutralizarlo*». La cinta autodestructora nunca decía a los miembros del equipo cómo llevar a término su misión imposible, pero ellos siempre parecían saberlo. Gilly, en cambio, no tenía ninguna pista.

La pista se la dio la televisión. En aquel momento no estaba ni siquiera pensando en la señorita Harris. De hecho pensaba en cómo conseguir el resto del dinero del Sr. Randolph, y apenas escuchaba el telediario. Pero de repente empezaron a llegarle al cerebro mensajes interesantes. Al parecer una destacada personalidad del gobierno había contado en un avión un chiste, y esto le había costado el cese. No era un chiste cualquiera, sino un chiste verde. Pero no fue ese el motivo de que lo despidieran; de alguna manera, el chiste resultaba insultante para la gente de raza negra, y al parecer todos los negros del país e incluso algunos blancos gritaban indignadísimos. Por desgracia el locutor no repitió el chiste; de lo contrario Gilly podría haberlo usado. Pero por lo menos ahora sabía algo que podía ser la clave del mecanismo de Harris-6.

Pelusa 79

Pidió a la Trotter algo de dinero para comprar «cosas para el colegio», y compró un paquete de papel cartulina blanco y unos rotuladores. Tras la puerta cerrada de su dormitorio empezó a confeccionar una tarjeta de felicitación, procurando que tuviera el mismo estilo y formato que esas tarjetas «cómicás», altas y estrechas, que hay en los exhibidores giratorios de las papelerías.

Al principio trató de hacer un dibujo en el anverso del papel, echando a perder cinco o seis valiosas hojas en sus esfuerzos fracasados. Maldiciendo su nulidad para el dibujo, robó una de las revistas de la Trotter y recortó una foto de una mujer negra alta y hermosa con un peinado afro. El tono de su piel era ligeramente más oscuro que el de la Sta. Harris, pero el parecido ya era suficiente.

Encima de la foto de la mujer rotuló cuidadosamente estas palabras (aunque sus dibujos fueran horribles, le salían bien las letras de imprenta):

Dicen: «Negro es hermoso».

Y luego, debajo de la foto:

Pero por lo que a mí me parece
los únicos que lo dicen
tienen bastante pinta de ser...

Y en el interior, con letras diminutas:

personas con un interés creado
en mantener este punto de vista

Pelusa 79

Había que reconocer que era la tarjeta más graciosa que había visto en su vida. La genial Gilly —una bromista de primera categoría. Si la habitación hubiera sido lo bastante grande, se habría revolcado por el suelo de risa. En cualquier caso, se tumbó en la cama abrazándose el cuerpo y riendo hasta casi ponerse histérica. Lo único que le sabía mal era que la tarjeta tuviera que ser anónima; le habría encantado un público reconocimiento del valor de aquella obra maestra.

A la mañana siguiente llegó muy temprano a la escuela y subió furtivamente las malolientes escaleras que conducían a Harris-6 antes incluso de que el portero hubiera encendido las luces del vestíbulo. Por un momento temió que la puerta estuviera cerrada, pero la abrió con facilidad con sólo bajar el tirador. Deslizó la tarjeta en el libro de mates que estaba en medio de la mesa de la señorita Harris, por lo demás absolutamente despejada. Quería asegurarse de que la tarjeta no la descubriera otra persona, lo que habría dado al traste con su plan.

Durante todo el día, pero especialmente en la clase de matemáticas, Gilly iba lanzando miradas furtivas hacia la señorita Harris. Seguro que en cualquier momento cogería el libro. Por fuerza tenía que observar las puntas de la tarjeta que asomaban del libro y sentir curiosidad. Pero la señorita Harris dejó el libro exactamente donde se encontraba. Cuando tuvo necesidad de mirar algo en él, pidió prestado el libro de un alumno. Era como si presintiera que el suyo ocultaba una trampa.

Al llegar la hora de comer el corazón de Gilly, que había empezado el día saltando en espera del momento gozoso, le daba furiosas patadas en la boca del estómago. A media tarde

Pelusa 79

Gilly estaba tan indignada porque no había pasado nada que hizo tres faltas en la lectura, aunque conocía perfectamente las palabras. Al sonar el timbre de las tres, que indicaba el final de las clases, colocó la silla encima del pupitre de golpe y se dirigió hacia la puerta.

—Gilly.

El corazón le dio un vuelco mientras se volvía hacia la Sta. Harris.

—¿Quieres esperar un momentito, por favor?

Las dos esperaron, mirándose fijamente y en silencio hasta que el aula quedó vacía. Entonces la señorita Harris se levantó de la mesa y cerró la puerta. Tomó una silla de encima de uno de los pupitres y la colocó a poca distancia de su propia mesa.

—Siéntate un momento, ¿quieres?

Gilly se sentó. El libro de matemáticas seguía sobre la mesa, sin que pareciera que nadie lo hubiera tocado, y los bordes de la tarjeta asomaban por ambos extremos.

—Puede que te resulte difícil creer lo que voy a decirte, Gilly, pero tú y yo nos parecemos bastante.

Gilly estaba pendiente de las palabras de la maestra, sin poder remediarlo.

—No quiero decir en inteligencia, aunque también eso es cierto. Las dos somos listas y lo sabemos. Pero la cosa que nos acerca más que la inteligencia es la ira. Tú y yo somos dos de las personas con más rabia dentro del cuerpo que conozco — Dijo todo esto con una voz serena y fría que corlabo cada palabra y la separaba de la siguiente como para dar a Gilly la oportunidad de replicar. Pero Gilly estaba hipnotizada, como

Pelusa 79

los tipos en las películas cuando ven acercarse una cobra. No estaba dispuesta a hacer ningún movimiento en falso.

—Por supuesto, hacemos cosas muy diferentes con nuestra rabia. A mí siempre me enseñaron a ocultarla, cosa que he hecho hasta ahora y sigo haciendo. Tu cólera está ahí en la superficie, donde puedes mirarla a la cara y hacer amistad con ella si así lo deseas.

Gilly entendía tan poco lo que la decía como si le estuviera hablando en chino.

—Pero no te pedí que te quedaras al acabar la clase para decirte lo lista que eres o lo mucho que te envidio, sino para darte las gracias por tu tarjeta.

Tenía por fuerza que decirlo con sarcasmo, pero Harris-6 sonreía casi como un ser humano. ¿En qué momento se lanzaría al ataque la serpiente?

—Me la llevé a la sala de profesores a mediodía y estuve maldiciendo creativamente durante veinte minutos. Hacía años que no me sentía tan bien como ahora.

Se había vuelto majareta como la computadora en 2001. Gilly se levantó y comenzó a retroceder hacia la puerta. La señorita Harris se limitó a sonreírle y no hizo el menor esfuerzo para detenerla. En cuanto hubo llegado a las escaleras, Gilly echó a correr y, maldiciendo creativamente, fue corriendo hasta casa.

Polvo y desesperación

De repente Gilly sintió una apremiante necesidad de marcharse de Thompson Park. Le decían los huesos que si se quedaba mucho tiempo más aquello acabaría mal. Entre la locura en la casa de color pardo y la locura en la escuela iba a volverse tan blanda e incapaz de hacer nada como W.E., y si algo le había enseñado su corta vida era que una tenía que ser dura. De lo contrario te tomaban el pelo.

Y Galadriel Hopkins no tenía ninguna intención de dejar que le tomaran el pelo; pero tenía que darse prisa. Era lo mismo que la gente a su alrededor tuviera piernas rollizas o mente de computadora. Porque si tanto el frío como el calor podían acabar con uno, la combinación de las dos cosas iba irremediablemente a hacer polvo incluso a la indomeñable Galadriel.

Había llegado a un punto en que habría preferido hacerse con el dinero del señor Randolph ella sola, sin meter en el asunto ni a William Ernest ni a Agnes Stokes, pero con la prisa por marchar se atolondró y usó a los dos.

La ocasión se presentó inesperadamente. La Trotter no había pedido nunca que hiciera de canguro cuidando de William Ernest en su ausencia, pero de repente, dos días después del fracaso de su tarjeta sorpresa, la Trotter anunció que iba a acompañar al señor Randolph a un almacén de rebajas para hacer unas compras, y pidió a Gilly que vigilara a William Ernest mientras estaban fuera.

Pelusa 79

Era perfecto. Debió darse cuenta de ello, pero la obsesión por conseguir el dinero había nublado su sentido común. Buscó con manos temblorosas en la guía telefónica hasta encontrar el número de los Stokes en Thompson Park, supuestamente domiciliados en la avenida Aspen. (Otra mentira. Hacía tiempo que los padres de Agnes se habían marchado del área de Washington, dejando a su hija al cuidado de una abuela materna de setenta y cinco años, llamada Gertrude Berkheimer. Pero el nombre del padre delincuente de Agnes aún figuraba en el listín como si nunca la hubiera abandonado.)

Agnes se presentó inmediatamente, rebosante de alegría porque Gilly no sólo la había invitado a su casa sino que además le pedía ayuda para llevar a cabo un complot secreto y a todas luces ilegal. Se prestó sin rechistar a actuar de vigía ante la casa del Sr. Randolph, aunque Gilly adivinó que hubiera preferido jugar un papel más destacado en el asunto. La misión de Agnes era la de lanzar su silbido, que según ella podía oírse a más de un kilómetro, si aparecía el taxi que había de traer a casa a la Trotter y al señor Randolph mientras Gilly estaba todavía en el interior.

Lo que ya resultó más difícil fue despegar a W.E. de la tele y hacerle entender su papel en la historia.

—No entiendo —repitió, a Gilly le parecía que por milésima vez, parpadeando estúpidamente tras las gruesas gafas.

Gilly comenzó una vez más a explicárselo desde el principio, procurando no perder la paciencia.

—El señor Randolph quiere que tú y yo le hagamos un favor. Necesita una cosa que tiene en lo alto de la estantería de

Pelusa 79

su sala de estar, y como es ciego, no puede bajarla. Le dije que tú y yo no teníamos nada que hacer esta tarde, así que me preguntó:

—Señorita Gilly, ¿podrían Vd. y William Ernest, que es como un nieto para mí, hacerme un gran favor mientras voy de compras? Así que naturalmente le dije que nos gustaría poder ayudarlo. Como tú eres como un nieto para él y todo...

—Gilly hizo una pausa.

—¿Qué clase de favor?

—Pues bajarle eso del estante.

—Ah —y luego añadió—: ¿qué cosa?

—William Ernest, no voy a pasarme todo el día explicándotelo. ¿Quieres ayudar o no?

Dijo que suponía que sí. Habría que conformarse con eso, porque ya habían perdido demasiado tiempo. Dio a Agnes unas últimas instrucciones sin que el niño pudiera oírles. A Agnes tendría que pagarle con dinero contante y sonante para que mantuviera la boca bien cerrada. Después fue a por W.E., llevándolo de la mano, y entraron en la casa del señor Randolph usando la llave que tenía la Trotter.

La casa estaba oscura y húmeda incluso de día, pero por suerte el chico estaba acostumbrado y entró sin titubeos.

Gilly señaló el estante superior de la biblioteca.

—Me dijo que la cosa estaba justamente detrás de ese libro rojo más grande.

W.E. miró para arriba.

—¿Ves cuál quiero decir?

El niño asintió, y luego sacudió la cabeza.

—No llevo.

Pelusa 79

—Claro que no, bobo; yo tampoco llego hasta ahí. Por eso hemos de hacerlo entre los dos.

-Ah.

—Fíjate bien. Voy a traer hasta aquí esa butaca azul y me pondré de pie sobre el brazo. Después quiero que te subas al respaldo y te pongas encima de mis hombros...

Reculó.

—Quiero esperar a que llegue la Trotter.

—No podemos hacer eso. William Ernest, cariño. Ya sabes cuánto le cuesta a la Trotter subir y bajar. No le sentaría nada bien. —El niño aún dudaba—. Además, creo que se trata de prepararle una especie de sorpresa a la Trotter.

El señor Randolph no quiere que ella se entere todavía.

El chico se acercó un poco más a la butaca, y fue de puntillas hacia Gilly.

—Tengo miedo —susurró.

—Claro que sí, hombre. Pero piensa en lo orgullosos de ti que van a estar todos después, cuando ya pueda revelarse la sorpresa y todo. Cuando se enteren de quién fue el que...

Ya estaba encaramándose al sillón. Era una butaca vieja, pesada y con demasiado relleno, de manera que al ponerse el niño sobre el brazo y luego sobre el respaldo, no se movió en absoluto. Gilly se subió al grueso brazo del sillón y ayudó a W.E. a ponerse encima de sus hombros, sujetándole por las piernas. El renacuajo aquel pesaba más de lo que parecía.

—Bien. Primero saca ese libro rojo grande que te enseñé.

La agarró de los pelos con la mano izquierda mientras se inclinaba hacia el estante, tieso como un palo, y tiró hacia fuera del libro, que cayó al suelo con estrépito.

—Se me cayó.

Pelusa 79

—¡No te preocupes por él! Tú mira ahí, detrás de donde estaba.

El niño se inclinó hacia delante. ¡Ay qué daño! Gilly temía que le arrancara de cuajo los cabellos como si fuera hierbajos en un jardín húmedo.

—Está muy oscuro.

—¡Pero mira bien, hombre! No, mete la mano ahí dentro.

Cuando el niño se inclinó hacia adelante aún más tuvo que cambiar de posición para no perder el equilibrio y caerse al suelo ella.

—Lo encontré —dijo en voz baja, sacando un puño polvoriento. En él sostenía un fajo de billetes sujeto por una goma elástica.

Gilly alargó el brazo para recogerlo.

—¡No me sueltes las piernas! —Dejó caer el dinero y le asió el pelo con las dos manos.

—¿Hay más?

—¡Fuuuúíí! —la señal de Agnes.

Gilly por poco se cae del sillón mientras bajaba a W.E. de encima de sus hombros; luego volvió a encaramarse en el respaldo, colocó «De Saratoga a Sordera» de nuevo en su sitio, saltó al suelo, se metió a toda prisa el fajo de billetes en el bolsillo de los tejanos, apartó el voluminoso sillón, agarró de la mano al desconcertado William, y le arrastró hacia la puerta trasera.

—Tengo que darle esto al señor Randolph más tarde, cuando la Trotter no esté delante —explicó al niño, que la miraba, parpadeando, con aquellos ojos de búho—. Mira, tengo que ir al lavabo. Tú ayuda a la Trotter a entrar al señor

Pelusa 79

Randolph. Ah, y dile a Agnes que se vaya a casa, que ya la veré mañana.

Pero Agnes la esperaba en el recibidor de casa de la Trotter, apoyada indolentemente contra las escaleras.

—¿Encontraste lo que buscabas?

—No ha habido suerte.

Agnes miró hacia los tejanos de Gilly.

—¿Y entonces qué es ese bulto que llevas en el bolsillo?

—Bueno, bueno. Algo sí que encontré, pero no mucho.

—¿Cuánto había?

—Qué demonios, Agnes, aún no lo sé.

—Te ayudaré a contarlo.

—Te juro, Agnes, que te ayudaré a cambiar la forma de tu nariz si no te largas de aquí. Te prometí que te daría algo por ayudarme, y lo haré, pero ahora no es el momento, y si no consigues entender eso, es porque estás aún peor de la cabeza de lo que yo pensaba.

Agnes hizo un mohín, sacando el labio inferior.

—Si no fuera por mí, en este momento te habrían pillado.

—Ya lo sé, Agnes, y no lo olvidaré. Pero si te quedas más tiempo por aquí, nos pillarán a las dos. Así que lárgate, y mantén el pico bien cerrado.

Sin esperar a ver nuevas señales de malhumor por parte de Agnes, Gilly la empujó a un lado y subió corriendo las escaleras. Cerró la puerta y arrimó contra ella la cómoda. A continuación sacó el cajón secreto y empezó a pegar los billetes en el lado de abajo con cinta adhesiva, sintiendo que iba aumentando en ella el desaliento. Treinta y cuatro dólares. Treinta y cuatro miserables dólares. Cuarenta y cuatro, contando los diez que tenía antes. Le había parecido más

Pelusa 79

dinero en el puño de William y abultándole en el bolsillo del pantalón. Volvió a contarlos para estar segura. No, no había más. Cinco billetes de cinco y nueve de uno. Le había parecido más a causa de los billetes de a dólar. Apartó un billete de dólar para darle a Agnes y luego, a regañadientes, lo cambió por uno de cinco. Sabía perfectamente que no iba a salirle tan barato deshacerse de Agnes. Si lo hubiera hecho ella sola. Resultaba demasiado caro utilizar a la gente. ¿Por qué se le habría metido en la cabeza que no podía hacerlo ella sin ayuda? Demasiadas prisas; tendría que haberse tomado más tiempo para planearlo todo con cuidado. Ahora había implicado en el asunto a Agnes y también a W.E., y todo por aquella miseria de cuarenta y cuatro, no, treinta y nueve dólares. Luego, recordando el peso de W.E. sobre su cuello y espalda y el dolor que había sentido cuando el niño le tiró de los pelos aterrorizado, se dispuso a apartar otro dólar para él; pero eso le habría dejado solamente con treinta y ocho dólares. Necesitaría bastante más para llegar tan sólo al río Mississippi. Devolvió el billete de W.E. al montón.

Tendría que volver a registrar, pero la próxima vez iría sola. En cuanto se le ocurriera un plan.

Polvo. La idea le vino a la cabeza mientras estaban todos sentados en la sala de estar viendo las noticias de la tarde. De repente lo vio, acumulado como escarcha gris sobre el aparato de televisión. ¡Polvo! Emprendería una campaña de limpieza, primero en esta casa, y luego en la otra. Se puso en pie de un salto.

—¡Trotter!

Lentamente la Trotter desplazó su atención desde la cara del locutor a la de Gilly.

Pelusa 79

—¿Dime, cariño?

—¿Te importa si limpio el polvo aquí dentro?

—¿Limpiar el polvo? —La Trotter pronunció la frase como si se tratara del nombre de un juego exótico y algo peligroso—. Supongo que no —Su mirada se deslizó de nuevo hacia la pantalla—. Pero, ¿por qué no esperas hasta que acabemos de ver la tele?

Mientras se informaban de un terremoto en Centroamérica y el proceso por corrupción contra un congresista por no sé qué ciudad, Gilly daba impacientes golpecitos con el pie.

No soportaba la espera. Fue corriendo a la cocina; ahora ya sabía cómo podía conseguir el dinero sin ayuda y le parecía que no había un sólo minuto que perder. Bajo el fregadero había unos trapos viejos y —vivir para ver— una botella de limpia muebles de litro. Echó algo de líquido sobre uno de los trapos que antes había humedecido cuidadosamente, tal como le había visto hacer a la Sra. Nevins, y emprendió la limpieza del nunca utilizado comedor, en que había una abultada mesa de color oscuro y seis sillas.

Un lado del trapo quedó negro con sólo dos pasadas, pero Gilly le dio la vuelta y echó más limpiador. La acción de quitar el polvo y repasar con el trapo «limpio y seco» pronto cobró un ritmo constante, que empezó a calmar el frenesí que sentía. Al llegar al cuadro colgado sobre el aparador, no sólo repasó a conciencia los rincones del marco tallado, sino que buscó limpiacristales y toallas de papel para limpiar las caras y demás de los angelitos que revoloteaban alrededor de las

Pelusa 79

nubes, sin más que una cinta o un ala tapándoles las vergüenzas, como solía llamarlas la Sra. Nevins.

Mientras tanto, desde la sala de estar, el volumen de la voz de la Trotter le indicó a Gilly que el locutor había acabado su rollo por aquel día, pero ya no sentía tanta prisa. Tranquilamente borró la última franja de limpiacristales del cuadro.

A la hora de la cena del día siguiente había acabado de limpiarlo todo a excepción de la lámpara de cristal que colgaba en la sala de estar. ¿Y cómo iba a poder hacerlo sin una escalera?

—Bah, olvídalo, Gilly. La casa ha quedado preciosa, y nadie va a fijarse en la araña —dijo la Trotter.

—Yo sí —dijo Gilly—. Necesito un taburete alto, una escalera o algo así. Entonces también podría limpiar por arriba los armarios de la cocina.

—Madre mía. Cualquiera día de estos me vas a barrer a mí también con el resto de la basura.

William Ernest alzó con alarma los ojos desde su plato de carne picada.

El señor Randolph reía.

—No hay el menor peligro de eso, señora Trotter.

—Bueno, ya sabe usted lo que dice el libro sagrado. Polvo eres y en polvo...

—¡No! —dijo William Ernest con voz aguda—. Tú no estás sucia.

—Bendito sea mi niño. Pero si sólo hablaba en broma.

—Nadie le quitará a William Ernest a su Trotter, ¿verdad, señorita Gilly? —El señor Randolph tendió la mano buscando la cabeza del niño, y le dio unas palmaditas cariñosas.

Pelusa 79

—Claro que no —dijo Gilly secamente—. Sólo quiero algo para subirme y poder terminar mi trabajo.

—Válgame Dios —dijo el señor Randolph—. Realmente tiene usted aquí una ayudante de primera categoría, señora Trotter. La juventud de hoy en día casi nunca...

—Si usted quiere, señor Randolph... —Tenía que decirlo con mucho cuidado y despacio, como si acabara de ocurrírsele la idea—, podría limpiar también su casa cuando acabe aquí. Claro que necesitaría una escalera; probablemente...

—¿No dije que era un tesoro, señora Trotter? —dijo el señor Randolph, con una sonrisa rebosante de alegría—. Incluso puede que tenga una escalera en el sótano de casa.

Gilly se puso de pie de un salto, y luego se controló: tranquila. El corazón le iba como loco. Se obligó a sentarse.

—Quizá podría ir a mirar después de la cena. La verdad es que me gustaría mucho acabar de limpiar esa araña hoy mismo.

La Trotter y el señor Randolph asentían, sonriendo felices. A veces la gente era tan tonta que a una casi le daba reparo aprovecharse de ellos... aunque no demasiado. No cuando era la única manera de ir a donde tenías que ir.

La escalera era vieja e inestable, pero siempre sería mejor que tratar de escalar aquellas estanterías del señor Randolph, que amenazaban con venirse abajo si uno se apoyaba en ellas. Colocó la escalera bajo la araña de la Trotter, y mientras limpiaba minuciosamente cada trozo de cristal de la lámpara con un trapo empapado de agua y amoníaco, tenía que agarrarse de vez en cuando a la escalera, mareada por el olor a amoníaco y por la idea de que a la noche del día siguiente estaría en camino hacia California.

Pelusa 79

Aquella noche, ya tarde, guardó sus cosas en la maleta de color marrón y la metió debajo de la cama, lo más lejos posible. Mañana, desde el teléfono público de la escuela, llamaría a la estación de autobuses para enterarse del precio del billete. Y luego lo único que le quedaría por hacer sería conseguir el resto del dinero.

Al día siguiente, cuando salía de la cabina, apareció Agnes para exigirle su parte del botín. Agnes hizo ver que estaba disgustada porque Gilly le daba sólo cinco dólares, pero había en sus ojos un brillo codicioso. No había duda de que estaba satisfecha.

—¿Podemos conseguir más? —preguntó.

Gilly sacudió la cabeza.

—Ya no había más. Dividí el dinero en tres partes.

—Pues ayer parecía que llevabas mucho dinero en el bolsillo.

—Sí, pero el resto de los billetes eran de a dólar.

—No veo por qué le habías de dar una parte igual a ese bicho raro. Ese chico no se da cuenta de nada.

—No es tan tonto como parece —dijo Gilly mirando a Agnes directamente a los ojos—. Es posible que actúe como un idiota, pero si creyera que tú y yo le estábamos engañando...

Agnes se encogió de hombros.

—Bueno —dijo—. Pero la próxima vez no lo usaremos, ¿eh?

—De acuerdo, la próxima vez no —asintió Gilly, con el feliz convencimiento de que no habría nunca más ocasión de pedirle ayuda a la repugnante Agnes Stokes. Aquella misma

Pelusa 79

noche estaría en camino hacia una nueva vida; su vida de verdad.

Logró librarse de Agnes ante la verja de la casa inventándose la mentira de que la Trotter la obligaba a limpiar todas las cacerolas sucias de la cocina. Agnes dijo que seguiría para su casa. Era evidente que lo de limpiar cazuelas y sartenes no la seducía mucho.

Encontró la escalera en el vestíbulo. Gilly puso los libros de la escuela sobre la mesa y fue directamente hacia ella. Estaba agachándose para recogerla cuando oyó a la Trotter decir:

—Gilly, cariño, ¿quieres merendar algo?

Se enderezó rápidamente. Sería mejor comer algo mientras tuviera ocasión de hacerlo. Dio una palmada a la escalera y entró en la cocina.

La Trotter estaba sentada a la mesa. Por lo visto había terminado su lectura diaria de la Biblia, pues el libro sagrado, aún abierto, había sido apartado a un lado de la mesa. Justamente delante de ella había una hoja arrancada de una libreta de notas, medio cubierta de su escritura cuadrada y trabajosa. En la mano derecha empuñaba firmemente un bolígrafo de diecinueve centavos. Al entrar Gilly, la enorme mujer le sonrió tímidamente, mirándola por encima de sus gafas de lectura.

—Escribo a uno de mis antiguos niños. Les echo mucho de menos cuando se hacen mayores y me dejan, pero el buen Dios sabe que no se me da nada bien esto de escribir. —Miró de nuevo hacia la carta y suspiró—. Hay más de esas galletas en la lata que está junto a la nevera.

Pelusa 79

Gilly llenó de leche un vaso grande y cogió cuatro galletas.

—Siéntate, Gilly, cariño. En realidad no estoy ocupada.

Gilly se sentó en la otra punta de la mesa.

—Parece que ahora las cosas te van mejor, ¿verdad, cielo?

—Sí, bien.

—Hace tiempo que quiero decirte lo mucho que te agradezco que te estés haciendo amiga de William Ernest.

—Ya, de acuerdo.

—Como dice la señorita Ellis, eres una persona especial, Gilly. Me hace alabar al Señor ver que te dedicas tanto a ayudar a los demás en vez de hacerles daño.

Cállate, Trotter.

—Tienes tanto que dar a los demás. Válgame Dios, lo que no daríamos casi todos nosotros por tener la mitad de tu inteligencia.

Calla, Trotter. ¡Calla!

Sus órdenes mudas surtieron efecto porque justamente en ese momento apareció William Ernest, cariño, y la Trotter puso en movimiento su enorme corpachón para ir a prepararle la merienda.

Trotter, muñeca, si tuvieras la mitad de inteligencia que yo sabrías que lo que debieras hacer es dejar que el chico se las apañara él solito. Si fuera a quedarme aquí, yo le enseñaría a hacerlo. Si fuera a quedarme, yo haría un hombre de tu pequeño alfeñique. Pero no puedo; podría volverme blanda e idiota yo también, como me sucedió en casa de los Dixon. Dejé que aquella mujer me engañara con todos sus mimos y palabras tiernas mientras me mecía en sus brazos. La llamaba mamá y me subía a su regazo cuando tenía que llorar. ¡Dios!

Pelusa 79

Ella decía que yo era su propia niña, pero cuando se mudaron a Florida me pusieron en la calle con el resto de los trastos que dejaron atrás. No puedo permitirme el lujo de ablandarme — no al menos hasta que sea realmente hija de alguien, no mientras sea un objeto que se puede traer y llevar.

Sintió un codazo en las costillas.

Gilly volvió bruscamente a la realidad. ¿Qué diablos? W.E. trataba de atraer su atención sin que le viera la Trotter, formando palabras con la boca llena de miga de galleta.

«¿Qué?», preguntó Gilly con un alzamiento de las cejas.

El niño tragó, y después esbozó con los labios la palabra «sorpresa», señalando con la cabeza hacia donde estaba la Trotter.

Gilly negó con la cabeza con exagerada energía. «¡Aún no!» hizo, moviendo los labios. «Luego».

Al niño se le escapó una sonrisa que le bailó por la cara.

Gilly suspiró. Si no andaba con cuidado, empezaría a sentir cariño por aquel renacuajo. Se disculpó anunciando:

—Voy a ponerme a limpiar el polvo en casa del señor Randolph.

W.E. hizo un movimiento como para seguirla.

—No, William Ernest, hoy será mejor que veas *Barrio Sésamo*. Después te ayudaré con la lectura, y tienes que estar fino. ¿Verdad, Trotter?

—Ya lo creo que sí.

Llamó varias veces a la puerta del señor Randolph antes de que le abriera, con la corbata y la camisa torcidas y la cara aún embotada por el sueño.

—Yo... esto... le he traído la escalera, señor Randolph.

Pelusa 79

—¿Cómo? Ah, gracias, gracias. Ponía por ahí mismo en el porche.

—Pero yo... es que pensé que ya que estaba aquí, con la escalera y todo, pues que podría entrar y... eh... ponerme a trabajar.

—Oh, señorita Gilly, no debe preocuparse por eso. Lo de la otra noche lo decía por hablar. Lo que no puedo ver no puede causarme ningún daño.

—Si me da igual. Quiero ayudar.

—Cada semana viene mi hijo, que vive en Virginia, y se trae con él a una señora que se ocupa de pasar la aspiradora un poco. En realidad no necesito más que eso.

—Pero es que quiero hacerlo —cuidado—. Quiero decir que quiero ayudar a la señora Trotter y, ya sabe usted cómo es, en realidad no necesita mi ayuda. Pero pensé que si hacía algo por usted, era un poco como hacer algo por ella.

—Que Dios la bendiga, es usted una muchacha maravillosa. ¿Cómo podría negarme si es ese el motivo?

Lo había logrado. El ciego se hizo a un lado para que pudiera entrar y fue andando trabajosamente tras ella, casi pisándole los talones, hasta llegar al salón. ¿Es que iba a quedarse allí, siguiendo el sonido de sus pasos con aquellos ojos sin visión?

¿Por qué no sube arriba a acabar su siesta, señor Randolph? Me disgusta haberle despertado así.

Él rió y se estiró en el raído sillón de felpa azul, poniendo los pies sobre un taburete igualmente desgastado. Cerró los ojos.

—¿No descansaría mejor en su cama? Yo... voy a ponerme a limpiar por aquí, y haré mucho ruido.

Pelusa 79

—Válgame Dios, señorita Gilly, ya descansaré cuando esté en el cielo. De momento, lo que más aprecio es la compañía de las personas. No la molestaré si me estoy aquí sentado, ¿verdad? Prometo no hacer ninguna sugerencia.

—¿Y si volviera más tarde? No quiero molestarle.

—¿Molestarme? Si estoy encantado.

No apartó los ojos del hombrecillo mientras colocaba la escalera cuidadosamente en el extremo opuesto de la pared que ocupaban las estanterías. El sillón de felpa azul estaba exactamente donde lo había dejado dos días antes, a un metro del lugar en que habría de instalar la escalera para llenar hasta el volumen «De Saratoga a Sordera».

—Perdone, señor Randolph —Su voz apenas se oyó—. Señor Randolph! —Esta vez gritando—. Voy a tener que cambiar de sitio su sillón.

El hombrecillo se levantó como un niño obediente. Gilly empujó y tiró del pesado butacón hasta ponerlo del otro lado de la habitación, casi enfrente de la enciclopedia roja. Colocó el sillón, y luego el taburete, y, tomando al señor Randolph por el codo, le condujo hasta ellos.

—Ahora su sillón está justamente enfrente del lugar en que estaba antes.

—Espero que no se haya esforzado demasiado, señorita Gilly.

—Justo entre el final del sofá y la esquina de la mesa. Hay como medio metro a cada lado, ¿de acuerdo?

—Bien, muy bien. —Se sentó y estiró de nuevo las piernas.

Gilly regresó junto a la escalera, subió el primer peldaño, y luego cambió de idea.

Pelusa 79

—Creo que empezaré por las ventanas de detrás del escritorio.

El ciego le sonrió con aquella extraña sonrisa, y con los ojos en blanco.

—Usted es el doctor, Sta. Gilly.

Gilly limpió las ventanas y la mesa, y a continuación llevó la escalera hasta la menor de las dos estanterías, pasando junto al señor Randolph. Volvió para limpiar el polvo del cuadro colgado encima del sofá, y que representaba a una gente blanca elegantemente vestida a la moda de otro siglo, almorzando en el bosque ante un mantel muy bien provisto. Gilly no dejaba de mirar por encima del hombro hacia el señor Randolph, que estaba inmóvil y con los ojos cerrados. Pero como Gilly había llegado a verle dormir en el sofá de la Trotter con los ojos abiertos, no había manera de saber si dormía como un tronco o estaba completamente despierto. Pero no roncaba, y eso la inquietaba.

Pero qué demonios. Si aquel hombre era ciego y medio sordo. ¿Por qué había de importar lo más mínimo que estuviera sentado ahí mismo en la habitación mientras ella le robaba un dinero que, de puro viejo, había olvidado que tuviese? De todos modos, cuanto más se acercaba al volumen de «De Saratoga a Sordera», más fuerte le latía el corazón, hasta que parecía la sección de percusión completa de una banda militar tocando «Barras y estrellas».

Por fin situó la escalera directamente enfrente del lugar y subió al primer peldaño, mirando al señor Randolph de reojo. No se movía. Siguió subiendo, procurando no hacer ningún ruido, pero la escalera crujía y se tambaleaba bajo su peso. Desde el penúltimo escalón podía llegar al tomo de la

Pelusa 79

enciclopedia sin necesidad de estirar el cuerpo. Ciñó firmemente una de las patas metálicas de la escalera con la pierna izquierda, extrajo el ya conocido volumen, y lo colocó suavemente en lo alto de la escalera.

No se veía más que polvo. Sacó los libros a ambos lados, desempolvándolos casi con saña. Seguía sin ver nada.

El señor Randolph cambiaba de posición en su butaca, al otro lado de la estancia. Gilly miró en sus ojos ciegos. Dios mío. A lo mejor sí que podía ver. Quizá todo era un truco para engañar a la gente. Se quedó petrificada.

—La verdad es que está haciendo un maravilloso trabajo y con tanto esmero. No recuerdo que esta habitación se haya limpiado nunca tan a fondo.

E... estoy poniendo un poco de orden en las estanterías,

—Excelente, excelente. —Meneaba la cabeza—. Si sólo hubiera alguna forma de poner también en orden esta vieja cabeza mía...

No iba a perder la sangre fría ahora. Él no podía ver, eso estaba claro. En realidad era mejor que estuviera en la habitación. Nadie iba a sospechar que le había robado delante de sus propias narices. Limpió de polvo el espacio que había quedado vacío y seguidamente trasladó el tomo «De Saratoga a Sordera» al estante en que estaban los otros tomos de la enciclopedia. Después fue sacando uno a uno todos los otros libros del estante, limpiando cuidadosamente detrás de cada uno hasta tocar la madera de color oscuro al fondo de la estantería. Al sacar cada libro sentía mu renacía su esperanza, para luego perderla de nuevo.

Pelusa 79

Cada vez sentía menos ilusión y más desencanto. Al final supo que la mentira que había contado a Agnes era la pura y triste verdad: no había ni un centavo más.

Todo el miedo y esperanza que había sentido le revolvían el estómago. Sentía ganas de vomitar.

El señor Randolph parloteaba alegremente. Gilly no llegaba a oír sus palabras, sino sólo el tono desesperadamente animado de su aguda voz. Quería tirar un libro contra aquel mido insoportable, derribar la escalera de una patada, lanzar una silla contra las ventanas, o como mínimo sacarse a gritos el desengaño.

Pero no lo hizo, por supuesto. Envuelta en una rabia silenciosa y glacial, plegó la escalera y la llevó hasta el sótano.

—¿Ya se va, señorita Gilly? —La voz la siguió mientras bajaba y luego subía las escaleras del sótano antes de salir de la casa—. Gracias, gracias. Volverá para hacerme otra pequeña visita, ¿verdad? Y no se olvide de decirle a la Sra. Trotter lo estupenda que ha sido su ayuda.

No hizo el menor esfuerzo por contestarle. Le importaba un pito lo que pudiera pensar de ella. Ya no le servía de nada. Treinta y nueve apestosos dólares.

Fue directamente a su habitación, sacó la maleta marrón de debajo de la cama y volvió a sacar las cosas. Luego arrancó una hoja de su cuaderno de espiral, se tumbó en la cama y, apoyando el papel en su libro de matemáticas, escribió:

Pelusa 79

Avenida Aspen, 1408
Thompson Park, Maryland

Querida Courtney Rutherford Hopkins:

Recibí tu postal. Siento molestarte con mis problemas, pero como eres mi verdadera madre, creo que tienes derecho a saber cuál es la situación de tu hija.

En estos momentos es bastante desesperada, pues de lo contrario no te molestaría. La tutora es una fanática religiosa. Además, no sabe casi leer ni escribir, y tiene una casa muy sucia y amigos raros.

Empezó a escribir «negros» pero tachó la palabra, no muy segura de cómo reaccionaría Courtney ante ella.

Hay otro niño que probablemente es retrasado mental.

Tengo que hacer gran parte del trabajo de la casa además de cuidarme de él (el niño subnormal) y esto resulta muy duro encima de todos los deberes.

He ahorrado \$39 para comprar un billete de autobús a California. Por favor envíame el resto en cuanto te sea posible.

Escribió «Besos» y luego cambió a:

Afectuosamente,

tu hija

Galadriel Hopkins

P.D. Soy muy espabilada y quiero cuidarme yo sola, así que no te sería una carga en ningún sentido.

P.P.D. Me he enterado del precio del billete de autobús hasta San Francisco. El billete de ida vale exactamente \$136.00.

Pelusa 79

Conseguiré un trabajo y te devolveré el dinero lo más pronto posible.

Desde lo alto de la escalera escuchó un rato hasta que oyó a la Trotter ir al lavabo del piso de abajo. Entonces entró en la cocina sigilosamente, robó del cajón un sobre y un sello, y corrió hasta el buzón de la esquina a echar la carta antes de que empezara a deshelarse la rabia que sentía y pudiera cambiar de opinión.

El billete de ida

No todo lo que había escrito en su carta a Courtney era estrictamente cierto pero, ¿quién podía negar que tenía algo de razón al decir que la Trotter era una fanática religiosa? Leía la Biblia y rezaba a diario, coreando cada día en la mesa la bendición del señor Randolph. Además, estaba claro que una persona que los domingos salía de casa a las nueve de la mañana para ir a la iglesia y no volvía hasta las doce y media tenía que ser un poco extraña.

Las mañanas de domingo eran un verdadero suplicio para Gilly. La iglesia era un pequeño y extraño edificio de madera situado en lo alto de una colina detrás de la comisaría de policía y construido en los tiempos en que la ciudad era una población rural que aún no había sido absorbida por la gran metrópoli de Washington en su crecimiento. La iglesia encajaba tan poco en el mundo moderno como las personas que acudían a ella.

La escuela dominical para niños, en la que estaban metidos tanto Gilly como W.E., junto con otros cinco niños que tenían entre seis y doce años de edad, se reunía en la iglesia y estaba regentada por la anciana señorita Minnie Applegate, que todos los domingos recordaba a sus siete pupilos que la había «salvado» Billy Sunday. ¿Y quién demonios era el tal Billy Sunday? Su nombre le sonaba a personaje de tebeo. «Billy Sunday frente a Brenda Starr». Además, la señorita Applegate olvidaba decir de qué la había

Pelusa 79

salvado exactamente Billy Sunday. ¿De un edificio en llamas? ¿De las ruedas de una locomotora lanzada a toda velocidad? Y, por otra parte, ¿qué beneficio habían obtenido ella o el mundo a raíz de tan providencial rescate?

La vieja Applegate hacía cosas como sermonearles acerca de los diez mandamientos y luego negarse obstinadamente a explicar lo que era el adulterio.

Pero señorita Applegate —había preguntado con toda la razón un niño de ocho años—, si no sabemos lo que es el adulterio, ¿cómo vamos a saber si lo estamos cometiendo o no?

Gilly, por supuesto, sabía perfectamente lo que era el adulterio. Cuchicheando con los otros entre la escuela dominical y la misa, ofreció venderles no sólo la definición de la palabra sino también unos sabrosos ejemplos en el mismo barrio, de los que tenía noticia gracias a las recientes informaciones de Agnes Stokes. De esta manera consiguió ganarse setenta y ocho centavos en monedas destinadas en principio a la colecta que se hacía en la iglesia.

El sacerdote era tan joven como vieja la maestra de la escuela dominical. Él también daba gran valor a la salvación y otros asuntos eternos, pero su gramática era peor todavía que la de la Trotter, y cuando leía la Biblia se confundía al toparse con palabras de más de una sílaba, cosa que molestaba muchísimo a Gilly. Solamente un fanático religioso podía soportar una ignorancia tan manifiesta durante más de una hora cada semana de su vida, sólo los fanáticos religiosos y las inocentes víctimas a las que obligaban a ir a la iglesia.

La Trotter no hacía como algunas de las otras mujeres, que se quedaban a la puerta de la iglesia para dar coba al

Pelusa 79

cura, y por eso Gilly se atrevió a preguntarle un día: «¿Cómo puede soportarle?» Nunca debió hacer esa pregunta. La Trotter tomó aliento y la miró iracunda, como Moisés al ver a los israelitas adorando al becerro de oro.

—¿Y quién soy yo —tronó— para juzgar a los hombres consagrados por el Señor? —¿Quién más que una fanática religiosa podría decir una cosa así?

El señor Randolph iba a la iglesia baptista de los negros. El mismo taxi que llevaba a la Trotter y a los niños a la iglesia baptista blanca le dejaba por el camino y lo recogía al volver a casa. Gilly observó que los baptistas negros llevaban ropa más vistosa y sonreían más que los blancos. Pero sus servicios eran todavía más largos, y muchas veces W.E. tenía que entrar a toda prisa para sacar al anciano de la iglesia mientras el taxímetro iba marcando impaciente. Solían ser más de las dos cuando, después de cambiarse la ropa de los domingos y preparar la comida, se sentaban por fin a la mesa, en la que permanecían perezosamente largo rato.

El domingo que siguió a la inútil sesión de limpieza, el Sr. Randolph sorprendió a todos al rechazar una segunda ración.

—Ah, señora Trotter, ya puede usted figurarse lo mucho que me apena tener que decir que no a este delicioso pollo, pero es que va a venir mi hijo hacia las tres.

—Al oír la palabra «hijo», Gilly sintió como si algo le diera un vuelco en el pecho. ¿Y si el hijo notara que había algo raro en la sala de estar del señor Randolph? El sillón al otro lado, los libros ordenados ¿Y si él supiera dónde tenía que estar el dinero?

—Bueno, pero tiempo para un trocito de tarta sí que tendrá, ¿verdad, señor Randolph? Hoy es de cerezas.

Pelusa 79

—De cerezas. Madre mía. —El señor Randolph separó dos centímetros el huesudo pulgar y el índice—. Pero sólo un trocito así, ¿de acuerdo? Me resulta totalmente imposible resistirme a sus tartas de cerezas, señora Trotter, totalmente imposible.

Masticaba embelesado la tarta cuando de repente se interrumpió.

—Oh, oh, ¿no tendré alguna mancha en la ropa? Mi hijo se enfada tanto...

La Trotter dejó a un lado el tenedor y miró al ciego de arriba abajo.

—Está usted muy bien, señor Randolph. Sólo una cosita de nada ahí en la corbata.

—Vaya por Dios, ese chico siempre anda buscando alguna excusa para decir que no puedo cuidarme yo solo y llevarme a la casa grande que tiene en Virginia. —Humedeció la servilleta en un vaso de agua e intentó frotarse con ella la corbata, pero sin aproximarse ni remotamente a las inoportunas manchas.

—Oh, quite, señor Randolph. Deje que vaya a buscarle una de las viejas corbatas de Melvin. De todos modos, no sé por qué tengo todavía tantas cosas suyas —dijo la Trotter, resoplando, como para borrar algún recuerdo del difunto señor Trotter—. Gilly, sube a mi cuarto de un salto y mira en el fondo del armario, ¿quieres? Hay por lo menos una docena de corbatas colgadas en una percha. —Antes de que Gilly saliera de la cocina añadió—: Pero escoge una bonita, ¿eh? No una de esas tan chillonas. —Se volvió, como disculpándose, hacia el señor Randolph—. En sus últimos años, cuando Melvin se sentía algo deprimido, iba algunas veces a comprar

Pelusa 79

una corbata muy descocada y se la ponía todos los días durante una semana. —Meneó la cabeza—. Supongo que debo dar gracias al cielo de que se colgara del cuello una corbata y no una mujer de mala vida.

El Sr. Randolph soltó una risita. — ¿Por qué no me trae una de las más atrevidas, señorita Gilly? Necesito espabilar un poco a ese hijo que me ha tocado en suerte, que a sus cincuenta años parece un jubilado.

La Trotter echó atrás su enorme cabeza y soltó una gran carcajada.

— ¡Es usted todo un hombre, señor Randolph!

— Bueno, y usted es toda una señora.

Gilly huyó escaleras arriba. Aquellas escenas entre Trotter y el señor Randolph le revolvió las tripas. Resultaba chocante ver comportarse de aquella manera a dos viejos que ni siquiera eran de la misma raza.

Pero no eran aquellos coqueteos bobos lo que la tenía preocupada, sino la visión del remilgado hijo del Sr. Randolph metiendo las narices en la sala de estar de su padre.

Así que cuando vio el bolso de la Trotter con su cierre defectuoso tirado encima de la cama y completamente abierto, invitándola, casi obligándola a mirar dentro, eso fue lo que hizo. Dios mío. La Trotter debía haber cobrado el día anterior el cheque de los servicios sociales. Gilly hizo un cálculo rápido --debía haber por lo menos cien dólares. Con aquello, más el dinero que ya tenía, sí que podía llegar hasta California, hasta Courtney Rutherford Hopkins y su verdadera casa.

Rápidamente se metió el dinero en el bolsillo, fue hasta el armario, y encontró la percha llena de las locuras de Melvin. Escogió la más chillona, una corbata larga de nudo corredizo,

Pelusa 79

de color verdoso, en la que se veían unas bailarinas de siete centímetros de alto vistiendo tutus de color violeta y haciendo piruetas. Fue de puntillas hasta su habitación, escondió el grueso fajo de billetes en el cajón, bajo las camisetas, y volvió de nuevo, de puntillas, a la habitación de la Trotter; una vez allí, cerró la puerta de golpe y bajó ruidosamente la escalera.

—¡Oh, vida mía! ¿Cómo has podido hacer eso?

A Gilly se le heló la sangre en las venas. ¿Cómo podía saberlo Trotter?

—¡Esa corbata! Es el peor crimen que Melvin cometió en toda su vida, que Dios bendito le tenga en su gloria.

—Ah, bien, bien. —El señor Randolph estaba en pie, frotándose las arrugadas manos muy animado—. Explíqueme como es.

—Será mejor que no coja ésta, señor Randolph. Es toda de mujeres gordas dando brincos.

—¿De veras? —la pequeña cara de color marrón se iluminó—. ¿Están decentes?

—Bueno, pues lo que se dice desnudas no lo están, pero poco les falta. Llevan unas cositas de nada de color morado...

—Tutús —le corrigió Gilly, puntillosa, aliviada después del susto que había pasado.

—¿Qué? —preguntó la Trotter.

—Tutús. Lo que llevan son tutús.

La Trotter soltó una tremenda carcajada.

—Es perfecto, ¿no? Tutús. No puede usted figurarse lo ligeritas de ropa que van.

El señor Randolph ya había empezado a desanudarse la corbata negra con lunares para poner en su lugar a las alegres bailarinas de Melvin.

Pelusa 79

—Pero, ¿está usted bien seguro, señor Randolph? No vaya a pensar su hijo que estoy llevando a su santo padre baptista por el mal camino.

Gilly empezó a preguntarse si el pobre señor Randolph se ahogaría en sus propias risitas.

—Ni siquiera hace falta que se entere de dónde vino la corbata. Le doy a usted mi más solemne palabra... —Esto lo decía un hombre que prácticamente estaba revolcándose de risa. Jesús.

La Trotter le anudó la corbata con la pericia y seguridad que da el realizar esa misma acción durante más de un cuarto de siglo para un mismo hombre. Dio un paso atrás para observar el efecto.

—Bueno, ¿qué piensas tú, Gilly, cariño? ¿Crees que le sienta bien al señor Randolph?

—No está mal.

—¿Que no está mal? No podemos contentarnos con tan poco. Y a ti, William Ernest, cariño, ¿te gusta la nueva corbata del Sr. Randolph?

—Es preciosa —dijo el niño con un reverente susurro.

—Bueno, ya lo ve —dijo la Trotter, recobrando la compostura de inmediato—. William Ernest la aprueba.

—Bien, bien —dijo el señor Randolph, también con su dignidad intacta de nuevo—. ¿Me acompañas hasta casa, hijo mío?

El niño se deslizó de la silla y tomó al viejo de la mano.

—Hasta mañana, ¿me oye? —se despidió la Trotter.

—Gracias, sí, gracias. Y también a usted, Srta. Gilly. Ya la veré mañana.

Pelusa 79

—De acuerdo —dijo Gilly, aunque calculaba que al día siguiente a esa misma hora estaría por lo menos en el estado de Missouri.

Secó los platos mientras la Trotter los lavaba y los iba poniendo en el escurrerplatos; su mente estaba ya a bordo de un autobús Greyhound que cruzaba veloz algo que parecía una versión tridimensional del mapa topográfico de su libro de geografía.

A su lado, la Trotter volvía a reírse pensando en el señor Randolph luciendo las bailarinas de Melvin.

—Su hijo es un abogado importante —«¡abogado!» (pensó Gilly sobresaltada)—, de Virginia. Daría cualquier cosa por ver su cara cuando ponga los ojos en esa corbata. Válgame Dios, ya lo creo que sí.

Cuando hubieron terminado de arreglar la cocina, la Trotter fue a la sala de estar y se tumbó en el sofá. El único viaje que hacía al piso de arriba los domingos era para cambiarse la ropa al volver de la iglesia, de manera que el resto del día se lo pasaría en el sofá, sesteando o leyendo con dificultad el periódico dominical.

W.E., que acababa de regresar de la casa de al lado, encendió la TV y se echó en la alfombra para ver una vieja película.

Había llegado el momento. Gilly se dirigió hacia la escalera.

—¿Quieres sentarte con nosotros, cariño? En el canal 9 hay un partido de rugby, a menos que W.E. tenga ganas de ver esta película.

W.E. se levantó obediente, listo para cambiar de canal.

Pelusa 79

—No —dijo Gilly—. Ahora mismo no. Tengo cosas que hacer.

—Bien, cariño.

Si es que iba a irse, tenía que hacerlo ahora. A la noche la Trotter subiría a su habitación y descubriría que el dinero había desaparecido, y además no estaba nada claro lo que podía pasar en la casa de al lado con el hijo abogado del señor Randolph.

Hizo la maleta rápidamente, aunque le temblaban las manos. Lo primero era reunir todo el dinero y guardárselo en el bolsillo. Hacía un bulto casi del tamaño de una naranja. Lástima haber tirado aquella bolsa de bandolera tan cursi que le había comprado la señora Nevins la Navidad pasada.

—Lo primero que habremos de hacer la semana que viene es comprarte un abrigo bien caliente —había dicho la Trotter. Se ve que había estado esperando a que llegara el cheque de apoyo económico de los servicios sociales. Ahora no tenía más que su chaqueta fina, que colgaba abajo, en la percha, junto a la puerta de la calle, pasada la sala de estar. Era más probable que la Trotter estuviera dormida, y si Gilly no hacía nada de ruido, tal vez W.E. no la oiría tampoco.

Bajó sigilosamente, con la maleta bajo el brazo derecho para ocultarla en lo posible con el cuerpo. Al cruzar la estrecha franja de luz que provenía de la sala de estar, echó una mirada al interior. No se volvió ni una ni otra cabeza. Había llegado sana y salva a la puerta. Cogió la chaqueta de la percha y se la echó sobre el brazo en que llevaba la maleta, para tener una mano libre con que abrir la puerta.

Pelusa 79

—¿A dónde vas? —Se dio la vuelta de un salto al oír el susurro de W.E. En el oscuro recibidor las gafas del niño lanzaban destellos.

—Voy a salir, y ya está —contestó, también en un cuchicheo. Por favor, que se calle, rogó.

Efectivamente se calló y se quedó mirando silenciosamente hacia la maleta y hacia ella.

—No te vayas —su carita se le acercó, subrayando el tono de súplica de su vocecita.

—Tengo que irme —dijo entre dientes. Abrir la puerta, cerrarla tras ella, coger la maleta en una mano y la chaqueta en la otra y correr, correr, correr cuesta abajo, con el pulso luciéndole con fuerza en la frente mientras sus pies enfundados en las botas de gimnasia golpeaban la acera.

Al doblar la esquina aminoró el paso. Alguien podía fijarse en ella si la veían correr. No se veía ningún autobús; había muy pocos los domingos. Se dispuso inmediatamente a caminar los casi dos kilómetros que había hasta la estación de autobuses, haciendo un alto para ponerse la delgada chaqueta como protección contra el viento de noviembre. Se dijo que en el autobús habría calefacción, y que en California siempre brilla el sol.

Cuando llegó a la estación de autobuses ya atardecía. Fue directamente al lavabo de señoras donde se peinó y se metió las puntas de la camisa dentro del pantalón. Trató de convencerse de que aparentaba más de once años. Era alta, pero sin nada de busto. Rayos. Se subió la cremallera de la chaqueta y caminando muy erguida, fue hasta la ventana de billetes.

Pelusa 79

El hombre ni la miró.

—Quiero un billete para California, por favor.

En cuanto acabó de decir esas palabras, se dio cuenta de su error.

—¿A qué ciudad de California? —el empleado la miró a través de sus párpados semicerrados.

—Eh... a San Francisco. San Francisco, California.

—¿Viaje de ida y vuelta o sencillo?

¿Qué había sido de su proverbial sangre fría?

—De... de ida —respondió.

El empleado pulsó varios botones y el billete apareció como por arte de magia.

—Ciento treinta y seis dólares con sesenta, impuesto incluido.

Lo tenía. Tenía el dinero suficiente. Con manos temblorosas, sacó el fajo de billetes y empezó a contar.

El hombre la contempló perezosamente. —¿Tu madre sabe dónde estás, niña?

Vamos, Gilly. No puedes desmoronarte ahora. Se irguió y lanzó a los ojos soñolientos la mirada que solía reservar para profesores y directores de escuela.

—Voy a ver a mi madre. Vive en San Francisco.

—De acuerdo —dijo, cogiendo el dinero y contándolo de nuevo antes de entregarle el billete—. El autobús sale a las ocho y media.

—¿A las ocho y media?

—Sí. ¿Quieres facturar la maleta?

—Pero si sólo son las cuatro y media ahora.

—Exacto.

Pelusa 79

—Entonces aún faltan cuatro horas.

—Tú lo has dicho.

—Pero es que quiero salir lo más pronto posible.

—Mira, chica, viniste aquí y me pediste un billete. Te di uno para el primer autobús que va a salir —suspiró—. Bueno en fin—dijo, consultando su horario—. Puedes tomar el de las cinco horas hasta Washington y hacer transbordo al que sale de allí a las seis veintidós. —Alargó la mano—. Tendré que hacerte otro billete.

Se lo dio.

—Tardaré un rato —dijo—. He de comprobar la ruta — Hizo una señal con la cabeza, indicándole los asientos al otro lado de la sala de espera—. Siéntate ahí. Ya te llamaré.

Gilly titubeó, y luego obedeció de mala gana. No le hacía gracia la idea de dejar allí el dinero y el billete también, pero temía que si empezaba a protestar el empleado le haría aún más preguntas.

Se estuvo mucho rato. Primero habló en voz baja por teléfono, y luego se puso a examinar otra vez sus libretes. Hubo un momento en que se levantó y fue a la sala de equipajes, donde permaneció varios minutos.

Eran casi las cuatro y cuarenta y cinco. Si no se daba prisa aquel hombre, podía acabar perdiendo el autobús de las cinco. Gilly se levantó para beber agua en un surtidor de agua fría. Pero el agua estaba caliente, y alguien había dejado caer un trozo de goma de mascar en el desagüe. Volvió al asiento de plástico rojo, todavía sedienta.

El reloj señalaba las cuatro y cuarenta y ocho cuando el empleado regresó y se sentó sin mirarla siquiera.

Pelusa 79

—¿Y mi billete?

Pero en ese mismo momento entraron un hombre y una mujer, y el empleado les atendió. No había derecho. Ella llevaba esperando desde las cuatro y media. Gilly se levantó, dirigiéndose al mostrador. No vio al policía hasta que sintió su mano sobre el brazo.

Gilly se soltó el brazo de un tirón mientras miraba atrás para ver quién la había tocado.

—¿Hacia dónde vas, niña? —el policía hablaba en voz baja, como si no quisiera molestar a nadie.

—A ver a mi madre —dijo Gilly secamente. Oh, por favor, que se vaya.

—¿Vas a ir hasta San Francisco tú solita? —en ese momento supo que era el empleado quien le había llamado. ¡Maldita sea!

-Sí.

—Ya veo —dijo, lanzando una rápida mirada al empleado, que ahora les estaba observando con los dos ojos bien abiertos.

—No he hecho nada malo.

—Nadie te acusa de nada —el policía se puso la gorra derecha y dijo con voz pausada y muy paciente—: ¿Con quién has estado viviendo en esta zona?

No tenía por qué contestarle. No era asunto suyo.

—Oye, mira, alguien va a estar preocupado por ti.

«¿Y tú qué sabes, polizonte?»

El guardia se aclaró la garganta.

—¿Por qué no me das tu número de teléfono? Es sólo para poder comprobar que todo está en regla.

Gilly le miró con dardos en los ojos.

Pelusa 79

El policía tosió y, carraspeando de nuevo, miró hacia el empleado. De no haber sido por el dinero, podía haberse largado en ese momento. ¿A dónde iba a ir sin él?

—Creo —decía el policía— que tendría que llevármela a la comisaría para charlar un rato.

El empleado asintió. Parecía divertirse mucho todo aquello.

—Aquí está el dinero que trajo —dijo, sosteniendo en la mano un sobre amarillo. El policía tomó a Gilly de la mano con suavidad y fue con ella hasta el mostrador. El empleado entregó el sobre al guardia.

—Ese dinero es mío —protestó Gilly.

—Apuesto a que sí, nena —dijo el empleado con una sonrisa falsa.

De haber sabido lo que tenía que hacer, lo habría hecho. Trató de obligar a su mente a que se lo dijera, pero estaba dormida dentro de su cabeza como un mamut lanudo congelado en el fondo de un glaciar. Durante todo el recorrido hasta la comisaría se preguntaba: «¿Y si al llegar al próximo semáforo salto del coche y me echo a correr? ¿Me olvido de una vez de ese maldito dinero?» Pero el mamut seguía durmiendo, negándose por completo a mover ni un sólo dedo por ella.

En uno de los cuartos situados detrás del largo mostrador de la comisaría dos policías trataban de interrogarla. El que acababa de sumarse a ellos, alto y rubio, preguntaba al primero:

—¿No lleva ninguna identificación?

—Bueno, no voy a registrarla, y Judy ha salido a cenar.

—¿Y qué hay de la maleta?

Pelusa 79

—Sí, tendríamos que repasarla.

Quería gritarles que dejaran en paz sus cosas, pero su voz no lograba abrirse paso a través del hielo que la rodeaba.

El policía rubio rebuscó descuidadamente entre las ropas de Gilly. Casi de inmediato encontró la foto de Courtney.

—¿Es esta tu madre, niña? —preguntó.

—Déjela quieta.

—Vaya, por fin dice algo.

—Dijo que dejara quieta la foto, Mitchell.

—De acuerdo, de acuerdo. Sólo intentaba cumplir con mi deber. —Dejó a un lado la foto y siguió inspeccionando la maleta— Bingo —dijo, recogiendo la postal. La leyó cuidadosamente antes de entregársela al otro oficial—. Todo está ahí, Rhine. Nombre y dirección actual. Y además, parece que sí que conoce a alguien en San Francisco. ¿Qué me dice de eso?

El que se llamaba Rhine leyó la postal y luego se acercó a Gilly, agachándose junto a su asiento.

—¿Es ésta la dirección de tu padre? —preguntó, señalando la dirección que figuraba en la tarjeta postal.

Gilly permaneció inmóvil, mirándole fijamente.

Rhine sacudió la cabeza, se irguió, y devolvió la postal a Mitchell.

—Compruebe quién vive en esa dirección y luego llámelos por teléfono, ¿de acuerdo?

Al cabo de media hora entró en la comisaria una Trotter con la cara completamente encarnada, llevando de la mano a W.E., que estaba blanco como una sábana. Enseguida la Trotter vio a Gilly, sentada aún en el despacho al otro lado del mostrador. Trató de sonreírle, pero Gilly apartó la mirada

Pelusa 79

bruscamente. La mujer policía había vuelto ya de cenar y estaba de guardia detrás del mostrador.

—Soy Maime... Maime Trotter —Trotter resoplaba aún más que si acabara de subir las escaleras de su casa—. Tengo... taxi... esperando... afuera... No llevo... dinero... para... pagarle.

—Un momento, por favor —Judy, la mujer policía, entró y habló con Rhine en voz baja, y seguidamente éste se levantó y se acercaron juntos al mostrador. Lo único que pudo pescar Gilly de la conversación fueron las respuestas sofocadas de Trotter—: Hija adoptiva... Sí, en alguna parte... San Francisco, sí, tal vez sí... Protección de Menores del distrito... Eh... la señorita Miriam Ellis... sí... sí... no... no... no... ¿Alguien puede pagar al taxista? Aún está esperando afuera.

El oficial Rhine entregó a Trotter el sobre amarillo. La Trotter lanzó un suspiro y asintió, extrayendo algo de dinero, que entregó a la mujer policía; esta puso mala cara pero de todas formas salió a pagar al taxista

—No, no —decía la Trotter—. Claro que no. No es más que una niña... —Trotter aún estaba negando con la cabeza cuando Rhine la condujo al otro lado del mostrador. W.E. iba agarrado de su raído abrigo.

La Trotter había recuperado el aliento, pero le temblaba la voz al hablar a Gilly desde la puerta:

—He venido para llevarte a casa, Gilly, cariño. Yo y William Ernest hemos venido a buscarte.

Rhine entró en el despacho y se inclinó de nuevo junto a Gilly.

—La señora Trotter no va a presentar denuncia. Quiere que vuelvas con ella.

Pelusa 79

¿Denuncia? Ah, claro, por el dinero. ¿De veras creía aquel estúpido que la Trotter la haría detener? ¿Pero cómo podía volver ahora? ¿Ella, la gran Gilly, que ni siquiera era capaz de escaparse de casa? Vaya una chapuza. Se quedó mirando los dedos fijamente. Tenía sucias las uñas. Detestaba las uñas sucias.

—Gilly, cariño...

—¿No quieres volver a casa? —le preguntaba Rhine.

«¿Volver a casa? ¿Que si no quiero volver a casa? ¿Y a dónde diablos crees que iba entonces?»

Al no recibir respuesta de Gilly, Rhine se puso en pie.

—Tal vez debería quedarse aquí y mañana llamaremos a la Protección de Menores.

—¿Quiere usted decir encerrar a la niña?

—La cuidaríamos bien. Además, sólo sería por una noche.

—No irá usted a creer ni por un instante que voy a permitir que encierre en la cárcel a una niña mía, ¿verdad?

—Tal vez fuera lo mejor —dijo Rhine con voz pausada.

—¿Lo mejor? ¿Qué quiere decir usted? ¿Qué es lo que está intentando decirme?

—La verdad es que no parece que quiera irse con usted, Sra. Trotter. Así que no sé...

—Oh, Dios bendito, que no sabe usted... oh, Dios bendito...

Gilly no había visto nunca a la Trotter tan cerca de soltar una palabrota. Se quedó mirando hacia la cara gorda y afligida.

—Oh, santo Dios, ¿qué puedo hacer yo?

—¡Gilly! ¡Gilly! —William Ernest fue corriendo hacia Gilly desde el otro extremo de la habitación y empezó a darle con

Pelusa 79

los puños en las rodillas—. Ven a casa, Gilly. ¡Por favor, ven a casa! ¡Por favor, por favor! —las venas azules le destacaban mucho sobre el cuello pálido.

El hielo que cubría su mente paralizada empezó a resquebrajarse y se rompió. Gilly se puso de pie y le cogió de la mano.

—Gracias, Jesús bendito —dijo Trotter.

Rhine se aclaró la garganta.

—No tienes obligación de ir; sólo si quieres hacerlo. Te das cuenta de eso, ¿verdad?

Gilly asintió. La Trotter alzó los brazos, con el monedero colgándole de uno de ellos; en ese momento se abrió el cierre defectuoso, y Trotter dejó caer los brazos, sonrojada, y cerró el monedero.

—Necesito otro taxi, oficial.

—Le diré a Mitchell que les lleve —respondió.

Paf

Al volver de la escuela al día siguiente, Gilly oyó ruidos batalla en la sala de estar. La Trotter y la señorita Ellis estaban discutiendo acaloradamente.

—¡Nunca, nunca y nunca! —bramaba la Trotter como una vaca separada de su ternera.

Gilly se quedó inmóvil en el recibidor, cerrando la puerta hacer ruido.

—Sra. Trotter, nadie en el departamento considera como indicación de fracaso por parte de usted...

—¿Y usted cree que a mí me importa lo que piensen departamento?

—Es usted una de nuestras tutoras más capacitadas. Lleva más veinte años con nosotros. Le aseguro que esto no afectará para nada concepto en que la tenemos. Es usted demasiado valiosa...

—Me importan un rábano sus conceptos. No van a llevarse Gilly.

—Tratamos de pensar también en usted...

—No es verdad. Si estuvieran pensando en mí, no se les ocurriría venirme con una idea tan estúpida.

—Esta es una niña con problemas, Maime. Necesita atenciones...

—No voy a dejar que se la lleven. ¡Nunca!

—Si no quiere pensar en usted, piense por lo menos en William Ernest. Ha progresado demasiado este último año

Pelusa 79

para dejar que... Yo misma he visto el daño que puede hacerle Gilly.

—Fue William Ernest quien hizo que volviera a casa anoche —la voz de la Trotter era firme y testaruda.

—Porque vio lo mucho que le dolía a usted. Eso no significa que ella no pueda perjudicarlo.

—William Ernest ha vivido conmigo más de dos años, y va a salir adelante con buen pie; estoy segura. Algunas veces, señorita Ellis, hay que andar sobre los talones para descansar los dedos de los pies, aunque después le duelan a uno un poco los talones.

—No entiendo lo que me quiere usted decir con eso.

—Alguien tiene que cuidar de Gilly durante algún tiempo. Hace mucho que está necesitando que alguien le dé una verdadera oportunidad.

—Ahí precisamente está la cosa, señora Trotter. Soy perfectamente consciente de las necesidades de Gilly. He sido la encargada de su caso desde hace casi cinco años, y aunque le cueste creerlo, realmente la aprecio. Pero creo que en este momento no es de las necesidades de ella de las que estamos hablando, ¿no es así?

—¿Qué quiere usted decir?

—Sino de las necesidades de usted —esto lo dijo en voz algo más baja.

Una pausa y entonces:

—Sí, el buen Dios sabe cuánto la necesito. —La Trotter emitió un extraño y quebrado sonido, parecido a un sollozo —, Cuando vi que se había marchado hubiera querido morirme.

—No puede usted hacer eso, señora Trotter. No puede dejar que la hagan pedazos.

Pelusa 79

—No trate de decirle a una madre lo que debería sentir.

—Es usted una tutora, señora Trotter —la voz de la señorita Ellis era firme—. No puede permitirse el lujo de olvidarlo.

Un gran dolor se apoderó de todo el cuerpo de Gilly.

Abrió la puerta de la calle y la cerró de golpe, como si acabara de entrar. Esta vez sí que la oyeron.

—¿Eres tú, Gilly, cariño?

Fue hasta la puerta de la sala de estar. Las dos mujeres estaban de pie, coloradas como si hubieran estado corriendo.

—Bien, Gilly —empezó la señora Ellis, con una voz vibrante como un árbol de navidad de pega.

—La Sta. Ellis —interrumpió Trotter, levantando la voz— estaba diciendo que eres tú quien debía decidir —la asistente social le lanzó momentáneamente una expresión alarmada, pero Trotter hizo como si no la hubiera visto—. Que quieres quedarte aquí con William Ernest y conmigo... muy bien; que quieres que ella te busque otro sitio... pues también. Tienes que ser tú la que decida. —Sus ojos se deslizaron algo inquietos hacia la señorita Ellis.

—¿Y qué hay...? —preguntó Gilly con la voz tan reseca como una galleta olvidada—... ¿qué hay de mi verdadera madre?

Las cejas de la señorita Ellis dieron un salto.

—La escribí hace varios meses, Gilly, cuando decidimos trasladarte de la casa -de los Nevins. No contestó.

—Pues a mí sí que me escribió. Quiere que vaya a California junto a ella.

La señorita Ellis miró hacia la Trotter.

Pelusa 79

—Sí, ya estoy enterada de lo de la postal —dijo la asistente social.

Esos malditos polizontes leyendo la correspondencia de los demás para contarle luego por ahí, pasándose la postal de unos a otros y probablemente burlándose de ella.

—Gilly. Si realmente hubiera querido que estuvieras con ella...

—Sí que quiere. ¡Es lo que dijo!

—¿Entonces por qué no ha venido a buscarte? —La voz de la señorita Ellis habría cobrado un tono metálico, y sus cejas se agitaban como enloquecidas—. Han pasado más de ocho años, Gilly. No fue nunca a verte, ni siquiera cuando vivía cerca de aquí.

—Ahora es otra cosa —¿no era cierto?—. ¡Vendrá! ¡De verdad me quiere con ella! —¿o no era así?

La Trotter se acercó y puso su brazo pesadamente sobre el hombro de Gilly.

—Si te conociera de veras, si sólo supiera cómo es su niña... vendría aquí a buscarte en menos que canta un gallo.

«Bah, Trotter, no seas idiota. Si supiera como soy, no vendría nunca. Sólo una persona tan tonta como tú...» Gilly se desembarazó suavemente de aquel pesado abrazo y se dirigió hacia la señorita Ellis, encarándose con ella.

—Hasta que venga... hasta que venga a buscarme, creo que me quedaré aquí.

Trotter se enjugó la cara con su manaza y resopló.

—Bueno, señorita Ellis, estoy segura de que la volveremos a ver alguna vez...

Pelusa 79

La asistente social no iba a dejarse echar de la casa con tanta facilidad. Separó los pies como temiendo que la Trotter intentara sacarla por la fuerza y dijo:

—El oficial Rhine me explicó al llamarme que ayer por la noche llevabas encima bastante más de cien dólares.

-¿Ah sí?

Lo dijo con un tono insolente, pero la señorita Ellis se limitó a entornar un poco los ojos y siguió hablando:

—Me resulta difícil creer que todo ese dinero era tuyo.

—¿Y qué?

—Pues que yo, a coger el dinero de los demás, lo llamo robar, señorita Hopkins.

—¿Ah sí?

La Trotter dio una palmadita en el brazo de Gilly como para decirle que callara.

—Nosotros también, señorita Ellis. No irá usted a creer que esta es la primera vez en veinte años que me ha pasado una cosa así, ¿verdad?

—No, ya sé que no lo es.

—Entonces, ¿por qué no confía en mí?; ya me ocuparé de ello.

La señorita Ellis sacudió el pelo y se alisó el traje pantalón por encima del trasero antes de ponerse el abrigo.

—Me mantendré en estrecho contacto con usted —dijo.

La Trotter casi la echó a empellones por la puerta de la casa.

—Todo va a ir muy bien. No vaya a llenarse de preocupaciones esa linda cabecita por causa nuestra, ¿me oye?

—Me pagan por preocuparme, señora Trotter.

Pelusa 79

La Trotter sonrió impaciente y cerró rápidamente la puerta. Cuando se volvió hacia Gilly, su cara parecía hecha de piedra de granito como las estatuas del monte Rushmore.

Gilly parpadeó, asombrada por aquel cambio repentino y absoluto.

—Yo lo de robar no lo tomo a broma, ¿sabes?

Gilly asintió. No servía de nada hacerse la insolente.

—Me parece que ese dinero no era todo mío, ¿verdad?

-No.

—Y bien, ¿de dónde lo sacaste?

—Lo encontré —dijo Gilly, bajando la voz.

La Trotter se le acercó y con las dos manos le alzó la cara para que la mirara a los ojos.

—¿De dónde lo sacaste, Gilly?

—Lo encontré detrás de unos libros en la casa de al lado.

La Trotter dejó caer las manos, incrédula.

—¿Le has robado al señor Randolph?

—Estaba allí tirado, detrás de unos libros. Probablemente él ni siquiera...

—Gilly, eso es robar. No trates de ponerle otro nombre. El dinero era *suyo* y tú se lo quitaste, ¿no es así?

—Supongo que sí.

—¿Cuánto había?

—Eh, pues cua... treinta...

—No intentes pasarte de lista conmigo. ¿Cuánto era?

—Cuarenta y cuatro dólares —dijo Gilly, derrotada.

—Bueno, pues tienes que devolverlo.

—No puedo —dijo. La Trotter se la quedó mirando fijamente, las manos sobre las caderas, hasta que Gilly continuó—: Le di cinco dólares a Agnes Stokes.

Pelusa 79

—¿Conque eso hiciste, eh?

Gilly asintió.

—Bueno —La Trotter lanzó un gran suspiro—. Pues te prestaré los cinco dólares para pagarle al señor Randolph, y puedes devolvérmelos con tu trabajo.

Devolver el dinero al señor Randolph no resultó tan desagradable como podía haberse temido. Al parecer el anciano no tenía idea de que hubiera existido algún dinero detrás de sus libros. O lo había olvidado, o lo había puesto allí su mujer, muerta mucho tiempo antes que Melvin, el marido de la Trotter. En cualquier caso, cuando Gilly le entregó los cuarenta y cuatro dólares, con la Trotter detrás de ella, amenazante como un poderoso ejército, aceptó las explicaciones que balbució Gilly sin mostrarse escandalizado o especialmente curioso, aunque sí con un especial aire de dignidad.

—Gracias —dijo, sin repetir la palabra, en contra de su costumbre. Se guardó el dinero en el bolsillo, se frotó las manos brevemente, y luego alargó la mano para que le llevaran a cenar.

Gilly titubeó un momento, esperando el sermón que sin duda iba a brotar, si no de él, por lo menos de la Trotter. Pero ni uno ni otro dijeron nada, de manera que por primera vez tomó la mano del señor Randolph y no el codo, como una expresión de agradecimiento.

Estaba claro que la Trotter no había oído hablar nunca del salario mínimo ni de las leyes contra el trabajo infantil. En la pared de la cocina fijó el siguiente letrero:

Lavar los platos y limpiar la cocina 10 c

Pasar la aspiradora por la planta baja 10 c

Pelusa 79

Limpiar los dos lavabos, incluido el suelo 10 c

Quitar el polvo 10 c

Ayudar a William Ernest con el trabajo de la escuela, una hora 25 c

Gilly empezó a pasar bastante tiempo con W.E. Descubrió varias cosas; la primera, que el niño no era tan tonto como parecía. Si una se mostraba paciente, sin meterle prisa, muchas veces podía encontrar la solución por su cuenta, pero si se le apuraba, enmudecía inmediatamente; y si se reían de él, levantaba los brazos como para protegerse la cabeza contra un golpe. Finalmente Gilly comprendió que el niño creía realmente que iba a darle un tortazo cada vez que cometía un error.

Y ese, claro está, era el motivo por el que la Trotter andaba siempre como de puntillas cuando estaba cerca de él, como si cualquier barullo pudiera hacerle añicos. Y también por eso se ponía hecha una furia con cualquier persona a la que sorprendiera metiéndose con él.

Pero esa táctica no iba a dar resultado. W.E. no era una taza de porcelana antigua de aquellas que la señora Nevins tenía en el armario, sino un niño; un niño adoptado, además. Y si no se endurecía un poco, ¿qué iba a ser de él cuando la Trotter no estuviera allí para cuidarle?

Así que Gilly le preguntó:

—¿Qué haces cuando alguien te da un puñetazo?

Sus ojillos bizcos la miraron aterrados desde detrás de las gafas.

—No voy a pegarte. Nada más me preguntaba qué es lo que harías.

Pelusa 79

El niño se metió en la boca el dedo índice de la mano derecha y empezó a morderse la uña.

Gilly le sacó el dedo de la boca y le examinó un instante la mano, con sus uñas romas.

—Por lo que veo a esta mano no le pasa nada. ¿No se te ha ocurrido nunca defenderte?

W.E. sacudió la cabeza con los ojos desorbitados.

—¿Vas a pasarte toda la vida dejando que la gente se meta contigo?

El niño bajó la cabeza y volvió a meterse el dedo en la boca.

—Mira, William Ernest —Gilly se inclinó hacia delante y le susurró al oído con voz ronca—: voy a enseñarte a pelear. No te cobraré nada. Y entonces cuando se te acerque un matón buscando pelea, no tendrás más que vapulearle.

Dejó caer el dedo y se la quedó mirando fijamente, incrédulo.

—¿Te enteraste de cómo un día me peleé con seis chicos yo sola?

Asintió solemnemente.

—Antes de que acabe de enseñarte, tú vas a poder hacer lo mismo ¡*Paf* ¡*Paf*! ¡*Paf* ¡*Paf* ¡*Paf* ¡*Paf* —Lanzó seis puñetazos al aire, derribando a seis matones imaginarios.

—*Paf* —imitó W.E. tímidamente, cerrando el puño vacilante y lanzando un golpe lateral con poca fuerza.

—Lo primero que has de hacer cuando alguien te grite es no levantar las manos —dijo Gilly, imitando su gesto— ni actuar como si creyeras que te van a matar.

—¿*Paf*? —lanzó con su pequeño puño un gancho que parecía un signo de interrogación.

Pelusa 79

—Nooo, hombre, eso aún no. Fíjate, a lo mejor ni siquiera tienen intención de pegarte. Lo primero que has de hacer es respirar hondo. —Llenó la cavidad del diafragma y esperó mientras el niño trataba de imitarla; las costillas se notaban debajo de la camisa de W.E.—. Y ahora gritas así: *¡Vete al infierno!*

Antes de que acabara de pronunciar la frase ya estaba allí la Trotter, llenando todo el espacio de la puerta abierta como si fuera la mismísima cólera de Dios todopoderoso.

—Bueno, bueno —dijo Gilly—. Olvida lo del infierno. Lo principal...

—¿Qué estáis haciendo, niños? Creía que te pagaba para que ayudaras a William Ernest a mejorar con la lectura.

—No, mujer. Esto corre por cuenta mía, gratis.

La Trotter miró a W.E., inquieta. El niño se había alzado sobre la punta de los pies con los puños cerrados, los ojos apretados y la cara enrojecida, tomando muchísimo aliento.

—*¡Vete al infierno!* —exclamó. Luego, volviéndose sonriente hacia Gilly, le preguntó—: ¿Lo hice bien, Gilly?

—Delante de Trotter será mejor que no digas eso del infierno; podrías decir: «¡Quítate de en medio!» Pero para ser la primera prueba no ha estado mal. No ha estado nada mal.

—Gilly —dijo la Trotter.

—Mira, Trotter. Tiene que aprender a defenderse él solito, maldi... y yo soy la mejor profesora que puede encontrar por aquí.

La Trotter seguía en pie en el umbral de la puerta como si no supiera qué hacer; en ese momento el renacuajo aquel se fue hasta ella, puso los puños delante de su enorme pecho, tomó aliento y dijo con voz aguda:

Pelusa 79

—Quítate de mi camino.

En los ojos de la mujer asomaron unos lagrimones. Lanzó los brazos alrededor de W.E. y le dio un enorme abrazo.

—Sólo estaba practicando, Trotter. No te lo decía a tí.

—Ya lo sé, William Ernest, cariño —dijo—. Ya lo sé.

—Tiene que aprender a abrirse camino en el mundo él solo, Trotter.

La gigantesca mujer se limpió la cara con la punta del delantal y resopló.

—¿Crees que no lo sé bien, pequeña?

Dio una palmadita al niño y se irguió. ¿Qué tal si acabarais esta lección afuera? Me parece que no tengo muchas ganas de oírlo.

—Vamos, Gilly —William Ernest fue hacia la puerta trasera dando un rodeo alrededor de la Trotter—. ¡Paf ¡Paf — se le oía exclamar suavemente por el recibidor.

—No voy a enseñarle a meterse con la gente —dijo Gilly—. Sólo a defenderse. No va a venir a esconderse debajo de la falda de Trotter cada vez que alguien le mire con mala cara.

—Supongo que no.

—Ni siquiera las madres de verdad pueden cuidar a sus hijos toda la vida, y tú no eres más que su tutora.

—Eso me están diciendo siempre.

Gilly no pretendía herirla, pero era necesario que la Trotter comprendiera.

—Si sabe leer y defenderse, no tendrá problemas.

—Lo tienes todo muy claro, ¿eh, Gilly, cariño? —La Trotter se relajó hasta sonreírle—. Bueno, no voy a meterme en vuestras clases de boxeo. Es sólo que no me gusta verlo.

Pelusa 79

¿Clases de boxeo? ¿En qué siglo vivía aquella mujer? Gilly empezó a pasar a su lado para salir de la habitación, pero al rozar su enorme cuerpo, la Trotter la agarró y le plantó en la frente un húmedo beso. Gilly alzó la mano automáticamente para limpiarse la huella del beso, pero una sola mirada al rostro de la Trotter bastó para que se detuviera.

—No sé qué bicho me habrá picado —murmuró la Trotter, como tratando de hacer de aquello una broma—. Ya sé muy bien que no te gustan los besos. A veces me dejo llevar y me pongo como medio loca.

—En la escuela dominical la señorita Applegate lo llama posesión diabólica.

—Eso dice, ¿eh? Conque posesión diabólica —empezó a reír tan fuerte que Gilly sentía vibrar las maderas del piso bajo sus pies—. ¡Posesión diabólica! Válgame Dios, hija mía, tendría que coger un avión a reacción para poder llevarte la delantera. Bueno, será mejor que te vayas antes de que el diablo me vuelva a pillar.

Alzó la mano para darle a Gilly una amistosa palmada en el trasero, pero cuando la mano terminó su recorrido, el trasero de Gilly y su propietaria ya estaban casi al final del pasillo.

La visita

Una semana antes del día de acción de gracias, el señor Randolph pilló la gripe. No es que fuera una gripe muy grave, pero era una persona bastante mayor, y, como decía la Trotter, cualquier enfermedad resulta peor para los viejos. De manera que ella y Gilly, haciendo numerosas paradas por el camino para que la Trotter recuperara el aliento, bajaron del ático el catre de ruedas y lo colocaron en el comedor, convirtiendo aquella habitación que nunca se utilizaba en enfermería para el señor Randolph.

Habían sostenido un gran debate sobre si convenía avisar al hijo del señor Randolph, el importante abogado. El señor Randolph estaba convencido de que si su hijo se enteraba de que estaba enfermo, se lo llevarían inmediatamente a Virginia y ya no podría volver nunca más. La Trotter reconocía esa terrible posibilidad, pero insistía en la obligación moral de informar a los parientes más cercanos cuando uno tenía que guardar cama.

—¿Y si un día se presentara y lo encontrase a usted enfermo?; entonces ya no se fiaría más de usted, y en ese caso seguro que se lo llevaría con él.

Pero el señor Randolph era de la opinión de que merecía la pena correr ese riesgo, y la decisión de que fuera a instalarse en la casa se debía a que la Trotter lo prefería porque así podría cuidar mejor de él.

—¿Y qué pasará si se me muere usted?

Pelusa 79

—Le prometo no morirme en su casa. Tiene usted mi más solemne palabra.

—Gilly, si empieza a poner mala cara, lo llevamos a la casa de al lado lo más rápido posible. No voy a dejar que ese abogado de Virginia me lleve a juicio.

El señor Randolph se incorporó en el catre.

—Si me muriera aquí, señora Trotter, puede usted llevarme a juicio a mí, y reclamar hasta el último centavo que poseo. —Se tumbó una vez más, jadeando y riendo.

—Ya lo creo, hasta el último centavo... Una vez muerto no tendrá ni la jubilación. Será mejor que no se muera, si quiere que le diga la verdad.

—Prometo no morirme, pero con estas dos damas tan hermosas cuidando de mí, puede que decida seguir enfermo durante una larga temporada.

—Bueno, ese es un riesgo que tendré que correr, por lo hermosa que soy. Pero si no se pone bueno de aquí a una semana, va a perderse el pavo y todo lo demás.

Así que el señor Randolph prestó solemne juramento de estar repuesto para el día de acción de gracias. De hecho, sí que se puso algo mejor, pero llegado ese día tanto la Trotter como William Ernest habían caído víctimas del mismo microbio.

La Trotter se resistía a meterse en la cama, pero tenía bastante fiebre y no se tenía en pie del mareo. Pese a sus protestas, Gilly no fue a la escuela ni el martes ni el miércoles para poder cuidar de los otros tres, y al llegar el día de acción de gracias estaba agotada de tanto subir y bajar las escaleras e ir de una cama a otra.

Pelusa 79

Se le pasó por la cabeza que si ella también enfermara, nadie podría culparla por caer rendida pero, claro está que no cogió nada, aparte de la irritación provocada por la falta de sueño y las preocupaciones. Llamó al médico del señor Randolph, al de la Trotter y al pediatra, pero ninguno de ellos le prestó ayuda. Le dijeron simplemente que los pacientes debían permanecer en la cama y tomar aspirina para bajar la fiebre.

Con el cuchillo de cocina Gilly cortó en dos una aspirina para William Ernest. Una mitad salió volando y se perdió detrás de la cocina, y la otra mitad, que consiguió, no sin gran dificultad, que el niño tragara, volvió a salir al cabo de poco rato junto con el tazón de sopa que le había hecho tomarse antes. Le daba miedo darle más aspirina.

La Trotter le dijo que le pasara a W.E. un trapo frío por la cara, los brazos y las piernas, y con ello pareció aliviarse un poco la fiebre, pero el niño seguía sintiéndose fatal y, por mucho que limpiara, persistía en la habitación el olor a vómito.

En realidad, toda la casa estaba hecha un desastre. Incluso las habitaciones como la sala de estar y la cocina, en las que solamente entraba ella, empezaban a tener el aspecto de una ciudad después de un bombardeo. Se sentía demasiado agotada para recoger las cosas después de usarlas.

Cuando llegó el jueves ya le tenía completamente sin cuidado el día de acción de gracias. El pavo que había comprado Trotter se iba descongelando inexorablemente en la nevera, pero a Gilly, sentada ante la mesa de la cocina con sus tejanos y una camiseta encogida y desayunando, muy tarde, un bocadillo de salchichón, no había ninguna otra cosa que le

Pelusa 79

recordara aquella festividad que pronto empezaría a celebrar el resto del país.

Llamaron al timbre de la puerta. Gilly se sobresaltó; en primer lugar temió que el hijo abogado del señor Randolph, no creyéndose las excusas que había dado el anciano para no ir a Virginia a celebrar el día de acción de gracias, hubiera venido a buscarle. Luego, con irritación, pensó que probablemente sería Agnes Stokes que venía a meter las narices y a enterarse del motivo por el que Gilly no había ido a la escuela dos días seguidos.

Pero cuando abrió la puerta se encontró con una señora pequeña y regordeta con un ajustado sombrero de fieltro negro, bajo el que asomaban unos cabellos grises. Llevaba guantes negros y un abrigo de color negro y tweed, un poco demasiado largo para estar a la moda, y un bolso algo desgastado de piel de lagarto negro colgado del brazo. La mujer, un par de centímetros más baja que Gilly, miró a ésta con una expresión algo extraña; Gilly no sabía si era de miedo o de hambre. En cualquier caso, se sintió algo incómoda y empezó a jugar con su pelo hasta que recordó las dos frases infalibles que utilizaba la Trotter en casos de emergencia, y dijo las dos.

—Hoy no queremos nada, gracias, y somos miembros fieles de la iglesia baptista —se apresuró a cerrar la puerta.

—No, espera, por favor —dijo la señora—. ¿Eres Galadriel... Hopkins?

Gilly volvió a abrir la puerta.

—¿Quién es usted? —articuló abruptamente, tan azorada como podría haberlo estado William Ernest.

Pelusa 79

—Yo... —Ahora le tocaba a la mujer sentirse incómoda—
Supongo que soy tu abuela.

En cierto modo Gilly se hubiera sentido menos sorprendida si la mujer hubiese dicho hada madrina.

—¿Puedo entrar?

Gilly se había quedado muda, pero dio un paso atrás y la dejó pasar.

En el comedor se oía roncar a alguien. Gilly rezaba para que la mujer no mirara, no se fijara en la extraña carita negra que asomaba el edredón descolorido, y que abría la boca temblorosa con cada estrepitoso ronquido. Pero, claro está, la mujer la vio y, sobresaltada ante aquella visión, se volvió rápidamente hacia Gilly.

—Gilly, cariño, ¿quién está ahí?

¡Maldita sea! La Trotter debía haber oído el timbre.

—Está bien, Trotter, ya me ocupo —gritó Gilly, mientras daba tirones a su camiseta encogida (la última que aún le quedaba medio limpia), intentando cubrirse el ombligo—. ¿Quiere sentarse? —preguntó a la visitante.

—Sí, gracias.

Gilly la condujo hasta la sala de estar y, caminando de espaldas hacia el sofá, señaló con la mano el sillón de color pardo.

Pum. Las dos se sentaron al mismo tiempo como marionetas, la señora en el mismo borde del sillón para que sus cortas piernas llegaran hasta el suelo.

—Bien... —la señora meneaba el sombrerito negro. ¿Aún había gente que llevara sombreros así? — pues...

Gilly trataba de hacerse a la idea. ¿Así que esta viejecita del sombrero y el abrigo pasados de moda... era la madre de

Pelusa 79

Courtney? Courtney nunca había tenido una madre en ninguna de las imaginaciones de Gilly. Siempre había existido como fuera del tiempo... como una diosa inmutable y perfecta.

—He acertado, ¿verdad? ¿Tú eres Galadriel? Su voz era sureña pero suave, como la seda comparada con la rugosa voz de la Trotter.

Gilly asintió.

—Mi hija... —la mujer se puso a rebuscar en el bolso y extrajo una carta—. Mi hija se fue de casa hace muchos- cerró el monedero y alzó los ojos para encontrarse con los de Gilly, que expresaban su perplejidad—...hace muchos años. Yo... mi marido y yo nunca... Lo siento...

Impotente, Gilly observó como aquella pequeña mujer buscaba las palabras sin encontrarlas, tratando de contar una penosa historia sin saber cómo hacerlo.

—Mi marido... —trató de sonreír—. Tu abuelo murió... hace casi doce años.

Tal vez debería decir algo, pensó Gilly.

—Vaya, qué pena.

—Sí, realmente lo fue —la mujer acentuaba mucho las palabras para contener las lágrimas. Gilly conocía bien aquel truco, vaya que si lo conocía—. Claro está, en aquel momento nosotros... yo... traté de ponerme en contacto con Courtney, tu madre. Pero no lo logré. En realidad... —Su voz había subido de tono. Dejó de esforzarse por hablar y sacó del bolso un pañuelo, tocándose apenas con él las ventanas de la nariz antes de guardarlo de nuevo.

Vamos, ánimo, suénate la nariz, querida. Te sentirás mejor. Trotter lo hubiera dicho, pero Gilly no llegaba a articular las palabras.

Pelusa 79

—En realidad —la mujer había recuperado la calma lo bastante para proseguir—. En realidad, esta carta es la primera noticia directa que hemos... que he tenido de mi hija en trece años.

--Está bromeando —dijo Gilly. Sentía lástima, aunque el dolor de aquella mujer no parecía tener nada que ver con ella.

--Ni siquiera sabía que había tenido una criatura... ¿No te parece lógico que le hubiera dicho a su madre que tenía una niña?

Evidentemente este era el punto en que se suponía que ella, Gilly, aparecía en aquella historia, pero todo aquello le parecía aún muy alejado, como algo que le hubiera sucedido en alguna ocasión al amigo de un amigo. Trató de dar una señal de asentimiento para animarla a seguir.

-Gilly, te he estado llamando y llamando —William Ernest estaba en la puerta, agarrándose al marco para apocarse, con la cara aún enrojecida por la fiebre. Llevaba su ropa interior de mangas y pantalones largos, de color blanco grisáceo. Al ver a una desconocida, se quedó inmóvil.

La mujer le miró fijamente una sola vez, y luego apartó la mirada rápidamente, como había hecho al ver al señor Randolph.

-Lo siento, W.E. —dijo Gilly—. No te oí llamarme. ¿Qué sucede? —En cuanto hubo terminado de hacer la pregunta, comprendió. W.E. tenía los calzones todos mojados por delante. Gilly se levantó de un salto—. Discúlpeme. Vuelvo enseguida —llevó al niño a toda prisa de vuelta a su habitación, lo más deprisa que se podía en vista de que aún estaba débil por la fiebre y la falta de comida. Le costó ser

Pelusa 79

paciente con él mientras subían las escaleras—. No debiste bajar, William Ernest; estás enfermo.

—Me hice pis —dijo el niño con tristeza—. No pude aguantarme.

Gilly suspiró.

—Ya lo sé —dijo—, cuando estás enfermo no puedes remediarlo. —Le dio el último juego de ropa interior que aún estaba limpio, que era corto y no le iba a abrigar tanto, y le cambió las sábanas. Tomó una manta limpia de su propia cama y se la echó. W.E. se metió en la cama y enseguida le dio la espalda, completamente agotado.

—Gilly, cariño —le llamó la Trotter soñolienta cuando Gilly pasaba junto a su puerta—. ¿Tienes compañía abajo?

—Estoy viendo la tele —Gilly se alisó el pelo y dio otro tirón a su camiseta mientras bajaba la escalera. Sabía que tenía un aspecto terrible. A la pobre señora debía haberle causado una impresión horrorosa.

La mujer le dedicó una débil sonrisa y meneó la cabeza cuando Gilly entró de nuevo.

—Pobre criatura —dijo.

Gilly miró tras ella para ver si W.E. la había seguido hasta abajo.

—Pobrecilla —no había nadie más.

— ¿Yo?

—Courtney no exageraba. Me alegro tanto de que la hayas escrito, querida. ¿Cómo han podido meterte en un lugar como éste?

— ¿A mí? — ¿de qué estaría hablando aquella mujer?—. ¿Qué lugar?

Pelusa 79

—Sé que no tendría que haberme presentado así, por las buenas, pero pensé que debía ver yo misma como eran las cosas antes de hablar con la señorita que se encarga de tu caso. ¿Me perdonas, querida, por...?

En la escalera resonaron unas pisadas tremebundas: pam, pam, pam. Las dos se quedaron petrificadas escuchando mientras los ruidos se iban acercando inexorablemente.

—Oh —dijo la pequeña mujer, boquiabierta.

Una aparición inmensa se balanceaba en la puerta, con los pies descalzos, vistiendo un pijama a rayas de hombre, el pelo gris cayéndole en cascada sobre los hombros y una mirada espeluznante en los ojos.

—¡Lo olvidé! —gemía, mientras se tambaleaba inestable de un lado para otro—. Lo olvidé —la aparición se agarraba frenéticamente al marco de la puerta como si estuviera a punto de derrumbarse.

Gilly se puso en pie de un salto.

—¿Qué es lo que olvidaste, maldita sea?

—El pavo —la Trotter estaba ya casi sollozando—. Quince dólares y treinta y ocho centavos, y dejo que se pudra. —No dio la menor indicación de haberse fijado en la visitante.

—No se ha podrido nada. Ya lo habría oído, ¿no? —Gilly no pudo evitar lanzar una mirada de reojo a la pequeña mujer, que parecía casi tan asustada como W.E. cuando veía una palabra nueva en su libro de lectura—. Vuelve a la cama, Trotter. Ahora mismo lo pondré en el horno.

La enorme mujer intentó obedecer, pero estuvo a punto de caerse al tratar de darse la vuelta.

—Será mejor que me siente un momento —dijo jadeando—. Se me va la cabeza.

Pelusa 79

Gilly agarró el pijama a rayas por atrás y apoyó aquel cuerpo fornido pero tambaleante, guiándolo y casi arrastrándolo hacia el sofá. Pero era como cuando uno pone la última pieza en la torre y sabe que va a caerse; sabía que no llegarían.

—Oh, Dios bendito —la Trotter soltó un gritito en el momento de desplomarse, atrapando á Gilly bajo ella sobre la alfombra. La mujer quedó tumbada de espaldas, agitando los brazos como una enorme tortuga vuelta del revés—. Ahora sí que la he armado —soltó una risita histérica—. Te he hecho papilla.

—¿Qué? ¿Qué sucede? —el tercer actor de aquella comedia en ropa de dormir acababa de hacer su aparición en la escena.

—Estás bien, ¿verdad, Gilly, cariño? —preguntó la Trotter. Y, sin esperar la respuesta—: No se preocupe usted, señor Randolph.

—Pero alguien cayó. He oído a alguien caerse.

—Sí, ya lo creo que me caí —la Trotter mecía de un lado para otro su enorme cuerpo en un vano esfuerzo por ponerse en pie—. Pero estás bien, ¿verdad, Gilly?

—Rueda, Trotter —dijo una voz sofocada—. Gira hacia un lado y te quitarás de encima de mí.

—¿Qué dice, qué pasa? —exclamó el señor Randolph con voz aguda.

—Es la pobrecita Gilly —gruñó la Trotter, y con un supremo esfuerzo y un Ahhhhh rodó a un lado hasta dar en el suelo.

—¿Señorita Gilly? —preguntaba el ciego, preocupado.

Pelusa 79

—Estoy bien, señor Randolph —Gilly se levantó, se sacudió el polvo y a continuación le tomó de la mano—. Vamos, le voy a llevar a la cama.

Cuando regresó del comedor, la Trotter de alguna forma había logrado izarse hasta quedar sentada sobre el sofá y, al agarrarse a los cojines, medio mareada, se encontró frente a una desconocida con la cara blanca.

—Dijiste que no había nadie —acusó a Gilly.

Por su parte, la visitante se balanceaba precariamente en el mismísimo borde del sillón, presa de lo que a Gilly le pareció un estado de absoluta conmoción. Pero resultó que la pequeña mujer aún era capaz de hablar.

—Creo que debería irme —dijo poniéndose en pie—. Parece que no he venido en un momento muy oportuno.

Gilly la acompañó hasta la puerta, deseosa de sacarla lo más pronto posible del auténtico manicomio en que se había transformado la casa repentinamente.

—Me alegro de haberla conocido —dijo, lo más cortésmente que pudo. No tenía el menor deseo de que aquella mujer se fuera con una pobre impresión de ella. A fin de cuentas era —o por lo menos, decía ser—, la madre de Courtney.

La mujer se detuvo un momento, resistiéndose a los esfuerzos de Gilly por sacarla de la casa. Estiró la cabeza de repente y le dio un beso en la mejilla.

—Pronto te sacaré de aquí —susurró con fiereza—, lo haré, te lo prometo.

El cansancio había dejado a Gilly medio lela. Simplemente asintió y cerró la puerta rápidamente tras la escueta figura. No fue hasta después de llevar a la Trotter a la cama y meter el

Pelusa 79

pavo en el horno que comprendió el sentido de las palabras de aquella mujer.

—¡Santo cielo!

Bueno, daba igual lo que pensara la mujer. La señorita Ellis podría explicarle lo de hoy. Nadie podía obligarla a irse de allí, no ahora que todos la necesitaban tanto. Además, la Trotter no dejaría que se la llevaran. “Nunca”, había dicho. “Nunca, nunca y nunca”.

Nunca y otras promesas anuladas

El pánico pesaba sobre el estómago de Gilly como un pez muerto en la playa. Aunque no lo mires, la peste lo invade todo. Finalmente se obligó a reconocer que su propia carta era lo que había impulsado a Courtney a ponerse en contacto con su madre tras un silencio de trece años. ¿Qué había escrito en ella? Ni se acordaba. Y luego, la carta de Courtney había hecho venir a la pequeña mujer desde Virginia, para espiarla.

¿Y ahora qué? No era esta la manera en que había imaginado el final de la historia. En la versión imaginada por Gilly, era Courtney en persona la que aparecía majestuosamente, como una diosa o una reina, para reclamar a la princesa desaparecida largo tiempo atrás. En aquel sueño no había un lugar para señoras regordetas vestidas a la antigua y con acento sureño, mujeres gordinflonas descalzas y con pijamas a rayas o viejos negros y ciegos que recitaban poesía de memoria y roncaban con la boca abierta; ni tampoco para tipos pequeñajos medio locos y que daban pena, que hacían *ipaf* pero aún se hacían pis en la cama.

Pero el caso es que lo había hecho. Como la mujer de Barba Azul, había abierto la puerta prohibida y algún día tendría que ver lo que había dentro.

Al llegar el sábado por la noche, cuando el pavo estuvo por fin sobre la mesa de la cocina y los cuatro se sentaron a su alrededor satisfechos, aún no se había sabido nada, ni de la señorita Ellis ni de Virginia.

Pelusa 79

La Trotter y W.E. estaban pálidos como la misma muerte, y el señor Randolph tenía un color ceniciento, pero se habían despojado del malhumor de la enfermedad y comían el pavo frío con gran animación y gusto.

—Debo reconocer, señorita Gilly, que es usted la única persona que conozco cuyas dotes culinarias puedan compararse a las de la señora Trotter. —Gilly sabía que era una mentira descarada, pero el señor Randolph la había dicho con la mejor intención.

—Las patatas están grumosas -contestó, tratando de mejorar el puré a última hora con los dientes del tenedor.

—Las mías no están grumosas —cuchicheó W.E. lealmente.

—Están muy buenas, Gilly, cariño. Creo que has debido servirte la única parte grumosa de toda la cazuela de puré. El mío está suave como el helado. No sé cuánto tiempo hace... — La Trotter hizo una pausa, inclinando la cabeza hacia atrás como si estuviera buscando en algún rincón apartado de su memoria— ...Creo que no me ha sabido tan bien una comida desde... desde antes de que Melvin se pusiera enfermo por última vez. —Su rostro se iluminó con una sonrisa, tras haber pronunciado el máximo cumplido.

Gilly enrojeció sin poderlo evitar. Todos ellos eran unos mentirosos, ¿pero cómo iba una a enfadarse por eso?

—Gilly, cariño —la Trotter detuvo su tenedor en el aire—, ¿quién era esa mujer que vino aquí el otro día? ¿Qué es lo que buscaba?

Ahora le tocaba a ella mentir.

—Bueno, creo que estaba a punto de proponer que nos apuntáramos a su iglesia, pero antes de que pudiera decirle

Pelusa 79

que éramos fieles de la iglesia baptista, aparecisteis los tres soltando gritos y con el aspecto de muertos vivientes. La asustasteis tanto que salió pitando sin mirar atrás.

—¿Yo también? —preguntó W.E.

—Tú fuiste el peor de todos, William Ernest. Cuando te vio allí en la puerta, todo alto y flaco y pálido, llamándome:

“Gi-liiiiiii, Gilliiiiiii”, por poco se traga la dentadura postiza.

—¿De veras?

—¿Crees que yo te mentaría?

—¡Pafí —dijo.

—Desde luego no tardó en ahuecar el ala cuando caer encima de Gilly como una apisonadora —la Trotter risita disimulada—. Me imagino que pensó que luego ella.

—¿Qué es lo que hiciste? —preguntó W.E.

—Me caí encima de Gilly como un saco de encontraba manera de levantarme otra vez.

El señor Randolph soltó una risita.

—A mí me despertó un ruido tremebundo... rápidamente que pude...

—Y lo único que podía oír era aquella vocecita «Rueda, Trotter, y quítate encima de mí». —La Trotter varias veces, prorrumpiendo en risotadas más y más estruendosas cada repetición—: ¡Rueda!

—¿Y rodaste?

—Puedo asegurarte, hijo mío, que no fue nada resoplé...

—¡Y echaste abajo la cama! —William Ernest en la mesa, y todos rieron hasta que les asomaban turnándose para gritar —: ¡Rueda, rueda!

Pelusa 79

Gilly no recordaba que hubiera dicho aquello de le daba igual. Lo importante era que estuvieran todos y comiendo juntos. Además, con el regocijo, se habían pequeña mujer de cabellos grises.

Pero al final llegó el lunes, y con él se acabó aquella semana. Gilly, armada de una justificación de ausencia parecía una recomendación por heroísmo en el campo William Ernest, animado aunque pálido, regresaron señor Randolph volvió a su casa, y la Trotter se dispuso casa, descansando con frecuencia. Y, como Gilly había tarde, cuando la señorita Ellis llegó a su despacho a las minutos, le esperaba sobre la mesa una nota para que llamara a una tal señora de Rutherford Hopkins, en el condado de Loudon, Virginia.

Al terminar la escuela, Gilly esperó a que William Ernest saliera de clase. No quena que se metiera en peleas mientras aún andaba algo flojo después de la gripe y sabía que, con la fama que había adquirido, nadie se atrevería ni a estornudar delante de él si iba con ella.

Agnes Stokes se les acercó y caminó a su lado a saltitos, tratando de convencer a Gilly para que la acompañara en una expedición al supermercado, pero a Gilly le preocupaba más acompañar a W.E. hasta casa.

—O podríamos ir a mi casa y llamar por teléfono a gentes y respirar raro.

—Vamos, Agnes, eso es una estupidez.

—No, les asusta mucho, de veras. Les he oído ponerse a chillar de puro miedo.

—Es idiota, Agnes, completamente idiota.

Pelusa 79

—Siempre dices eso cuando no se te ha ocurrido la idea a ti.

—Exacto. A mí nunca se me ocurren cosas tan idiotas.

—Venga, Gilly, hagamos algo. Hace mucho tiempo que no hacemos nada juntas.

—He tenido enferma a mi familia.

Agnes rió despectivamente.

—¿Qué familia? Todo el mundo sabe...

—Mi hermano —al oír esto, William Ernest alzó la cabeza orgulloso—, mi madre y mi... mi tío.

—Gilly Hopkins. Esa sí que es la idea más estúpida...

Gilly se dio la vuelta de golpe y, echándose hacia delante, bajó la nariz hasta ponerla a un milímetro de la cara de Agnes, torciendo la boca hacia un lado y hablando con los labios casi cerrados como hacía Humphrey Bogart en la tele.

—¿Quieres seguir hablando de ese tema... monada?

Agnes reculó.

—Es demasiado idiota para que valga la pena ni hablar de ello —dijo, aun retrocediendo—. Realmente idiota.

William Ernest se puso tan cerca de Gilly que no podían evitar tocarse al caminar.

—Te apuesto a que podría pegarle una paliza —susurró.

—Sí —dijo Gilly—, pero no te molestes. Además, no sería justo; tú contra esa piltrafa.

La Trotter estaba en la puerta, y la abrió ya antes de que llegaran al porche. Gilly se quedó helada. Comprendió inmediatamente que algo andaba terriblemente mal por la manera en que se torció la sonrisa de la Trotter y por la flojedad de su cuerpo.

Pelusa 79

Sí, efectivamente. La señorita Ellis estaba sentada en la butaca marrón, y esta vez las dos mujeres no habían discutido, sino que estaban simplemente esperándole. A Gilly el corazón le dio un vuelco y luego se le cayó en picado, como un cohete que falla. Rápidamente se sentó en el sofá y se rodeó el cuerpo con los brazos para no ponerse a temblar.

La señorita Ellis se puso a hablar de golpe, con una voz animada y tan falsa como en el anuncio de un laxante por la tele:

—Bien, tengo una noticia bastante sorprendente para ti, Gilly —Gilly apretó los brazos con mayor fuerza. La palabra “noticia” nunca había indicado más en su vida que un nuevo cambio de casa—. Tu madre...

—¿Va a venir mi madre? —Inmediatamente se arrepintió de aquel arranque. Las cejas de la señorita Ellis empezaron a ejecutar aquel baile de convulsiones, como parecían hacer cada vez que Gilly mencionaba la palabra «madre».

—No —las cejas se crispaban—. Tu madre está todavía en California. Pero tu abuela...

¿Y yo qué tengo que ver con ella?

—... la madre de tu madre llamó a la oficina esta mañana y luego hizo todo el camino desde Virginia para verme.

Gilly lanzó una mirada hacia la Trotter, que estaba tiesa como un palo en el otro extremo del sofá, con una mano bajo la chaqueta de W.E., frotándole la espalda, y con los ojos tan fijos como los de un oso en un tótem indio.

—Ella y tu madre —las cejas volvieron a crisparse— quieren que vayas con ella.

—¿Con quién?

Pelusa 79

—Con tu abuela. *Permanentemente*. —Parecía que la asistente social le colgara esta última palabra delante de las narices, como si esperara que Gilly fuera a ponerse sobre las patas traseras y bailara para obtener el premio.

Gilly se echó atrás. ¿Por quién la tomaban?

—No quiero vivir con ella —dijo.

—Gilly, si desde que eres capaz de hablar has estado diciendo que...

—¡Nunca dije que quisiera vivir con ella! Dije que quería vivir con mi madre. Ella no es mi madre. ¡Ni siquiera la conozco!

—Pero tampoco conoces a tu madre.

—¡Mentira! ¡Sí que la recuerdo! ¡No intente decirme lo que recuerdo y no recuerdo!

De repente la señorita Ellis pareció fatigada.

—Que Dios se apiade de los niños de los hippies.

—Sí que me acuerdo de ella.

—Sí —la bonita cara de la asistente social se endureció a causa de la tensión; se inclinó hacia delante—. Tu madre quiere que vayas con tu abuela. Me puso una conferencia.

—¿No dijo que quería que fuese con ella a California, como cuando me escribió?

—No. Dijo que quería que fueses a casa de tu abuela.

—No pueden obligarme a ir allí.

La mujer contestó reposadamente:

—Sí, Gilly, pueden hacerlo.

Se sintió como si las paredes se cerraran sobre ella; miró a su alrededor, desesperada, buscando alguna escapatoria.

Fijó sus ojos en la Trotter.

Pelusa 79

—Trotter no dejará que se me lleven, ¿verdad que no, Trotter?

La Trotter acusó el impacto de la pregunta, pero siguió mirando a la Sta. Ellis impasiblemente, frotándole aún la espalda a W.E.

—¡Trotter, mírame! Dijiste que nunca dejarías que me fuera. Te oí decirlo —ahora estaba gritándole al tótem—.

¡Nunca, nunca, y nunca! ¡Eso fue lo que dijiste! —Gilly se había levantado, pataleando y gritando. Las dos mujeres la miraban, aunque sin reaccionar, como si Gilly estuviera detrás de una pared de cristal y no pudieran hacer nada para llegar hasta ella.

Fue William Ernest quien consiguió traspasar aquella barrera. Se soltó de la manaza de la Trotter y corrió hasta Gilly, le agarró del cinturón de la chaqueta y tiró de él hasta que Gilly dejó de gritar y se quedó quieta. Miró hacia los ojitos miopes llenos de lágrimas, detrás de las gruesas lentes.

—No llores, Gilly.

—Si no estoy llorando —se soltó la chaqueta. ¡Estoy gritando!— W.E. se quedó parado, con las manos en alto como si la chaqueta estuviera aún entre sus dedos.

-Qué demonios, chaval —dijo, agarrándole los dos puños— Todo saldrá bien, ya verás. —Lanzó un suspiro y se sentó. El niño se sentó junto a ella, tan cerca que podía notar el calor de su brazo hasta el muslo. Esto le dio fuerzas para volver a alzar los ojos, desafiante.

La señorita Ellis los miraba como un observador de pájaros de una especie rara. Pero la enorme mujer se levantó temblequeante como un viejo elefante de circo. Gilly podía ver

Pelusa 79

en sus ojos cómo el dolor empezaba a romper la fijeza de su mirada.

—Dígale a la niña lo que hay que hacer. Vamos, William Ernest, cariño —extendió una mano enorme—, aquí estamos de más. —Al ver que el niño vacilaba, bajó la mano y suavemente lo levantó hasta ponerlo en pie. Cerraron la puerta tras ellos, dejando a Gilly sola y fría.

—Parece que has cambiado de opinión sobre muchas cosas.

—¿Y qué?

—Pues que metiste la pata, ¿verdad? —Gilly no contestó. ¿Qué más daba ya?—. La verdad es que me gustaría saber por qué escribiste esa carta tan estúpida.

—Usted no lo entendería.

—Puedes estar segura de ello. No entiendo cómo una chica tan espabilada como tú va poniendo trampas en su propio camino. Podrías haberte quedado aquí todo lo que hubieras querido, ¿lo sabes, no? Los dos están chiflados por ti —la Sta. Ellis se sacudió los largos cabellos rubios de encima de los hombros—. Bueno, ahora ya está hecho. Tu abuela vendrá a recogerte a mi oficina mañana. Pasaré a buscarte a las nueve.

—¿Mañana?

—Gilly, créeme que es mejor así. En situaciones como ésta no sirve de nada andar retrasando las cosas.

—Pero he de ir a la escuela... —¿ni siquiera iba a poder decirle adiós a la serena y hermosa Sta. Harris y a la tontita de Agnes?

—Ya se encargarán en la escuela de enviar los informes. —La señorita Ellis se puso en pie y empezó a abotonarse el

Pelusa 79

abrigo—. Debo admitir que cuando te escapaste el mes pasado pensé: «Ya empezamos otra vez», pero me equivocaba, Gilly. Te has portado muy bien aquí. Estoy muy contenta.

—Entonces deje que me quede —pocas veces había estado Gilly tan próxima a suplicar.

—No puedo —dijo sencillamente la señorita Ellis—. No está en mis manos.

La partida

Para la cena de aquella noche la Trotter preparó un pollo tan tostadito que crujía al morderlo, y con la batidora eléctrica hizo un puré de patatas con picos cremosos. Al señor Randolph le preparó su plato favorito, judías verdes salteadas con jamón, y para Gilly y W.E. había ensalada de frutas con pequeños confites. El olor agridulce de la tarta de cerezas llenaba la cocina cuando los cuatro se sentaron a la mesa, sin apetito ni ganas de hablar.

Sólo William Ernest lloró; en el marco de las gafas se acumulaban los gruesos y silenciosos lagrimones, que luego se desbordaban, cayéndole por las mejillas. El señor Randolph, que parecía más pequeño y delgado que nunca, se sentó en su silla algo echado para adelante, con una media sonrisa tímida, cosa que indicaba que estaba a punto de decir algo, aunque no le salió. Trotter respiraba con tanta fuerza como si acabara de subir las escaleras. No paraba de cambiar de sitio las fuentes, como si estuviera a punto de ofrecerles una segunda ración, pero en vista de que los platos estaban aún cargados de comida, el gesto resultaba más bien inútil.

Gilly la observaba, preguntándose cuánto le habría contado la señorita Ellis. ¿Sabría que la visitante del día de acción de gracias era la abuela de Gilly? ¿Sabría algo acerca de aquella absurda carta? Gilly deseaba que no, y seguía sin recordar lo que había escrito en ella. ¿Dijo que W.E. era un retrasado mental? Su mente estaba en blanco, tal vez para

Pelusa 79

protegerse contra la verdad. Oh, Dios mío, haz que Trotter no se entere nunca. No quise hacerles daño; sólo quería... ¿y qué era lo que había querido? Un hogar —pero Trotter había intentado ofrecérselo—. Estabilidad —también eso había querido dárselo Trotter. No, lo que ella quería era algo que no estaba en manos de Trotter darle. Quería dejar de ser una “hija adoptiva”, frase a la que las comillas parecían prestar un peso terrible, arrastrándola hacia abajo. Ser de verdad, sin comillas. Pertenecer y poseer. Ser ella misma, ser el cisne y dejar ya de ser el patito feo; Piel de Asno quitándose su disfraz; la Cenicienta, recuperado ya el otro zapatito; Blancanieves libre ya de los enanitos; Galadriel Hopkins, en fin, recuperada su identidad.

Pero no era como si estuviera acercándose a algo, sino sólo una partida.

—Si no empiezan a comer la cena, voy... —la Trotter hizo una pausa, buscando la amenaza más apropiada. Tomó aliento—. ¡Voy a ponerme a dar saltos encima de la mesa, cacareando como una gallina enamorada de cien kilos!

—¿De veras? —William Ernest se quitó las gafas y se las limpió en los pantalones, preparándose para ver mejor aquel espectáculo.

La sonrisa fija del señor Randolph se resquebrajó dando lugar a una risita nerviosa. Gilly tragó saliva para aclararse la garganta agarrotada y dio un bocado grande y ruidoso a su muslo de pollo.

—Bueno, así ya me gusta más —la Trotter se dio unos toquecitos en la cara reluciente con la punta del delantal—. Se suponía que esto era una fiesta y no un entierro. —Se volvió

Pelusa 79

hacia el señor Randolph y exclamó, casi gritando—: La familia de Gilly es del condado de Loudon, señor Randolph.

—Ah, ésa es una región maravillosa, señorita Gilly, maravillosa. Es la auténtica tierra de los caballos de Virginia.

—¿Tienes caballos, Gilly?

—No lo sé, W.E. —Le resultaba difícil imaginar a aquella señora gordita montada a caballo, pero ¿quién sabe?

—¿Podré verlos?

—Claro que sí. Si los tengo, podrás verlos.

Vio la señal de advertencia que le lanzó la Trotter por encima de la cabeza del niño, pero no hizo caso. —No es como si fuera a Hong Kong. No tienes más que saltar a un autobús y venir a verme en cualquier momento.

La Trotter sacudía la cabeza, y colocó una mano sobre el hombro de W.E.

—Cuando la gente se marcha, William Ernest, cariño, hay que darles tiempo para que se instalen y se vayan acostumbrando a su nueva vida. A veces es mejor no ir de visita enseguida.

Si lo que quieres decir realmente es «nunca», dílo, Trotter. ¿Es eso? ¿Es que nunca volveré a verlos a los tres? ¿Vais a quedaros mirando sin hacer nada mientras me arrancan de aquí, me envuelven y se me llevan como si fuera un paquete? Échame un cable, Trotter, o por lo menos un hilillo. ¡Qué demonios! Ella misma ataría aquel hilo.

—Te escribiré, W. E. El cartero traerá una carta con tu nombre. Para ti solo.

—¿Para mí? —preguntó.

—Y nadie más —miró a la Trotter con expresión belicosa, pero como la Trotter estaba muy ocupada intercambiando la

Pelusa 79

posición del plato de carne y la fuente de la ensalada, no la vio.

Después de la cena Gilly hizo los deberes, aun sabiendo que era inútil, y que la señorita Harris nunca vería aquellas cifras escritas en pulcras hileras que demostraban que Gilly Hopkins se había enfrentado con éxito al sistema métrico. Cuando hubo acabado, pensó por un momento en llamar a Agnes pero, ¿qué le iba a decir? ¿Cómo podía decirle «adiós» cuando nunca le había dicho «hola»? Pobre Agnes, ¿qué sería de ella? ¿Acabarían haciendo un agujero en el suelo de tanto patearlo con rabia, o llegaría alguien cuyo beso la transformaría mágicamente en una princesa? Por desgracia, Agnes, hay por el mundo pocas personas que se dediquen a besuquear ranas.

No, no la llamaría, aunque tal vez un día le escribiría una carta.

William Ernest acompañó al señor Randolph a su casa, y regresó con la antología de poesía inglesa de Oxford para Gilly, el regalo de despedida del señor Randolph.

—Gilly, ¿te das cuenta de lo que representa ese regalo?

Gilly podía imaginarlo.

—Es como si se hubiera arrancado un trozo de su propio cuerpo para dártelo.

Gilly recorrió con el dedo el arrugado cuero de color marrón, y se le ocurrió que era casi como un trozo de piel del Sr. Randolph; pero, como la observación le pareció un poco desagradable, prefirió no decir nada.

Esperó a que Trotter subiera las escaleras resoplando, para llevar a W.E. a la cama, antes de ponerse a buscar el poema:

Pelusa 79

Nuestro nacimiento no es sino sueño y olvido el alma que surge con nosotros, estrella de nuestra vida,
*en otra parte ha tenido su ocaso,
y viene de un lugar lejano;
no en el completo olvido
ni del todo desnudos,
sino arrastrando nubes de gloria venimos
de Dios, que es nuestro hogar.*

No lo entendió mejor que la primera vez. Si el nacimiento era sueño y olvido, ¿qué era la muerte? Pero eso no la preocupaba en realidad. Lo que le gustaba era el mágico sonido de las palabras, un sonido que giraba y caía, dando lugar a formas tan maravillosas como las de un calidoscopio.

«Y no en completa desnudez». ¿Quién hubiera dicho que esas cinco palabras pudieran crear aquella sensación tan luminosa? O aquel verso, el que ella prefería: «arrastrando nubes de gloria venimos». ¿Qué era lo que creaba aquella maravillosa sensación o imagen mental que recorría el cristal nublado de su mente como un cometa?

«De Dios, que es nuestro hogar». Tampoco aquello acababa de definirse del todo. ¿Era Dios aquella mole con el inmenso regazo que olía a polvos de talco para bebés? ¿O era aquello el hogar?

Despertó durante la noche, tratando de acordarse del sueño que la había desvelado. Debía ser un sueño triste, o si no, ¿por qué sentía su corazón como un puré de patatas mal chafado? Era algo sobre Courtney. Courtney que venía a buscarla y luego, después de verla, se iba apenada, diciendo: «Nunca, nunca, nunca». Pero la voz era la de Trotter.

Pelusa 79

Se puso a llorar bajito sobre la almohada, sin saber por qué ni por quién. Quizá por toda la locura a la que había tratado de hacer frente sin acabar de lograrlo nunca.

Y de repente la Trotter estaba junto a ella, haciendo crujir los muelles de la cama bajo la carga de su cuerpo. Se inclinó hacia delante, y su pelo, suelto y no atado en un nudo como durante el día, caía sobre el de Gilly.

—¿Estás bien, vida?

Gilly se volvió hacia ella, hacia aquella montaña que olía a sudor y a polvos para bebé de Johnson. En la oscuridad apenas podía distinguir los rasgos de la cara de Trotter.

—Sí —dijo, resoplando. Estoy bien.

La Trotter tomó la punta de su pijama a rayas y enjugó delicadamente los ojos y la nariz de Gilly.

—Se supone que no debo demostrar lo que siento. No me unen a ti vínculos de sangre, y el buen Dios en el cielo sabe que quiero que tengas una vida feliz con tu propia familia. Pero —y aquí su potente voz de bajo se descompuso en notas discordantes y agudas— pero me está matando verte marchar.

Todo su cuerpo mastodóntico empezaba a convulsionarse en gigantescos sollozos.

Gilly se incorporó en la cama y extendió los brazos alrededor de la Trotter todo lo que podía.

—No voy a irme —gimió—. ¡No pueden obligarme!

La Trotter se tranquilizó inmediatamente.

—No, chiquilla. Tienes que irte. Que Dios me perdone por ponerte las cosas más difíciles.

—Vendré a verte muy a menudo.

Pelusa 79

La Trotter metió su gran manaza caliente por debajo de la chaqueta del pijama de Gilly y empezó a frotarle la espalda, como le había visto hacer a W.E. tantas veces.

—No, Gilly, pequeña. Así no puede funcionar. Es lo que intentaba decirte durante la cena. Una vez que el remolcador te lleva al trasatlántico, tienes que subir a bordo. Es imposible estar en los dos sitios a la vez.

—Yo sí que podría hacerlo —dijo Gilly.

La gran mano se detuvo un instante en su tranquilizante recorrido por la espalda de Gilly, y luego lo reanudó mientras la Trotter decía en voz baja:

—No lo hagas más difícil para nosotros, pequeña.

Tal vez Gilly debió haber protestado más, pero en lugar de ello se abandonó a la placentera sensación que le producía aquel rítmico masaje, deseando poder enrollar su cuerpo como hace un gatito pequeño y ciego, y olvidarse del resto de las cosas que había en todo aquel mundo apestoso.

Casi empezaba a olvidar, acostada allí en medio del silencio, permitiendo que el sedante calor de la mano la fuera limpiando de todo el dolor. Por fin, vencida por el sopor, se enterró entre las sábanas.

Trotter subió las mantas hasta tapar la barbilla de Gilly y dio unas palmaditas sobre ellas y el cuerpo de Gilly que estaba debajo.

—Haz que me sienta orgullosa de ti, ¿me oyes?

—De acuerdo —murmuró, durmiéndose.

Jackson, Virginia

El viaje en el viejo coche-furgoneta de la señora Hopkins hasta Jackson, en el estado de Virginia, duró algo más de una hora. A Gilly se le hizo como de cien años. Hasta entonces siempre que se había mudado de casa había podido pensar en el punto de destino como una pequeña pausa en el camino, pero esta vez el camino acababa allí. Antes había sabido siempre que podía enfrentarse a cualquier cosa, porque algún día, pronto, vendría Courtney para llevarla a casa, pero ahora tenía que aceptar que Courtney no había venido. Había enviado a otra persona en su lugar, y tal vez no viniera nunca. Quizá incluso ni quería venir.

La pesadumbre se apoderaba de ella. ¿Qué estaba haciendo en un coche con esta desconocida que seguramente no la quería con ella, que se la había llevado puramente por un estúpido sentido de responsabilidad, cuando podría estar ahora mismo en casa con Trotter, William Ernest y el Sr. Randolph, que sí que la querían a su lado; que... ¿se atrevería a decir aquella palabra, incluso para sus adentros?... que la amaban?

Y ella los amaba a ellos. Demonios. Se había pasado toda la vida —por lo menos desde que los Dixon se fueron a Florida dejándola atrás— cuidándose de no querer a nadie que no fuera Courtney. Sabía sobradamente que no era bueno cogerle apego a algo que podía esfumarse en cualquier

Pelusa 79

momento. Pero en Thompson Park había perdido la cabeza; y ahora quería de verdad a aquella maldita gente.

—¿Te gustaría poner la radio?

—No, es igual.

—No conozco la música moderna, pero no me molesta, con tal que no esté a mucho volumen.

¿No puedes dejarme en paz?

Recorrieron varios kilómetros en silencio antes de que la mujer probara otra vez:

—La Sta. Ellis parece una buena persona.

Gilly se encogió de hombros.

—No está mal del todo.

—Parece... parece pensar que me llevé una impresión algo equivocada de la casa en que te habían puesto.

Gilly sentía acumularse dentro de ella una cosa oscura y caliente.

—La semana pasada estaban enfermos todos —dijo.

—Ya veo.

¿Cómo demonios iba a ver?

—La señorita Ellis trataba de decirme que en el fondo te gustaba estar allí a pesar de todo. Por lo que decías en tu carta...

Siempre aquella maldita carta.

—Digo muchas mentiras —respondió Gilly secamente.

—Oh. —Una rápida mirada hacia ella y luego de nuevo hacia el parabrisas. La mujer era tan bajita que casi parecía que se asomara por encima del volante. Gilly se fijó en que las pequeñas manos apretaban el volante con más fuerza mientras decía—: Esperaba que te alegraría venir conmigo. Lo siento.

Pelusa 79

Si lo sientes, dale la vuelta a este cacharro y llévame a casa otra vez, pensó Gilly. Pero, naturalmente, la mujer no lo hizo.

La casa estaba al final del pueblo. Era algo mayor, algo más antigua, y considerablemente más limpia que la de Trotter. No había caballos para W.E. Bueno, en el fondo no esperaba que los hubiera.

—Pensé que tal vez te gustaría el cuarto de Courtney. ¿Qué te parece?

—A mí cualquier sitio me va bien —dijo, pero cuando se asomó a la habitación de Courtney, reuló enseguida. Todo era de color rosa, con una cama de baldaquino cubierta de muñecas y animales de peluche. No se hacía a la idea de entrar allí dentro.

—No importa, querida. La casa es grande. Puedes elegir.

El cuarto que más le gustaba tenía una cama de litera con colcha de pana marrón y modelos de aviones colgados del techo con finos alambres. En la papelera de alambre había una pelota de baloncesto, otra de rugby y un guante de béisbol en el que aún descansaba una pelota manchada y desgastada. La abuela explicó en voz baja, sin que Gilly tuviera que preguntarle, que aquella había sido la habitación de Chadwell, hermano mayor de Courtney, que era piloto y un día se había estrellado con su avión en las junglas neblinosas de Vietnam. A pesar de ello, el cuarto parecía menos lleno de fantasmas que el de su hermana.

—¿Quieres que te ayude a sacar tus cosas?

Dentro de ella una voz gritaba: «¡No necesito ninguna ayuda!» pero, pensando en las palabras de Trotter, se limitó a decir:

—No, ya puedo hacerlo yo.

Pelusa 79

Comieron en un comedor con servicio de plata auténtica y platos con el borde plateado, puestos sobre mantelitos de encaje.

La mujer vio que Gilly observaba el conjunto.

—Espero que no te importe que haya querido celebrar un poco tu llegada —parecía que intentaba disculparse—. Desde que estoy sola suelo comer en la cocina.

La palabra «sola» despertó un eco en la mente de Gilly. Sabía lo que significaba estar sola. Pero sólo desde su estancia en Thompson Park comprendía un poco lo que era tener al lado a unas personas y luego perderlas. Miró a aquella mujer que le sonreía tímidamente, y que había perdido marido, hijo e hija. Eso era estar sola.

Mientras transcurría la comida la mujer empezó casi a charlar, como si estuviera venciendo su timidez, u obligándose a hacerlo.

—Me siento un poco tonta pidiéndote que me hables acerca de ti, pero me gustaría que lo hicieras. Quiero llegar a conocerte.

No es esa la manera de conocer a la gente, ¿es que no lo sabes? Eso no se saca hablando, hay que meterse en las vidas, compartiendo lo malo y lo bueno. Ya me llegarás a conocer bien pronto. Por lo menos lo que yo quiera que conozcas.

—La señorita Ellis dice que eres muy aplicada.

—Supongo que sí.

—¿Quieres que miremos enseguida lo de la escuela? ¿O prefieres acostumbrarte primero a la vida de aquí?

—No sé. Me da igual.

—Me temo que te aburrirás si te pasas todo el día por aquí conmigo. Quiero que hagas amistad con chicas de tu edad.

Pelusa 79

Estoy segura de que por aquí hay algunas buenas chicas de tu misma edad.

Nunca había tenido amistad con ninguna «buena chica».

—¿Qué clase de cosas te gusta hacer?

Cállate, por favor. No aguantaba verla hacer tanto esfuerzo.

—No lo sé. Cualquier cosa.

—Por si te gusta leer, aún conservo los libros de Chadwell y de Courtney. Puede incluso que haya una bicicleta en el cobertizo. ¿Crees que aún estará después de tantos años? ¿Te gustaría una bicicleta? Estoy segura de que podríamos permitirnos comprar una si quisieras tenerla.

Deja de zumbar a mi alrededor. Vas a asfixiarme.

Lavaron los platos. Gilly secaba silenciosamente mientras su abuela seguía parloteando sin sosiego. No parecía necesario contestar a sus preguntas; seguía hablando aunque Gilly no se molestara en responder. ¿Qué había sido de aquella mujer tan callada del coche? Era como si alguien hubiera abierto un grifo que hacía largo tiempo que no se utilizaba. El problema estaba ahora en descubrir la manera de cerrarlo de nuevo. Gilly tenía que intentarlo. Bostezó ostentosamente, estirando los brazos.

—¿Estás cansada, querida?

Gilly asintió.

—Me parece que aún no he acabado de recuperar el sueño perdido. La semana pasada tuve que estarme levantada hasta muy tarde; como todos estaban enfermos...

—Oh, querida, ¡qué poco considerada soy! Y yo aquí hablando y hablando sin parar...

Pelusa 79

—No, si no importa. Pero me parece que voy a subir a echarme un rato, si le es igual.

—Excelente idea. Yo también me echo un ratito por la tarde muchas veces.

En la tranquilidad del cuarto del Chadwell, Gilly se tumbó en la cama y miró por la ventana hacia el trozo de cielo azul. Alzándose sobre un codo podía ver los campos ondulantes más allá de los límites del pueblo, y, detrás de las colinas, las montañas oscuras y poderosas. Empezó a relajarse. ¿Chadwell habría sentido nostalgia de esta visión mientras dejaba caer sus bombas sobre la jungla? ¿Cómo podía alguien abandonar una paz como esta para ir a la guerra? Tal vez tuvo que ir a la fuerza. Quizá no le dejaron elegir. Pero Courtney sí había tenido elección. ¿Por qué se había marchado? No se deja a una madre así como así porque habla demasiado. ¿Por qué motivo se habría marchado sin mirar atrás ni una sola vez — hasta ahora?

Debe quererme, se dijo, aunque sólo sea un poco. Si escribió a su madre para que viniera a buscarme fue porque estaba preocupada por mí. ¿Acaso eso no demuestra que le importo? Gilly se levantó y sacó la foto de debajo de sus camisetitas. Qué tonto. Ahora que estaba en casa de Courtney, ya no tenía por qué esconder la foto en el cajón. La apoyó contra una lámpara que había sobre la cómoda. La hermosa y sonriente Courtney de los dientes perfectos y el maravilloso cabello.

Pero algo no estaba bien. La foto encajaba tan poco en esta habitación como en las anteriores. Oh, Courtney, ¿por qué te fuiste y la abandonaste? ¿Por qué te fuiste y me abandonaste a

Pelusa 79

mí? Se levantó de un salto y volvió a meter la foto boca abajo entre la ropa.

Pelusa 79

Esperando la llegada

Apartado de Correos 33

Jackson, Virginia

5 de diciembre

Querido William Ernest:

¡Vaya! Apuesto a que pensabas que me olvidaría de tí. Pero no te preocupes; yo no haría eso. Sólo que he estado tan ocupada cuidando de los caballos que casi no he tenido un momento libre. Al final del día caigo rendida en la cama después de tanto trabajo. ¿Te has dedicado alguna vez a recoger estiércol con una pala?

No te lo creas, te estoy tomando el pelo. En realidad me lo paso muy bien. Estamos preparando a seis de los caballos para una carrera que se va a celebrar dentro de poco en el hipódromo de Charles Town, así que tengo que ayudar a entrenarlos. Estoy segura de que uno de ellos, que se llama Nubes de Gloria, va a ganar; el premio es de casi medio millón de dólares, así que seremos todavía más ricos. No es que nos haga falta dinero, claro, puesto que ya somos millonarios.

¿Qué tal la escuela? Apuesto a que dejaste pasmada a la señorita MacNair con todas esas palabras nuevas que aprendiste el mes pasado. Deberías practicar leyéndole en voz alta al señor Randolph.

Pelusa 79

Dile a Trotter que tenemos tres criadas y una cocinera, pero que la comida no es tan buena como la de ella, a pesar de que la cocinera usa extraños ingredientes. (¡ Ajá! Apuesto a que la señorita MacNair se caerá de espaldas cuando le digas esta palabra.)

Escribe pronto.

Gilly

P.D. Mi abuela me ha pedido que la llame Nonnie, ¿verdad que la gente rica es la mar de rara?

Escuela elemental de Thompson Park
Thompson Park, Maryland
7 de diciembre

Querida Gilly:

Si alguien me hubiera dicho lo mucho que iba a echarte de menos en la clase, no hubiera podido creerle. De todos modos, espero que te guste tu nueva escuela y que la gente de allí sepa apreciarte. Quizá te interese saber que cuando envíe tus informes a Virginia no pienso incluir muestras de tu poesía.

Pronto recibirás unos libros que quería prestarte desde hace tiempo, pero ahora que nos has dejado, quiero que los conserves como recuerdo de los días que pasamos juntas en Harris 6.

Yo desde luego no te olvidaré aunque no escribas nunca, pero me gustaría saber cómo te va.

Saludos afectuosos,
Barbara Harris

Pelusa 79

10 de diciembre

Querida Gilly:

¿Cómo estás? Yo estoy bien. Me gustó tu carta. Me gustaron tus caballos. Escíbeme pronto.

Besos,

William Ernest Teague

P.D. ¿Ganasteis la carrera?

Apartado de Correos 33

Jackson, Virginia

15 de diciembre

Querida señorita Harris:

Los libros de J.R.R. Tolkien llegaron un día después que su carta. Ahora ya sé quién era Galadriel. ¿Cree usted que Frodo hace bien tratando de devolver el anillo mágico? Yo creo que haría mejor guardándolo y haciéndose cargo de las cosas él mismo. ¿Sabe lo que quiero decir? De todas formas, muchas gracias por los libros. Son realmente interesantes.

Me ayudan mucho porque esta escuela es terrible. Nadie sabe nada, ni siquiera los profesores. Me gustaría volver a estar en Harris 6.

Su antigua alumna,

Galadriel Hopkins

P.D. Si quiere puede llamarme Galadriel.

Pelusa 79

16 de diciembre

Querido William Ernest:

Claro que ganamos la carrera. Ahora nos estamos preparando para el Derby de Kentucky. Me imagino que tendré que perder muchas clases para poder ir, pero no importa. Ya me han dicho que probablemente saltaré al noveno curso, porque voy muy adelantada comparada con todos los del sexto en esta escuela llena de idiotas. Cuando seas lo bastante mayor, te llevaré a una carrera de caballos. ¿Qué te parece?

Saluda a Trotter y al señor Randolph de mi parte. ¿Estás leyéndole al señor Randolph como te dije?

Cuídate

Gilly

P.D. ¿Por qué no le pides a Papá Noel que te traiga unas lecciones de karate?

17 de diciembre

Queridos William Ernest, Trotter y señor Randolph:

Escribí a William Ernest ayer mismo, pero ahora tengo noticias de verdad. Acabo de enterarme de que mi madre va a venir el 24 de diciembre. Sé que como digo tantas mentiras no me creerán, pero esta vez va de veras. Realmente va a venir. Espero que los tres pasen muy bien la Navidad y tengan un feliz año nuevo.

Galadriel (Gilly) Hopkins

Pelusa 79

Era cierto que venía su madre. Por lo menos eso creía Nonnie, que había hablado con ella por teléfono mientras Gilly estaba en la escuela. Debía llegar al aeropuerto Dulles a las once de la mañana del 23 de diciembre. Faltaba toda una semana. Gilly pensó que iba a morir de tanto aguardar el momento. Atenuó un poco la agonía de la espera lanzándose de lleno a limpiarle la casa a Nonnie.

En el fondo Nonnie no estaba tan mal. Todavía era capaz de causarle a Gilly un dolor de cabeza de órdago con su interminable cháchara, pero lo hacía con la mejor de las intenciones. Por otra parte, cada vez que Gilly perdía la paciencia con ella, recordaba el día en que Nonnie la llevó por primera vez a la escuela elemental de Jackson.

Cuando entraron en el despacho de la directora, Nonnie le dijo:

—Margaret, ésta es mi nieta, Galadriel Hopkins.

La directora arqueó las cejas. Era evidente que conocía a Nonnie desde hacía años, y ésta era la primera vez que la oía mencionar a una nieta.

—¿Tu nieta? —preguntó, dándole un repaso con los ojos a la nueva blusa y jersey de Gilly—. ¿Hopkins, dijiste?

Había que descubrirse ante la flema de Nonnie. No se inmutó.

—Sí, he dicho Hopkins. Es la hija de Courtney.

—Ya veo —dijo la directora, y casi se podía ver como giraban las ruedecillas dentro de su melindrosa cabeza—.

Así que Hopkins. ¿Y cómo se escribe su nombre de pila? —¿No había subrayado ligeramente las palabras «de pila»? Si así fue, Nonnie no hizo el menor caso.

Pelusa 79

Nonnie deletreó el nombre de Galadriel con tanta paciencia como podría haber hecho Gilly al enseñarle a W.E. una palabra difícil.

—Los informes los mandarán enseguida desde su anterior colegio. Ha estado en una escuela de Maryland.

—¿Maryland? —el mismo tono de voz que había empleado antes al decir «Hopkins».

Aquella escena había de repetirse muchas veces, con variaciones, durante las dos primeras semanas.

—¿Hopkins? —preguntaban siempre—. ¿Galadriel? ¿Cómo se escribe eso? ¿Maryland, dijiste?

Gilly tenía bastante experiencia en lo de quedarse mirando fijamente a quienes la miraban con sorna, pero resultaba difícil imaginar que una mujer como Nonnie la tuviera. Pero en cuanto Nonnie clavaba la vista en la sonrisa burlona, ésta desaparecía inmediatamente, al menos si era cara a cara. Nonnie tenía más coraje de lo que parecía.

Pero ahora todo iba a ir bien para los dos. Courtney venía.

—Qué tonto estar nerviosa, ¿verdad? —dijo Nonnie—. Es mi propia hija. Pero es que ha pasado tanto tiempo... Y en aquella época apenas hablaba con su padre y conmigo. ¿Qué vamos a decirnos?

Oh, Nonnie, si sólo supiera de qué hablan las madres y sus hijas, te lo diría. ¿Cómo voy a saberlo yo?

—Le pareceré terriblemente vieja. Cuando se fue aún tenía el pelo muy oscuro.

—¿Sí? —Trató de imaginar la cabeza de Nonnie con el pelo de Courtney, pero era imposible.

—¿Crees que sería muy tonto que me lo tiñera un poco?

—¿Teñirlo?

Pelusa 79

—Sólo para disimular un poco el gris.

¿Nonnie una chica de Sunsilk? ¿Y por qué no?

—¡Vamos a hacerlo! —Así que mientras a Nonnie le teñían y le rizaban el pelo, a Gilly se lo cortaron y secaron.

—Estás preciosa, querida.

Nonnie tenía un aspecto francamente extraño y poco natural, pero también era cierto que Gilly nunca la había visto con el pelo negro. Quizá a Courtney le parecería fantástico.

—Tú también estás muy bien —mintió.

Aunque el dinero no escaseaba tanto como en casa de Trotter, no era ni mucho menos tan abundante como Gilly daba a entender en sus cartas a W.E. Sin embargo, Nonnie parecía decidida a celebrar por todo lo alto el regreso de Courtney. Compraron un árbol de Navidad tan alto que tocara el techo de la sala de estar, y tuvieron que pagarle algo al hijo de un vecino para que lo llevara desde la parte posterior del viejo coche furgoneta hasta la casa y les ayudara a ponerlo en su sitio.

Cada adorno que colgaban del árbol tenía su lugar en la historia de la familia, y Gilly escuchaba a medias mientras Nonnie le iba dando las explicaciones correspondientes. Estaba demasiado emocionada para fijar del todo su atención en lo que Nonnie decía, aunque sí se enteró de que la estrella de cartón que tenía las puntas algo desiguales la había confeccionado Chadwell cuando estaba en el tercer año; la mayoría del oropel que tenía pegado había caído tiempo atrás. Había un hombre de nieve de hilo obra de Courtney cuando era «chica scout», y que estaba gris ya y empezaba a deshilacharse. También había muchos metros de cadenitas de papel bastante rotas.

Pelusa 79

—¿Seguro que quieres ponerlas? —le preguntó a Nonnie.

—Oh, sí, hay que poner las cadenas. Siempre las poníamos.

De modo que Gilly remendó las cadenitas lo mejor que pudo y las colgó. El efecto del conjunto era espantoso, parecía un montón de basura. Pero luego echó por encima tres cajas de hilo de oro y plata, poniendo los hilos de uno en uno, de forma que todo el árbol quedó cubierto de un velo de plata. Con la habitación a oscuras y solamente encendidas las lucecitas del árbol, el efecto era pasable. No era como el árbol de Navidad de unos grandes almacenes, pero en fin.

Nonnie se puso y se quitó las gafas varias veces para contemplar aquella visión, y finalmente las dejó colgar de una cinta que llevaba alrededor del cuello mientras daba palmas como una niña.

—No recuerdo haber visto nunca un árbol tan bonito — dijo.

Y Gilly, después de pensarlo un poco, tuvo que reconocer que ella tampoco.

20 de diciembre

Querida Gilly:

¿Así que viene a verte tu mamá? Debes estar muy ilusionada. El señor Randolph, William Ernest y yo te desean mucha suerte.

Por cierto, ayer William Ernest volvió de la escuela con sangre en la nariz. Ya me conoces, casi me muero del susto, pero él estaba como unas pascuas. El señor Evans me telefoneó para quejarse de que mi chico se peleaba en la

Pelusa 79

escuela, pero se echó a reír tanto que ya no pudo acabar. ¿Qué te parece eso?

Afectuosamente, tu amiga

Maime M. Trotter

¡Paf! Eso era lo que pensaba.

Regreso al hogar

El avión llevaba retraso. A Gilly se le ocurrió que en este mundo siempre llegan con retraso precisamente aquellas cosas que resulta insufrible esperar ni un solo minuto más. Tenía el estómago retorcido de la ansiedad y la emoción. Sudaba a pesar del fresco que hacía en la enorme sala de espera, y el sudor le chorreaba por las mangas de su blusa nueva. Seguramente la estropearía y además luego apestaría.

Y entonces de repente, cuando ya casi le dolían los ojos de tenerlos fijos sobre la puerta, ésta se abrió, y la gente empezó a salir de la zona de aterrizaje a la sala del aeropuerto. Había toda clase de gente, de todos los tamaños y razas, todos ellos apresurados, muchos buscando con la vista a sus familiares o amigos y encontrándolos con abrazos y pequeñas exclamaciones de alborozo. Bebés cansados y protestones, niños que tiraban de la mano de su madre. Hombres de negocios con la cabeza baja, oscilando en la mano elegantes maletines de cuero, y abuelos cargados de bolsas con regalos de navidad. Pero Courtney no aparecía.

El ovillo que tenía en las tripas se le petrificó. Todo era mentira; no iba a venir nunca; la puerta se volvió borrosa delante de sus ojos. Gilly quería marchar de allí para no llorar en aquel maldito aeropuerto, pero en ese mismo instante oyó decir a Nonnie con voz trémula:

—Courtney.

—Hola, Nonnie.

Pelusa 79

Pero aquella persona no era Courtney; ¡no podía serlo! Courtney era alta y espigada y preciosa, mientras que la mujer que estaba ante ellas no era más alta que Nonnie y era igual de rechoncha; aunque llevaba una larga capa, de forma que resultaba difícil adivinar la verdadera forma de su cuerpo. Sus cabellos eran largos, pero deslucidos y apelmazados, como una versión más oscura del pelo de Agnes Stokes, al que siempre hacía falta un buen lavado. La mujer-flor había echado semilla y se había marchitado. Gilly desechó inmediatamente aquel pensamiento desleal.

Nonnie había puesto la mano sobre el brazo de la mujer más joven en una especie de tímido abrazo, pero se interpuso entre ellas un enorme bolso bordado que Courtney llevaba colgado del hombro.

—Esta es Galadriel, Courtney.

Por un segundo asomó aquella sonrisa refulgente que Gilly tenía grabada en el alma; los dientes eran perfectos. Estaba frente a Courtney Rutherford Hopkins, ya no podía dudarle más.

—Hola —casi no pudo articular la palabra. Se preguntó qué era lo que debía hacer. ¿Intentaba darle un beso a Courtney o qué?

En ese momento Courtney la abrazó, apretando el enorme bolso contra el pecho y el vientre de Galadriel, mientras por encima de su hombro decía a Nonnie:

—Es tan alta como yo —como si Gilly no estuviera allí.

—Es una chica maravillosa —dijo Nonnie.

—Vaya, pues claro que sí —Courtney dio un paso hacia atrás y le lanzó aquella sonrisa maravillosa que le daba como un dolor en el corazón—. Es mía, ¿no?

Pelusa 79

Nonnie contestó con otra sonrisa, algo más tenue que la de su hija.

—Tal vez podríamos recoger tu equipaje.

—Ya lo tengo —dijo Courtney, dándole una palmada al bolso—. Lo llevo todo aquí dentro.

Nonnie puso una cara como si le hubieran dado un tortazo.

—Pero... —comenzó, deteniéndose a media frase.

—¿Cuánta ropa crees que puedo llevar en dos días?

¿Dos días? Entonces Courtney había venido para llevársela después de todo.

—Te dije por teléfono que vendría a pasar la Navidad y a ver yo misma qué tal le iba a la niña...

—Pero cuando te mandé el dinero...

La cara de Courtney se endureció, acentuándose las líneas entre sus cejas.

—Mira, he venido, ¿no es verdad? No empieces a darme órdenes cuando apenas acabo de bajarme del avión. Santo cielo, llevo trece años fuera, y todavía crees que puedes decirme lo que tengo que hacer. —Se colgó el bolso a la espalda—. Vámonos de aquí.

Nonnie lanzó a Gilly una mirada dolorida.

—Courtney...

No había venido porque quisiera. Había venido porque Nonnie le había pagado, y no pensaba quedarse, ni tampoco iba a llevarse a Gilly con ella. «Siempre te querré». Era mentira, Gilly había echado a perder toda su vida por una mentira asquerosa.

Pelusa 79

—Tengo que ir al lavabo —le dijo Gilly a Nonnie. Rogó al cielo que no la siguieran hasta allí, porque la primera cosa que pensaba hacer era vomitar, y la segunda, escaparse.

Intentó devolver, pero no pasó nada. Aún estaba temblando por el esfuerzo cuando echó sus monedas en el teléfono público situado junto a los lavabos y marcó un número. El teléfono sonó cuatro veces.

—¿Hola?

—Trotter, soy yo, Gilly —Oh, Dios mío, no dejes que me ponga a llorar como un bebé.

—Gilly, cariño, ¿dónde estás?

—En ninguna parte. No importa. Vuelvo a casa.

Podía oír la pesada respiración de Trotter al otro lado de la línea.

—¿Qué pasa, pequeña? ¿No se presentó tu madre?

—No, sí que vino.

—Ay, pobre criatura.

Gilly estaba llorando; no podía contener más las lágrimas.

—Trotter, todo es horrible. Nada ha salido como tenía que ser.

—¿Y quién dice que la vida tiene que ser de ninguna manera? Lo único que es la vida, tal vez, es dura.

—Pero yo siempre creí que cuando viniera mi madre...

—Mi pobre niña, ¿es que no te lo ha dicho nadie aún? Yo pensaba que tú eso lo sabías de sobras.

—¿El qué?

—Que todo eso de los finales felices es mentira. El único final que hay en este mundo es la muerte. Y ese puede ser o no ser feliz, pero en cualquier caso, tú no estás preparada para morir aún, ¿verdad?

Pelusa 79

—Trotter, no estoy hablando de morirme, estoy hablando de ir a casa.

Pero Trotter parecía no hacerle caso.

—Algunas veces, en este mundo, las cosas salen redondas y una se echa atrás y dice: «Bueno, ya está, ya llegó el final feliz. Así es como tenían que ser las cosas» Como si a una la vida tuviera la obligación de darle cosas buenas.

—Trotter...

—Y hay realmente muchas cosas buenas, nena. Como el que tú vinieras aquí con nosotros este otoño. Eso sí que fue una cosa buena para mí y para William Ernest. Pero no harás más que engañarte si esperas que vayan a suceder cosas buenas todo el rato. No es eso lo normal, y nadie está obligado a servirte la felicidad en una bandeja.

—Y si la vida es tan mala, ¿cómo es que tú eres tan feliz?

—¿Dije yo que la vida era mala? Dije que era dura, tal vez. Y no hay nada que la haga a una tan feliz como realizar bien un trabajo difícil, ¿no es cierto?

—Trotter, deja ya de sermonear. Quiero venir a casa.

—Si ya estás en casa, pequeña. Tu casa está junto a tu abuela.

—Quiero estar contigo y William Ernest y el señor Randolph.

—¿Y dejarla sola a ella? ¿Serías capaz de hacer eso?

—Maldita sea, Trotter. No trates de hacer de mí una maldita cristiana.

—Yo no quiero hacer nada de ti. —Hubo un silencio al otro lado del teléfono—. La verdad es que a mí y a William Ernest y al señor Randolph nos gustas tal como eres.

—¡Vete al infierno, Trotter! —dijo Gilly, con voz tranquila.

Pelusa 79

Un suspiro.

—Bueno, la verdad es que no sabría qué decirte. Yo había pensado en otro lugar para instalarme permanentemente.

—Trotter —no consiguió darle suficiente fuerza a sus palabras para evitar que se le quebrara la voz —, te quiero.

—Ya lo sé, pequeña. Yo también te quiero a ti.

Colgó el teléfono suavemente y regresó al lavabo. Allí se sonó la nariz con papel higiénico y se lavó la cara.

Cuando volvió junto a una Courtney impaciente y una Nonnie afligida, ya había recobrado plenamente el control.

—Siento haberos hecho esperar —dijo Gilly— Ahora ya estoy lista para ir a casa. —Tal vez no hubiera nubes de gloria, pero en cualquier caso Trotter estaría orgullosa de ella.

KATHERINE PATERSON

Nació en China, donde pasó parte de su infancia. Estudió en China y en Estados Unidos y luego vivió varios años en Japón, donde estudió en la escuela de lengua japonesa de Kobe y enseñó durante cuatro años en una zona rural de la isla de Shikoku. Actualmente vive en Takona Park, en el Estado de Maryland.

Pelusa 79

Ha pasado por tres hogares en menos de tres años.

No resulta nada fácil convivir con la rebelde Gilly Hopkins. Su nueva madre adoptiva tendrá la oportunidad de comprobarlo por sí misma...

Afortunadamente, no hay nada que la paciencia y el cariño no puedan resolver. Y de eso sabe mucho la señora Trotter.

En la gran Gilly Hopkins, el humor y la ternura son tratados con gran habilidad, para recordar al lector la gran importancia que el afecto tiene en nuestras vidas.

DESDE 12 AÑOS.